Sílvia Soler

Nosotros, después



Es la historia de cuatro personajes, dos hombres y dos mujeres, que conoceremos en su juventud, cuando la vida todavía está prácticamente por estrenar. Soler ha escrito con su estilo característico, detallista y cinematográfico, una historia que no se puede dejar de leer y que atrapará a sus lectores más fieles. Los personajes que habitan las páginas de esta novela tienen anhelos, expectativas y esperanzas que los mueven y experimentan, como todos y cada uno de nosotros, frustraciones, alegrías y deseos y, sobre todo, amor. Y amistad, que es una de sus principales formas.

Sílvia Soler

Nosotros, después



Título original: *Nosaltres, després*
Sílvia Soler, 2021
Traducción: Andrés Prieto, 2021
Diseño de cubierta: Ignasi Font

-

Revisión: 1.0

25/04/2022

A la doctora Mireia Margelí,
que me sostenía con la mirada, el tono de voz
y la sonrisa cuando todo se tambaleaba

Una noche de julio, 23:30 h

Esta historia es circular. Se acaba allí donde empezó. Aun así, y pese a que es redonda, podríamos decir que tiene cuatro vértices. Tal vez por eso, en algunos momentos, se escenificará en un cuadrilátero.

Tenemos dos mujeres y dos hombres. No están lejos de los cincuenta y sus cuerpos —las cabezas, los codos, los párpados, las lumbares— conservan todavía un débil recuerdo del tono y la elasticidad de la juventud, pero ya intuyen el declive.

Se sientan a una mesa que había estado bien puesta. Ahora ya no. Ahora presenta un aspecto bastante dejado —arrugas, migas y manchas—, pero las peonías del centro floral conservan una frescura rosada y húmeda, y las copas de champán medio llenas le dan un toque de elegancia decadente.

Están al aire libre, en el jardín de una masía más bien austera, en el corazón del Baix Empordà, a principios de julio. Alrededor de la mesa a la que están sentados hay otras, quizá hasta una docena, vacías, con el mantel arrugado y las sillas mal colocadas. A un lado hay un pequeño escenario donde hace un rato han tocado unos músicos. Dirías que en el ambiente flotan aún algunas notas de los éxitos bailables que han hecho revolotear a las chicas con sus vestidos de colores chillones.

Una de las mujeres coge cucharadas de un trozo de pastel blanco y rosa.

Cuando se lo acaba, vuelve a pasar la cucharilla por el plato rebañando los restos y, finalmente, después de haber bebido un trago de champán, se echa hacia atrás y apoya la espalda en la silla

con un gesto de satisfacción. Vestido rojo y escotado, cabello oscuro y abundante recogido en la nuca, grandes pendientes en forma de aro.

—¿Es que te has quedado con hambre, Rita?

Los demás ríen. Rita siempre tiene hambre, lo saben muy bien. Toda la vida ha sido así. Es una mujer voraz, a veces desmesurada, siempre prodigiosa.

El hombre que le ha lanzado la pregunta la observa con una mirada socarrona y acaba sirviéndose también un trozo de pastel. Al verla comer tan a gusto le ha entrado hambre y siempre tiene un hueco para algo dulce. Es un goloso incorregible con una genética envidiable. Justamente lo que está pensando ahora su amigo:

—¿Cómo es posible que no engordes ni un gramo? Qué suerte tienes, Guillem, puñetero.

Guillem bebe un sorbo y ríe. Es una risa triste, una carcajada que parece un suspiro. Las miradas de los dos hombres se han cruzado unos segundos, como si realmente estuvieran evaluando la suerte del otro.

—Sí que he tenido suerte, sí.

Lo ha dicho con contundencia, como si sus palabras fuesen fruto de una reflexión profunda. Parece que el otro hombre esté a punto de decir algo, pero se calla. Se frota el mentón y lo contempla otra vez. Es una mirada azul y franca. Guillem lo recuerda cuando era joven, delgado, con la barba rubia. Mientras lo observa, dice:

—Jim, tu hija es igual que tú. Hoy la miraba y sois clavados. Es una novia preciosa.

El comentario genera un pequeño silencio cargado de emoción. La novia.

Se ponen a hablar todos a la vez y repasan la jornada, que ha sido espléndida. Miran en el móvil las fotografías que han tomado, pequeñas cápsulas de memoria para el futuro que, sin embargo, no guardarán la ternura de los gestos o la intensidad de algunas miradas.

—Estás radiante, Marta. Azul marino y blanco es una combinación perfecta, te queda muy bien.

La mujer que recibe el elogio se ha puesto en pie y estira la musculatura de la espalda. Podría dar la impresión de que la amabilidad la ha incomodado. Apenas agradece el cumplido con una sonrisa desdibujada. Mientras camina unos pasos, se masajea un poco las lumbares y pasea la mirada por los alrededores. Las bombillas blancas y amarillas dibujan caminos en la oscuridad. Alguna parpadea.

—Ha sido una noche redonda. No ha faltado ni ha sobrado nada.

Estas palabras, pese a la suavidad con la que se han pronunciado, han brillado en la noche como centellas que podrían dejar alguna marca en la piel.

Todos son conscientes de ello: Marta ha querido expresar en voz alta aquello que ha flotado en el ambiente durante todo el día, de hecho desde el mismo momento en que se habló de la boda. Tenían que acudir todos, así que acudirían todos: eso estaba claro desde el principio, Pero hacía muchos años que una reunión así no se producía y comportaba un riesgo.

Dado que nadie ha añadido nada a su intervención, Marta suspira y dice:

—Y ahora me parece que voy a acostarme…

Se levantan voces de protesta:

—Pero ¡qué dices, mujer! ¡Si es ahora cuando empieza la fiesta! Quédate un poco más. Siéntate, que abriremos otra botella…

La mujer del chal azul marino vuelve a su silla.

—Llena las copas, Guillem.

Beben en silencio. Una corriente de aire hace revolotear el mantel y la noche se ensancha. Por un momento podría dar la impresión de que les gusta estar juntos, como si fueran los de antes del gran descalabro.

But I’m not the only one

A su padre lo recuerda siempre marchándose. De espaldas. Subiendo al coche y arrancando al instante. La memoria guarda detalles como su gesto despreocupado en el momento de cruzar el umbral, como si saliera de casa para volver en un rato, cuando todos sabían que tal vez pasarían meses, quién sabe si más de un año. Y sigue viendo su último guiño, dirigido especialmente a él, al niño del pelo casi blanco con pinta de guiri, que le decía adiós con la mano con un movimiento que, de lo triste que era, parecía propio de una comedia e incluso daba un poco de risa.

Seguramente había estado anhelando su llegada, tal vez incluso había llorado alguna noche ya acostado porque tenía ganas de que su padre estuviera cerca y probablemente debió de saltar de alegría al ver su coche rojo derrapando en la era que había delante de casa. Pero ya no se acuerda de todo eso. Cuando piensa en su padre, Jim solo lo ve marchándose y vuelve a notar aquel desasosiego, como si algo aún más interno que los órganos vitales se pusiera a temblar y no hubiese manera de pararlo.

Durante sus primeros diez años, debió de verlo unas veinticinco veces, treinta como mucho. Después, su padre siguió acudiendo, pero Jim ya no quería verlo y en cuanto este bajaba del coche, salía de casa por la parte de atrás y no volvía hasta estar bien seguro de que ya se había marchado. La primera vez que lo hizo fue un mes de diciembre, un par de semanas antes de Navidad. Su madre aún lloraba algunas mañanas escuchando «Imagine» porque, hacía unos días, un psicópata había matado a John Lennon delante de su casa. Jim vio llegar el coche de su padre y se imaginó la escena: su madre

aceptando de buen grado el abrazo consolador del recién llegado. Y, por alguna razón, decidió que ya no quería aguantar más todo aquello.

Durmió en casa de Nando, su compañero de travesuras. Cuando regresó a la masía, su madre le preguntó por qué lo había hecho, qué había pasado.

—Me he hecho mayor.

—Sí, pero… tu padre…

—Mi padre es un perla.

Y en esta palabra se concentraba todo el desprecio del mundo. Un perla, un irresponsable, un vivalavirgen, un sinvergüenza.

Pere Dorca era un pardillo que no había salido nunca del Empordà cuando se ligó a Cindy, una turista norteamericana. Cómo debió de fardar aquel verano del setenta y dos por toda la Costa Brava paseando aquel pedazo de chica alta y rubia, ¡con aquellos ojos azules como piscinas! Ella se enamoró hasta las trancas y, como podía permitírselo, alargó unos meses su estancia. Poco después se enteró de que estaba embarazada y convenció a su amor ampurdanés de tener a la criatura y empezar una vida juntos. Ella, que tenía alma de artista y una familia con dinero, podría dedicarse a pintar y hacer piezas de cerámica, y él trabajaría de camarero la temporada de verano, como había hecho hasta ese momento.

El perla aceptó y ambos se instalaron en Mas Xic, que él acababa de heredar de su padre. Como indicaba su nombre, la casa, en las afueras de Torrent, era algo pequeña y había que hacer muchas reformas, pero para empezar ya estaba bien. Y ese principio duró apenas seis meses. Cuando nació el niño, Pere ya se había largado. No estaba hecho para la vida familiar. Ni para trabajar tantas horas. Ni para quedarse a vivir siempre en el mismo sitio. Iba a ver un poco de mundo y los visitaría de vez en cuando. Puede que cada dos o tres meses, puede que cada medio año.

Habían nacido con diecisiete días de diferencia y, dado que ambas fueron hijas únicas y sus madres se llevaban a la perfección,

crecieron muy unidas, más hermanas que primas hermanas. Por el lado de su padre, Adela tenía dos primos más, chico y chica, y Marta tenía celos y estaba convencida en lo más íntimo de que aquellos dos no eran tan primos como lo eran ellas, ni hablar del caso, dijera lo que dijese el árbol genealógico.

Lo compartían prácticamente todo. Vivían en el mismo bloque de pisos —Marta en el segundo, Adela en el ático—, iban a la misma escuela y al mismo curso, aunque a clases diferentes, porque sus padres habían considerado que sería mejor y ellas dos se lo habían tomado bastante bien. «Como si fuéramos gemelas», decía Adela.

Cuando salían de clase había muchos días que merendaban juntas, hacían los deberes y, si aún quedaba tiempo antes de cenar, jugaban con la casa de muñecas de Adela. Su padre —un manitas—, le había construido una con chapa de madera y la había pintado de blanco, con adornos de color rosa en la fachada. Era una casa de ensueño, con todos los detalles imaginables: el papel pintado en las paredes que mostraba unos globos verdes y lilas, la moqueta en el suelo, aquellas butacas tapizadas de piel… Nada que ver con aquellas casas tan cursis que salían en los catálogos de Reyes de El Corte Inglés. La suya era una casa moderna, muy de los años setenta, con colores chillones y cojines por todas partes. Allí se pasaban horas inventando historias y haciendo hablar a las muñequitas con palabras que habían leído en las revistas del corazón y cuyo significado no entendían demasiado bien: «Jugamos a que estos dos tienen un *idilio*», «Ella tiene mucho *glamur*».

Cuando llegaba el mes de junio, buscaban una fecha intermedia entre los dos cumpleaños para celebrarlos juntos. Las primas se sentaban de lado en la mesa, muy cerca una de la otra, y, cuando traían el pastel con las velas —los años que cumplían multiplicados por dos— contaban hasta tres y soplaban a la vez. Después, entre los aplausos de los mayores, se abrazaban y miraban a la cámara. ¡Clic!, y alguien inmortalizaba el instante.

Marta tiene todas las fotos. Un año, dos velas. Dos años, cuatro velas. Tres años, seis velas… hasta el año en que cumplieron diez.

Diez años, veinte velas. El pastel parecía ya un incendio en miniatura. Adela le apretó la mano por debajo de la mesa y le dijo, flojito, para que los adultos no la oyesen: «Jugamos a que hoy es el día en que cumplimos veinte», y esbozó una sonrisa traviesa que invitaba a imaginar todas las cosas atrevidas y prohibidas que hacían las chicas de veinte años. Guarda todas las fotos en una cajita amarilla que esconde en el fondo del cajón de la ropa interior. Ni siquiera la ve al abrir el cajón, porque está enterrada por las bragas y los sostenes. No lo sabe nadie, ni siquiera su marido.

Cuando le preguntaban a qué se dedicaba, la madre de Rita siempre contestaba: soy actriz, pero ahora mismo trabajo de cajera. O de dependienta. O en una empresa de limpieza. Ella, Rita, se moría de vergüenza porque que ella recordase, nunca había visto actuar a su madre. Por no hacer ni siquiera participaba en la función navideña del teatro del barrio.

Un día, después de una conversación en la calle en la que ella había repetido lo de soy actriz, pero ahora mismo trabajo de… Rita la agarró del codo y le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Su madre —lila en los párpados, rosa en los pómulos, rojo en los labios— fingió que no la había entendido, pero, cuando Rita insistió en su impertinencia, levantó la barbilla y replicó, muy digna:

—Lo digo porque es verdad. Soy actriz, pero como no encuentro trabajo de lo mío y tengo tres hijas, he de trabajar de lo que sea. Y es una pescadilla que se muerde la cola porque si no fuera todo el día con prisas, podría presentarme a los *castings* y tal vez me cogerían en alguno.

Rita calló porque, tal como quería su madre, se sintió culpable. Tampoco quería decirle que, aunque se presentara no la cogerían porque ya era mayor, había engordado y no se parecían en lo más mínimo a las actrices que salían en la tele y que más le valdría olvidarse de aquello y dejar de pintarse como una mona y de vestirse con blusas de encaje y vaqueros llenos de brillantitos.

De qué manera aquella mujer se había dejado embaucar para casarse tan joven y quedarse embarazada hasta tres veces era algo

que Rita no podía entender. Tres niñas con nombres de actrices de Hollywood: Rita, por la Hayworth; Ingrid, por la Bergman y Sofía, por la Loren. Tres estrellas, decía su madre, tras la caja del súper.

Esta era su vida a los cuarenta y seis años: tres hijas y un marido que no molestaba. Un hombre discreto y trabajador, callado, que no hacía nada pero dejaba hacer. Y trabajos mal pagados, con contratos cortos. Y un aburrimiento sideral.

Los hermanos Larralde eran tres: Xavi, Félix y Guillem; y siempre mandaba Félix. Félix mandaba como si estuviera ungido por unos dioses de estar por casa, como si sus hermanos lo hubiesen elegido en un sufragio doméstico, como si su poder fuese indiscutible, derivado de una fuerza moral única. Félix decidía a qué se jugaba, quién hacía de *sheriff*, quién planeaba las bromas pesadas con uno de sus hermanos para reírse del otro, quién organizaba revueltas de medio pelo ante alguna imposición paterna que consideraba injusta. Félix proponía, escogía, censuraba, resolvía.

Los padres nunca intentaron corregir la tendencia dominadora del hijo mediano. Existía un reconocimiento familiar de su carácter fuerte y proactivo, y nadie se atrevía a ponerlo en duda.

Un día su prima fue a merendar a casa. Mientras la niña esperaba en el comedor, Félix aleccionó a sus hermanos, que estaban preparando una bandeja con galletas en la cocina:

—Os sentáis con ella en el sofá y empezáis a merendar. Yo apagaré la luz y vosotros continuáis como si nada, comiendo y hablando, como si vierais.

Su prima, naturalmente, tardó unos segundos en reaccionar, pero entonces se puso a llorar y a chillar «¡No veo!» y «¡Me he quedado ciega!». Fue muy cruel y a la vez muy divertido.

Guillem lo pasaba mal con canalladas así, pero casi siempre se dejaba seducir por la osadía del hermano mediano. Xavi, en cambio, seguía a Félix porque le daba pereza contradecirlo, porque su apatía congénita lo invitaba a dejarse llevar con docilidad.

Crecieron en esta clase de marco mental aceptado por todos.

Félix no era especialmente guapo, ni alto ni tampoco atlético, pero era un seductor. Las chicas hacían cola ante su puerta y la indiferencia con que las trataba reforzaba aún más su atractivo. Al cabo de un tiempo, cuando había hecho llorar a unas cuantas, su popularidad empezó a ir de capa caída. Tampoco tenía muchos amigos y, en el aula, los profesores estaban ya hartos de sus ocurrencias, que entorpecían el ritmo de las clases.

Poco a poco, fue aislándose, se volvió cada vez más huraño y acabó con un único amigo, un chaval escuálido y reservado a quien Félix no había hecho el menor caso hasta que las cosas le empezaron a ir mal.

Siempre regresaban juntos de la escuela y Guillem los seguía a una cierta distancia, tras recibir repetidas advertencias de su hermano: «Si te acercas a nosotros, comenzaré a darte collejas hasta que veas doble», le decía, usando un gran abanico de argumentos parecidos a este. Guillem sabía que era capaz de todo, así que lo obedecía.

Una noche de julio, 23:55 h

Las hileras de bombillas blancas oscilan como si fuesen columpios. Jim ha encendido un cigarrillo y Marta no ha podido disimular la sorpresa:

—¿Vuelves a fumar?

El balancea la cabeza y le da una larga calada:

—No. Es decir, no habitualmente. Solo cuando estoy muy estresado… o a la inversa, en momentos de mucha relajación. Rita adopta un gesto ingenuo para preguntar:

—¿Y a cuál de esas dos opciones se ajustaría esta agradable sobremesa?

Las tardes plácidas

Casi siempre le traía la misma golosina: una mandarina formada por caramelos azucarados en forma de gajos, envuelta en celofán. Un día, al dársela, dijo con voz compungida: te he traído un limón porque esta vez no había mandarinas, lo siento. Jim cogió el limón e hizo un gesto de «Me da lo mismo», sin responder ni una palabra, y se fue hacia la habitación pensando que él nunca le había dicho a su padre que le gustasen más las mandarinas que los limones. De hecho, jamás le había dicho que le gustaban las mandarinas de caramelo. Es más: en realidad no le gustaban. Se comía desganado los gajos azucarados porque los tenía allí, encima del escritorio, pero encontraba que eran los caramelos más aburridos del mundo. Al hacerse mayor acabaría deduciendo que siempre le traía aquellas golosinas porque eran las que había en todas las gasolineras y áreas de servicio de la autopista. Nunca pensó en comprar una de cualquier otra clase cuando paseaba por alguna gran ciudad, ni tampoco se molestó jamás en traerle algún juguete. Bueno, sí, una vez. Una vez que vino a principios de año —debía de ser el 3 o el 4 de enero— y se plantó ante él con un camión de plástico y una sonrisa ufana y pueril. Faltaban unos días para Reyes y el niño aún creía en ellos, así que su madre cogió un berrinche de los que hacen época y, a consecuencia de los gritos, Jim perdió la inocencia. Cuando se echó a llorar —con pucheros y todo— al enterarse de que los Reyes de Oriente no existían, su padre ya estaba lejos de casa.

El camión estuvo entronizado durante años encima de un estante de su habitación. Desde el mismo momento en que lo tuvo

entre manos, Jim deseó jugar con el camión junto con su padre y, por alguna extraña superstición, pensaba que si jugaba él solo, aquello no pasaría nunca.

Pero cuando su padre venía lo primero que hacía era preguntarle a su madre si había que arreglar algo. Se pasaba los siguientes días haciendo de manitas: una persiana encallada, un radiador que perdía agua, colgar una cortina. Hacía de hombre de la casa durante unas horas. Su madre se lo agradecía con cara de corderito. Y él, Jim, lo miraba todo con una rabia que cada año se hacía más grande. Le indignaba que su padre se moviera por la casa con la escalera y la caja de herramientas como si en realidad estuviera en su propio hogar, como si fuese un marido normal, un padre normal.

Por las noches, su padre y su madre dormían juntos. Cuando tuvo la edad suficiente para entender lo que eso significaba, Jim se enfadó, y más con su madre que con su padre. Una vez incluso se lo dijo. Su padre acababa de salir por la puerta de casa y Jim soltó ¡venga, hasta que vuelva, y entonces lo tendrás otra vez en la cama! Después esperó la reacción airada de su madre, gritos o quizá sollozos. Pero su madre se puso a reír, se recogió la larga cabellera rubia con un gesto rápido y clavó en ella una aguja de madera. Mientras subía los primeros escalones hacia la planta de arriba oyó que decía mira qué cosas, me ha salido un hijo carca, con una risita sarcástica.

Para Cindy, ser una mujer libre era llevar vestidos largos de flores, ir descalza por casa y dejar entrar en su cama a aquel perla.

Cuando Marta no iba a su casa, Adela no jugaba con la casa de muñecas: si tú no estás, no sé cómo hacerlo, decía, compungida. Y era porque no tenía ni pizca de imaginación. Cuando Marta se inventaba las historias para dar vida a los muñecos, su prima la miraba rendida de admiración: pero ¿de dónde sacas todo eso? Ella se encogía de hombros y sonreía, contenta de ser mejor que Adela en algo.

Se enfadaba con su madre las tardes que no la dejaba ir: no

puedes pasarte por allí cada día, ¡los tíos ya deben de estar hartos de tenerte siempre en su casa! Pero eso le parecía imposible a Marta. La tía era muy amable: preparaba unas meriendas deliciosas que traía a la habitación con una bandeja, con todo tan bien colocado y unas servilletitas bordadas, muy pequeñas, plegadas en forma de triángulo. Dejaba la bandeja encima del escritorio y, antes de cerrar la puerta, se las quedaba mirando un momento —las dos agachadas, con las caras pegadas a la casa de muñecas, poniendo vocecitas y estallando en grandes carcajadas— y cerraba la puerta lentamente, con una gran sonrisa. A veces les enseñaba viejos álbumes de fotos de la época en que su madre y su tía eran pequeñas: casi siempre iban vestidas de la misma manera, su madre más esbelta, su tía carirredonda, las dos igual de rubias.

El tío Ramón también era muy simpático, aunque tenía la manía de hacerle cosquillas y, con aquellas manos de hierro, siempre acababa haciéndole daño en las costillas. También le gustaba cogerla de las manos y hacerle dar una voltereta en el aire. Marta tenía miedo, mucho miedo de que un día se le escapase una mano y acabase soltándola, casi podía notar el golpe seco de la cabeza contra las baldosas hidráulicas del piso. Pero cuando su tío se le acercaba sonriendo y le ofrecía las manos, nunca se atrevía a negarse.

Sus padres eran menos afectuosos. Él era un hombre huraño que solo de vez en cuando —«En fiestas señaladas», decía su madre— se ponía de un buen humor algo exagerado y empezaba a gastar bromas que casi siempre parecían fuera de lugar. A Marta la trataba con un gran afecto, pero sin caricias ni cosquillas, sin decirle reina, monina, cuca o todas aquellas palabras que ella oía decir tan a menudo en casa de Adela.

La madre de Marta era más extrovertida y risueña, pero como iba siempre tan atareada —«La tienda tiene un horario muy esclavo», repetía todo el santo día—, no paraba mucho en casa. Había heredado el negocio de sus padres y, aunque la ayudaba una dependienta, no se fiaba mucho de ella y prefería no dejarla sola. Cuando se organizaba para disfrutar de una tarde libre y pasarla con su hija, la niña ponía mala cara porque no podría ir a jugar con su

prima. Aquello la hacía enfadar mucho, piensa ahora Marta, con una sensación de arrepentimiento.

Cuando las chicas empezaron a crecer, el piso se les quedó pequeño y todo el día había gritos y peleas para entrar en el cuarto de baño o porque Sofía tenía la música demasiado alta y Rita quería estudiar, o porque Ingrid se había puesto el jersey nuevo de Sofía y ahora se ha dado de sí y qué quieres decir, ¿que estoy más gorda que tú?

La mayoría de las veces, el alboroto acababa con una especie de ataque de nervios de la madre, una actuación —pensaban las hijas— que sí debería haber merecido un Óscar. Resoplaba, levantaba la voz y soltaba toda una serie de frases dramáticas como, por ejemplo, «¡Ya estoy harta! Todo el día limpiando váteres/fregando suelos/aguantando clientes maleducados/soportando miradas asquerosas…». Después venía la letanía de lamentos autocompasivos: «Estoy malgastando la vida en este barrio de mierda/trabajo de mierda/piso de mierda». Y remataba con alguna amenaza del tipo «Cualquier día os dejaré a todos ahí plantados y no me volveréis a ver el pelo».

Su marido la dejaba hablar, observándola desde su butaca como si estuviera sentado en la platea de un teatro. Y, cuando ella acababa, se limitaba a decir: «Pero, mujer, no seas así, tampoco es para tanto». Rita habría querido que algún día su padre se levantase hecho un basilisco y golpease la mesa con el periódico enroscado. Que dijera «¡Ya basta, mujer! ¡Deja de quejarte! ¿Es que no ves que nos ofendes y nos desprecias?». Pero ante aquella exhibición de infelicidad, su padre permanecía impertérrito, cada vez más hundido en su butaca y, finalmente, cuando su madre se encerraba en la habitación tras un portazo, sacudía la cabeza poco a poco y volvía a ponerse las gafas.

A veces, su madre regresaba al comedor y ponía otra cara, una sonrisa postiza y reconciliadora: «Qué niñas tan guapas, cualquiera de las tres podría ser actriz, pero, claro, aquí en el culo del mundo,

¿quién se va a dar cuenta?».

Rita era aún una niña cuando decidió que quería dedicarse a la interpretación, como su madre. Jamás dudó que ella sí que lo conseguiría porque, en vez de disfrazarse de actriz, se prepararía para serlo. Y en lugar de renegar de su familia, del barrio, de su vida, usaría aquellas circunstancias para inspirarse.

Guillem acababa de cumplir once años. Estaba jugando a la pelota con sus amigos en el solar que había cerca de su casa y vio a su hermano y al niño escuálido caminando deprisa, como si no quisieran que los descubriera e intentase atraparlos. No tenía la menor intención de hacerlo. Se quedó allí, chutando la pelota y gritando ¡goool! Cuando pasaba entre la papelera y la farola. Un rato después, sus amigos empezaron a decir que querían dejarlo ya, que hacía demasiado frío. La temperatura había ido bajando durante todo el día y él también tenía los pies helados. Se quedó solo unos minutos sentado en un banco, mirando la bocacalle por donde habían desaparecido Félix y su amigo. Anochecía y prácticamente no se veía nada.

Entró en casa, cogió un par de magdalenas y un vaso de leche, y fue al comedor. Su padre estaba sentado con aspecto de preocupación, la mesa llena de facturas y la calculadora a mano. Tenía el transistor encendido y sonaba la voz de Lennon todo el rato, una canción tras otra.

—Qué pena, ¿verdad?

El padre sacudió la cabeza. Se había metido el lápiz en la boca mientras ordenaba los papeles. Parecía afectado por la noticia de la que se habían enterado aquella mañana: un hombre había matado a Lennon delante del edificio donde vivía.

Su madre aún no había llegado de la tienda y Xavi estaba entrenando. Era, así pues, una tarde tranquila, una como cualquier otra. Nadie podía imaginarse que en aquel preciso momento empezaba a rodar la minúscula bola de nieve que iba a crecer y crecer hasta estrellarse contra todas las tardes plácidas del mundo.

El accidente que dejó a Félix cojo de por vida nunca acabó de quedar del todo claro y los demás se refirieron siempre a él más bien como un episodio turbio del que nadie tiene nunca ganas de saber los detalles.

Una vecina de dos calles más allá —una mujer mayor que vivía sola— avisó a la policía porque, después de haber oído ruidos extraños en su casa, había encontrado al salir al jardín a dos chicos tumbados sobre las matas de menta. Uno de ellos se había roto el brazo; el otro, Félix, estaba inconsciente. Todo parecía indicar que se habían caído del tejado.

El chico del brazo roto dio unas explicaciones muy confusas para justificar qué hacían él y su amigo en el tejado de la casa de la vecina. La mujer conocía a los dos chicos del barrio y estaba muy preocupada por la gravedad del estado de Félix —los médicos temían por su vida—, así que insistió a la policía para que abandonasen cualquier investigación de los hechos. Solo había sido una travesura, una trastada que había acabado en tragedia.

Félix salió del hospital un día que hacía mucho frío y volvió a casa para recuperarse lentamente. Pasó unos meses en una silla de ruedas y, después de mucha rehabilitación, acabó caminando con la ayuda de muletas. Tal como habían pronosticado los médicos, se adaptó bastante bien a la nueva situación. La familia, en cambio, no supo salir adelante.

La invalidez de Félix lo cambió todo y quebrantó el equilibrio interior de aquel grupo de cinco personas. A partir de entonces, todas las ineptitudes, Ion errores o las ruindades del hijo mediano pasaron a ser culpa del accidente: el portazo que violentó a toda la familia la primera Navidad; la proliferación de suspensos; el gesto de quitarse las bambas y plantar los apestosos pies sobre la mesa de centro cuando todos estaban viendo la tele; la voracidad con la que se acababa las costillas sin dejar ninguna para su hermano; la sonrisa cínica después de haberle levantado la novia a Xavi; la indiferencia absoluta en su rostro el día en murió su padre.

«Es por el accidente —decía su madre—. Hay algo en su interior que no acaba de funcionar».

Guillem tenía un diagnóstico claro: estaba convencido de que su hermano había detectado, justamente al salir del hospital, que aquella desgracia le sería útil durante toda la vida para esconder sus grandes y miserables carencias.

Por la misma época en que decidió irse de casa cada vez que su padre los visitara, Jim empezó a revisar, con espíritu crítico, la peculiar historia de su familia. La primera revisión consistió en concluir que no podía llamar «familia» a aquel triángulo que formaban Cindy Miller, Pere Dorca y él. Se acercaba mucho más a la realidad decir que él era el resultado de un lío de verano entre un camarero y una turista.

Se vislumbraba ya la adolescencia cuando empezó a preguntarse por qué aquella chica de California, que solo había venido a Cataluña de vacaciones, decidió quedarse allí. Si Pere se había ido y la había dejado sola con un bebé, ¿qué era lo que la retenía en aquel rincón del mundo, tan lejos de su amplia y bien situada familia norteamericana?

Cuando se lo preguntaba, las respuestas eran diversas y ninguna era lo bastante convincente: estoy enamorada de este mar; no quería que perdieses tus raíces ampurdanesas; había hecho amigos que querían ayudarme; encontré esta casa perfecta y destartalada, y quería quedarme en ella. Nunca dijo: cuando tu padre vuelva, quiero que nos encuentre aquí.

Jim se imaginaba cómo hubiera sido su vida en América. Había conocido a sus abuelos y al resto de la familia Miller cuando viajó allí, poco después de cumplir seis años. La casa en Sausalito, el tío escultor, la tía fotógrafa, los primos y primas que parecían personajes de las series que él veía en la tele del comedor de casa. El verano siguiente le pidió a su madre que volviesen, pero no tenían suficiente dinero. Y pasó lo mismo el año siguiente, y el otro. Él cogía una pataleta y repetía hasta la saciedad quiero ir a Sausalito quiero ir a Sausalito quiero ir a Sausalito, hasta que su madre enloquecía y le contestaba de malas maneras que, cuando había estado allí unos

años atrás, no había abierto la boca y se había comportado con una timidez que rayaba la mala educación.

Era verdad. Se sintió intimidado todo el rato y, al volver, cuando desde el coche fue reconociendo los campos de trigo y los polvorientos olivos, los bloques de apartamentos construidos de cualquier manera, las tiendas con las colchonetas de playa colgadas en el exterior, el letrero oxidado con el nombre del pueblo, cuando vio todo aquello que siempre había encontrado deprimente y chabacano, se sintió en casa. Y aquello —pensó—, aquello sí que no se lo perdonaría nunca a su madre.

Marta quiso apuntarse a *ballet* porque Adela quería ser bailarina. Lo decía desde que era muy pequeña, cuando ambas leían, tumbadas sobre la alfombra de su habitación, el cuento del soldadito al que le faltaba una pierna y se enamoraba de la chica que daba vueltas sobre una única zapatilla de punta. Un amor solidario que no acababa bien.

Cuando cumplieron seis años, ambas se apuntaron a una academia. Como tantas otras veces, urdieron un plan y actuaron coordinadas, un frente común en forma de gota malaya para conseguir que sus padres dijeran que sí. No fue fácil: la academia era un gasto y, además, obligaba a los adultos a estar pendientes de acompañar y recoger a las niñas dos veces a la semana. Aquel año, para Reyes, todos los regalos estuvieron relacionados con el *ballet*: un maillot, unas medias, una mochila para llevar la ropa, unos calentadores… el tutú y las zapatillas de punta serían para más adelante, cuando se confirmara que las niñas persistían en el tema.

Al principio, a Marta, todo aquello del *ballet* le daba más bien pereza. Pero aquellas dos horas semanales resultaron ser un oasis, un mundo aislado y perfecto alejado de las matemáticas y la rigidez de la escuela, un mundo donde todo era bonito y delicado. La calidez del suelo de madera, los colores pálidos de los maillots, los polvos para que las zapatillas no resbalasen, las carcajadas de las niñas, la suave melodía del piano, la monótona voz de la profesora dando

instrucciones: *plié, relevé, demi-plié*.

El progreso de las dos niñas fue desigual. Adela, más grácil y esbelta, parecía haber nacido para el *ballet*. Marta iba mejorando a un ritmo más lento, sin destacar.

Cuando cumplieron diez años, la profesora les recomendó que pidiesen a los Reyes unas zapatillas de punta. Empezarían a practicar de manera gradual durante aquella misma temporada. Si querían, también podían pedir el tutú que se pondrían para el *ballet* de final de curso. Se trataba de un momento muy emocionante para las bailarinas, la maestra lo sabía y habló solemnemente de ello, como si fuera un ritual iniciático: «Debéis saber que tener las primeras zapatillas de punta es una responsabilidad. Hay que escogerlas bien y saber cuidarlas».

Los Reyes de aquel año fueron todo un acontecimiento. La emoción despertó a las niñas de madrugada y, en ambas casas, antes de las ocho de la mañana ya se habían abierto los regalos. Marta llamó a su prima —¿las tienes?— porque la impaciencia no la dejaba esperar hasta la comida familiar.

Las zapatillas eran una auténtica preciosidad, las dos de un rosa pálido y con cintas largas y sedosas. Después de comer se pusieron el maillot y la faldita de tul, de un blanco gélido, como una corola. Ensayaron unos *pliés* y *relevés* ante sus padres, un auditorio boquiabierto que aplaudió como si estuviera viendo *El cascanueces*.

El festival de primavera de la escuela de *ballet* fue un éxito sensacional. Marta y Adela salieron juntas de casa, vestidas con ropa de deporte, el pelo recogido muy tirante y salpicado de purpurina, y el tutú en una mochila, con las zapatillas de punta. Antes de salir al escenario se miraron juntas al espejo, cogidas de la mano. Sonreían a las niñas que se reflejaban, mucho más guapas y sofisticadas que ellas.

Al acabar, mientras saludaban al público, Adela le dijo al oído: lo has hecho muy bien, has sido la mejor. Marta mantuvo el cuerpo inclinado y la sonrisa en los labios, mientras un calorcito desconocido le subía por el cuello hasta pintarle las mejillas de rojo.

El día en que la hermana mayor de Rita, Íngrid, cumplía quince años, su madre llegó tarde a casa. Su marido y las hijas la esperaban para celebrar el cumpleaños. Tenían a punto el pastel de trufa que le gustaba a Ingrid, con las velas, las copas y la botella de cava en la nevera. Las hermanas habían comprado flores y ocultaban un paquete muy bien envuelto.

Rita, sentada en el brazo de la butaca donde estaba su padre, oyó la llave en la cerradura y preparó un rictus recriminatorio. Llegaba más tarde que nunca. De hecho, hacía semanas que se presentaba después de las diez, aunque el super cerraba a las ocho y media.

La vio avanzar por el pasillo, embutida en unos *leggins* que se le pegaban a los muslos y le marcaban las cartucheras. Se oían los taconazos contra las baldosas. Llevaba puestos unos botines plateados. Aunque todavía iba maquillada, Rita pensó que hacía muy mala cara y lo atribuyó al frío que debía de haber pasado durante todo el día. En la caja del super siempre soplaba una corriente de aire gélido, y su madre era demasiado presumida para ponerse un jersey de lana o una sudadera bastante gruesa. Para lucir hay que sufrir, era su lema. Rita estaba segura de que había vuelto a acatarrarse.

Al entrar en el comedor, su madre soltó un hola mustio que se quedó flotando en aquel escenario preparado para la fiesta. Ingrid sopló las velas mientras sus hermanas le cantaban «Cumpleaños feliz» y su padre inmortalizaba el momento con la cámara. Sonreían, pero no había nada más triste que aquel frío comedor, que las ojeras de su madre. Todos se dieron cuenta.

Ella, su madre, empezó a hablar como si alguien le hubiera preguntado qué le pasaba. Rita notó cómo su padre —lo tenía tan cerca que sus brazos se tocaban— se ponía rígido y se sentaba con el culo hacia atrás para tener la espalda más recta.

Y su madre dijo que se había enamorado de otro hombre, que como las niñas ya eran mayores —esbozó una sonrisita y señaló con un gesto de pretendida diversión el pastel de cumpleaños con las quince velas apagadas—, había pensado que no pasaba nada si se iba de casa, que ya se las apañarían. Rita tenía entonces once años y

Sofía, nueve.

Cuando ella calló todos siguieron en silencio, tanto el padre como las hijas. Todos quietos como espantapájaros en medio de un campo de trigo, descoyuntados y soportando estoicamente el golpe. Entonces, la madre dijo: al fin y al cabo, no estaré muy lejos, me voy a vivir al cuarto segunda, con Bigorra. Y Rita visualizó el rostro del vecino, un hombre alto y delgado, con los ojos hundidos como si siempre estuviera enfermo y los dedos amarillos de nicotina. Solo lo conocía de haber coincidido con él en el ascensor. Ni siquiera sabía cuál era su nombre de pila. Nunca le había llamado la atención por nada, ni para bien ni para mal. Se había quedado viudo hacía unos años y vivía solo desde entonces.

La madre no preguntó a las hijas, ni siquiera a la pequeña, si querían irse a vivir con ella y Bigorra. Solo dijo que, como estaría tan cerca, para cualquier cosa que necesitaran podían subir al cuarto segunda. Después entró en su habitación y empezaron a oír ruidos y la imaginaron preparando la maleta.

Volvió a entrar en el comedor para coger el abrigo. Llevaba un trocito de papel de plata en la mano.

—No os sabe mal, ¿verdad? Bigorra es tan goloso…

De golpe los vio: su madre y Bigorra, totalmente desnudos en la cama, comiéndose a cucharadas el trozo de pastel. Ahora ella le limpiaba un poco de nata de la comisura de la boca, él le embadurnaba el pezón y después se lo lamía… Tuvieron que pasar años hasta que borró aquella imagen.

Un día, la maestra dijo en la escuela, como quien no quiere la cosa, que los hermanos medianos eran los más desgraciados. Era una buena maestra y probablemente una buena persona. Gorda, pelirroja, con los ojos pequeños y azules, y Guillem se fiaba de ella. Aquella frase de los hermanos medianos la dijo con una sonrisita, para no herir la sensibilidad de todos los alumnos que padecían aquella circunstancia. Aclaró que no se trataba de un gran inconveniente, sino simplemente que, a veces, a los hermanos medianos les costaba un poco más llamar la atención de los padres, pendientes de las primeras veces del mayor y de las gracias del

pequeño de la casa.

Guillem levantó la mano y la maestra le dio la palabra.

—Guillem, ¿tú eres el mediano? Tal vez quieras compartir con nosotros tu experiencia…

Y él explicó que no, que él era el pequeño de tres y que, en su casa, el hermano mediano era el preferido de sus padres y que siempre hacía lo que le daba la gana y que nunca lo castigaban.

Aquella misma tarde, la maestra llamó a casa de Guillem. Al día siguiente, el niño recibió dos rapapolvos. Su madre le riñó por haber hablado mal de su hermano delante de la profesora y de toda la clase. ¿Qué le importa a la gente nuestros asuntos? La maestra, más amable, le hizo ver que no estaba bien sentir celos de un hermano «con problemas». ¿Qué problemas?, preguntó Guillem. «Los derivados de su accidente», contestó ella, seria. Aquel día Guillem entendió que no se podía fiar de los adultos, que ni siquiera la maestra, que era buena persona y que estaba libre de la influencia de Félix, ni siquiera ella, había entendido que allí el único que tenía problemas era él.

Una noche de julio, 0:23 h

La conversación consistió durante un buen rato en un intercambio de muestras de interés formales pero sinceras.

—¿Qué tal están tus padres, Marta?

—¿Y tus hermanas?

—¿Tu madre sigue viviendo sola en Mas Xic?

Fue un proceso de deshielo. Habían pasado quince años sin tener más comunicación que la estrictamente necesaria y aquellos primeros minutos oscilaron entre la alegría y la incomodidad.

De repente, en medio de las preguntas y las respuestas, Rita se puso en pie y empezó a caminar entre las mesas, mientras los demás —que seguían hablando— la observaban de reojo. Enseguida vieron que se estaba dedicando a hacer acopio de los ramilletes de flores e hizo una buena cosecha de ellos.

Una florista de Begur había engalanado las mesas y cada centro floral era diferente. Había uno con peonías blancas y rosas, otro con una sola flor de hortensia azul muy acompañada de verde, un ramo de margaritas, uno que mezclaba rosas de color anaranjado con pequeños girasoles y uno de gerberas de un rosa explosivo.

Cuando los tuvo todos sobre la mesa donde estaban, se sentó muy cerca y fue como si la belleza de las flores encendiera de repente la belleza de Rita. Lo vio Jim, lo advirtió Guillem, se dio cuenta Marta. Los tres se la quedaron mirando en silencio. Y en el silencio había resentimiento, deseo, celos y pesar.

Los ecos de la humillación

Cuando su madre empezó a trabajar dando clases de Pintura y Cerámica en Palafrugell, Jim comenzó a ir a comer a casa de su abuela paterna, Angeleta, viuda desde hacía muchos años. Al principio refunfuñó: de la escuela a casa de su abuela había un buen trecho y, además, nunca habían tenido mucho trato con ella… No tenía demasiado confianza y seguro que estarían incómodos. Pero después de la primera semana —fricando, sopa de arroz y fideos con albóndigas, macarrones, pastel de patata, costillitas de cabrito con patatas fritas— ya no volvió a quejarse.

Angeleta era una cocinera excelente y también una abuela divertida, que contaba unas historias que no se acababan nunca porque iba inventándoselas a medida que avanzaba. También tenía dos gatos. El grande era completamente negro y se llamaba Margot, porque apareció en su jardín el primer día de marzo y ya no se marchó. La hembra era hija de la gata de Angora de los vecinos, que era un poco libertina y por las noches salía a ligar. Tenía el pelo gris, bastante largo, y los ojos de color amarillo. Como había nacido en San Juan, se llamaba Piula.

La abuela cocinaba, contaba historias, jugaba con él a la brisca y, de vez en cuando, mencionaba al padre de Jim, Pere. Siempre de refilón, como quien no quiere la cosa: ¿el arroz blanco te gusta un poco pasado? Mira, como a tu padre. Él ignoraba siempre este tipo de comentarios, como si no los hubiera oído, y la abuela, siempre, sin fallar nunca, movía la cabeza de un lado a otro, con una negativa desolada que quería decir «Parece mentira que este hijo que tengo permita que ocurra esto, que se esté perdiendo a este niño tan

espabilado, que sea tan tarambana».

Tras comer, la abuela y Jim se sentaban en el sofá y, enseguida, Piula y Margot se subían también y se acomodaban uno en el regazo de la mujer, la otra en el del niño. Si tiene un recuerdo claro y tierno de aquellos años es el peso caliente sobre los muslos y a su abuela al lado acariciando el lomo negro del gato que tenía sobre el regazo. Aquella mano manchada, con las venas prominentes y las uñas bien arregladas, yendo arriba y abajo, arriba y abajo. Y los ronroneos de los dos animales, el sonido del bienestar.

Para celebrar los cuarenta años de su madre habían decidido salir fuera unos días, aprovechando el puente de la Purísima. El destino escogido fue Carcasona. Les habían dicho que se celebraba un mercado de Navidad precioso.

Unas semanas antes, mientras cenaban, Marta hizo la primera tentativa:

—¿Podemos invitar a Adela?

Por la medio sonrisa de su madre entendió que ya se esperaban la petición. Remachó el clavo al ver que no sería difícil convencerlos:

—Yo sola me aburriría… Las dos juntas nos divertiremos y así os dejaremos tranquilos.

Solo tenía diez años, pero, como buena hija única, ya había aprendido a manipular a sus padres a su gusto. El problema fue convencer a sus tíos, que pensaban que aceptar la invitación era un abuso.

Su padre insistió, su madre apeló a la confianza entre hermanas, pero sus tíos se mantuvieron firmes en su decisión. A Marta le parecía incomprensible y, sobre todo, injusto. ¡Y qué sentimiento tan intenso provoca la injusticia cuando tienes diez años! De repente, el viaje a Carcasona perdió todo su atractivo y ya no le hacía ilusión ni la ciudad de cuento de hadas, ni el mercado de Navidad ni hablar francés. Les dijo a sus padres que se marcharan solos y su madre se subió por las paredes. Pero, por la noche, su padre anunció que había hablado con el tío Ramón y que Adela los acompañaría a

Carcasona. Su madre se quedó tan atónita por que su padre hubiera tomado la iniciativa y por que los hombres hubiesen resueltos solos aquel problema, que pasó por alto el hecho de que estaban cediendo al chantaje de la niña.

La diversión empezó ya al día siguiente. Adela y Marta hicieron listas con las cosas que tenían que llevarse; fueron incluso a comprar un pequeño neceser para llenarlo con —¡figúrate!— el cepillo de dientes, la pasta, un peine y clips para el pelo. Después planificaron la ropa que se pondrían y, finalmente, rompieron las huchas para comprar alguna figurita o una bola para el árbol en los puestos del mercado navideño.

Hablaron de la ropa que meterían en la maleta. Planearon que Adela le dejaría a su prima la sudadera de color rosa a cambio de la gruesa bufanda verde. Para el viaje en coche de casi cinco horas compraron una bolsa llena de golosinas. Había regaliz rojo de aquel que se enroscaba sobre sí mismo, sidral de limón, piruletas y chicles de fresa de un rosa chillón.

Adela fue a dormir a casa de los tíos porque al día siguiente tenían que levantarse pronto para emprender el viaje. Mientras bebían la leche con Cola Cao, Marta se fijó en los ojos de su prima —la taza le tapaba el resto de la cara—, que brillaban como nunca.

Su madre les había dicho que su padre las cuidaría, pero fue al revés. Desde el día siguiente a que su madre subiera a instalarse en el cuarto segunda con Bigorra, su padre fue encogiéndose y entristeciéndose. Su cuerpo repantingado en la butaca era la viva imagen de la desolación.

Íngrid, como era la mayor, tuvo que hacerse cargo de todo. Pronto dejó los estudios y se puso a trabajar de aprendiz en la peluquería del barrio. Rita, cuando acabó el bachillerato, empezó en el Institut del Teatre y, al salir de clase, trabajaba unas horas en el bar que su tío tenía en Poble Sec. Cuando volvía a casa en el metro, notaba cómo las piernas le flojeaban y no podía levantar siquiera los pies. Pero el cansancio no era nada comparado con la angustia que

sentía al entrar en el bloque de pisos y subir por la escalera o esperar el ascensor. La posibilidad de toparse con su madre, o con Bigorra, o incluso con ambos, la aterrorizaba.

Por increíble que parezca, en los ocho años que pasaron desde el día en que se fue su madre hasta el día en que ella se marchó de casa de su padre, esto no sucedió nunca. Sus hermanas sí que tuvieron que pasar ese mal rato, incluso en varias ocasiones.

A veces, cuando llegaba a casa, se sentaba un rato a hacerle compañía a su padre. Él leía el periódico y Rita, una novela o un texto que tenía que estudiar para el instituto. El silencio era absoluto y, de repente, empezaba a oírse un follón encima de sus cabezas. Ellos vivían en el segundo, así que entre su piso y el de Bigorra estaba el tercero, pero, aun así, pensaba Rita, era posible que en el tercero no hubiera nadie y por eso llegase nítidamente hasta ellos el ruido del cuarto. Aquellos movimientos domésticos de cubiertos y el arrastre de sillas se volvían espeluznantes en aquel momento. Su padre ni siquiera levantaba la vista del periódico, pero ella se ponía a hablar precipitadamente, sin poder evitarlo, y decía cualquier tontería solo para ocultar los ecos de la humillación procedentes de arriba.

Vivir en casa de sus padres llegó a ser, después del accidente de Félix, un auténtico suplicio. Sus padres, que nunca se habían llevado muy bien, decidieron actuar como un bloque en todo lo que tenía que ver con Félix. Con una compenetración admirable, no se cansaban de justificarlo y lo trataban como un hijo vulnerable a quien era necesario proteger.

La realidad era que Félix se había convertido en un auténtico aguafiestas, que eliminó para siempre jamás la posibilidad de que la familia celebrase nada o, simplemente, pudiera hacer una comida familiar o pasar unos días de vacaciones en armonía. Tenía una actitud despótica y, a veces, cruel. Su afilada lengua siempre estaba a punto para herir a algún miembro de la familia.

Xavi empezó a salir con una chica y la trajo un domingo a comer

a casa. Era muy tímida, acudía resignada a pasar aquel mal rato y Félix decidió divertirse poniéndola en evidencia. Toda la comida fue un martirio, una obscena exhibición de maldad.

Como era de esperar, Xavi anunció aquella misma noche que empezaba a buscar piso y que nunca volvería a la casa familiar si tenía que coincidir con su hermano. Guillem aún se acuerda de la estupefacción que le produjo la reacción de su madre: «Qué piel tan fina. Hay que tener sentido del humor, chico». Aquel día, por contra, detectó un cambio de actitud en su padre. Se mantuvo en silencio, pero miró a su hijo mayor con ojos de perro apaleado. Era un hombre vencido y atrapado: quizá se le había caído la venda de los ojos, pero no podía admitirlo sin perder, de una tacada, a su hijo mediano y a su mujer.

De manera que tras Xavi se marchó Guillem y, después, su padre enfermó y se murió. Y en aquella casa vivieron, aún una veintena de años, un tirano y su madre, una mujer atemorizada que, cuando sus dos otros hijos la llamaban, ponía una voz alegre y decía, sin fallar nunca: «Estamos la mar de bien los dos juntos».

En Carcasona hacía mucho frío. Las dos primas paseaban por las estrechas calles de la ciudad fortificada con las manos en los bolsillos y el rostro hundido en el interior de las bufandas. Había bastante gente y los padres de Marta las hacían caminar por delante para vigilar que no se quedaran encantadas en una tienda de *souvenirs* o que no se despistasen con sus juegos: ahora caminamos con los ojos cerrados, ahora damos dos pasos y un saltito.

El día en que debían volver a casa empezó a lloviznar muy temprano, mientras desayunaban. El padre de Marta decidió que lo mejor era no entretenerse, por si la mezcla de lluvia y atascos hacía que llegaran tarde a casa. Las niñas tenían colegio al día siguiente. Cuando se montaron en el coche, el padre puso la radio y la madre las hizo callar mientras subía el volumen:

—¡Callad, niñas, callad! ¿Has oído? ¡Han matado a John Lennon!

Los padres se quedaron en silencio mientras el locutor ampliaba la noticia. Después la madre les explicó que ella y la tía eran muy fans de los Beatles y que tuvieron un disgusto muy grande cuando el grupo se separó.

Marta y Adela aprovecharon para preguntar cosas de cuando sus madres eran pequeñas. No había nada que les gustara más que imaginárselas cuando tenían la misma edad que tenían ahora ambas. Estuvieron un buen rato haciendo que ella les explicara cosas de aquellos años.

Sufrieron el accidente cuando solo hacía media hora que habían salido de Carcasona. Las niñas cantaban en el asiento trasero «*Si tu vas au ciel, en patinant, fais-moi un petit trou, que je monte-la*». Marta decía la frase y Adela la repetía.

Iban detrás de una caravana que circulaba muy despacio. Llovía mucho. El padre de Marta conducía tranquilo y resignado. Entonces, el coche que iba detrás quiso adelantarlos a ellos y a la caravana y, cuando se encontró con un camión en dirección contraria, volvió al carril con una maniobra brusca y los sacó de la carretera. Su coche cayó desde lo alto del arcén.

Marta recuerda golpes en la cabeza y una vuelta de campana, muchos chillidos y un gran descalabro. Cuando abrió los ojos se oían los gemidos de su madre, que se había fracturado las dos piernas. Y nada más. Su padre parecía desmayado —o muerto— con la cabeza encima del volante y una herida que sangraba en la barbilla. Junto a ella, Adela no se movía. Le goteaba un chorro de sangre desde la frente por la mejilla.

Se puso a gritar y a llorar. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Adela! Y volvía: ¡Mamá! ¡Papá! ¡Adela!, hasta que su madre, entre sollozos, intentó tranquilizarla. Ahora vendrán a ayudarnos, Marta, no llores, mira, ya están aquí…

Llegaron unos hombres que la hicieron salir del coche: no llores, bonita, ahora vendrá la ambulancia, siéntate aquí, en esta piedra, y piensa en otra cosa, que pronto habrá pasado todo.

La piedra era puntiaguda y se le clavaba en las nalgas. Aún llovía, pero menos. Se revisó los brazos y las piernas, la barriga, el

cuello. No tenía ninguna herida, no le dolía nada. Allí mismo comenzó una desazón que, aunque ella no lo sabía entonces, no se iría nunca. Su madre con las piernas rotas; su padre con una conmoción cerebral; Adela, muerta. Y ella había salido ilesa. Para intentar tranquilizarse se puso a cantar por dentro: «Si tú vas al cielo, en patinete, guárdame un buen sitio, que ahora subo».

Una noche de julio, 0:45 h

El silencio —solo salpicado por los ladridos de un perro lejano y el rumor de alguna racha de viento que movía las ramas de los árboles— se rompió de repente cuando vieron salir de la casa a Joana y a Martí.

—¡Mira los novios, qué guapos están!

Ella se había quitado el vestido largo de color albaricoque que llevaba durante la ceremonia y, con los pantalones cortos y la camiseta de tirantes, volvía a tener veintipocos años. Su marido tenía cara de cansado. Había sido un día muy largo.

—Nos vamos a dormir, estamos hechos polvo.

—Claro. ¡Ha sido una fiesta estupenda!

Todos estuvieron de acuerdo y volvieron a decirlo mientras Joana se despedía de ellos con un beso en la mejilla de cada uno. Después cogió a Martí del brazo, apoyó todo el peso del cansancio en este gesto, y les dijo:

—Quiero daros las gracias a los cuatro.

—¡Anda ya!

—Sí, sí… déjame hablar. Quiero agradeceros que lo hayáis hecho todo tan fácil y agradable, que hayáis estado de buen humor y afectuosos con todo el mundo. Podía haber sido una situación muy incómoda.

—¡Pues ya ves que estamos comodísimos…!

Guillem hizo un gesto señalando todas las copas y las botellas vacías y llenas que había en la mesa.

—Me gusta veros así.

—¿Bebidos?

—Juntos los cuatro, como antes.

Rita acariciaba los pétalos de las flores que tenía cerca. Jim dio un trago a una bebida. Guillem estiró los brazos para desentumecer la espalda. Marta se levantó y le arregló el peinado a su hija. Le puso bien la gardenia que llevaba en el recogido.

—Os vais ya mañana, ¿verdad?

—Sí, a primera hora.

—¡Que tengáis un buen viaje!

—¡Enviad un mensaje en cuanto lleguéis!

Cuando arrancaron el coche, los cuatro volvieron a caer en el mismo silencio de antes. Otra vez solo se oían el perro y el viento.

El amor de Marta y Jim

Habían pasado diez años desde aquel cumpleaños, el último en el que había estado Adela. Los días anteriores, Marta se imaginaba el momento: la madre llevaría a la mesa el pastel con veinte velas —esta vez todas suyas— y la tía Carmina empezaría a llorar de inmediato. Primero dejaría caer unas lágrimas que rodarían poco a poco por las mejillas hasta llegar al precipicio de la mandíbula, el tío Ramón le pasaría el brazo por encima de los hombros y le ofrecería un pañuelo de papel, con un gesto resignado y una brevísima mirada de disculpa dirigida a ella, a Marta, que se prepararía para soplar. La tía recordaría —como si alguno de ellos pudiera olvidarlo ni siquiera un segundo— que Adela también habría cumplido veinte años, que estaría en la universidad, que seguramente ya se habría enamorado por primera vez o que tal vez habría estado viviendo algún tiempo en el extranjero… Tal vez habría, podría, sería, toda una vida en condicional. Y se preguntaba si ella, si Marta Recasens Andreu, existía solo por eso: para recordar todo lo que habría vivido Adela si no hubiera muerto el día que cantaban si tú vas al cielo.

Ahora ella apagaría veinte velas mientras recordaba aquel cumpleaños de hace una década y las palabras de su prima: jugamos a que hoy en el día en que cumplimos veinte.

El pastel, por dulce que fuera, tenía un sabor amargo. Había propuesto muchas veces a sus tíos no celebrar el cumpleaños, pero siempre recibía una negativa indignada: ¡Qué va! ¡Suerte que te tenemos a ti!

… Y qué suerte que tienes tú de ir cumpliendo años, no como Adela. Un plus de responsabilidad, como si ella fuera la afortunada

con un golpe de suerte que no se merecía.

Así pues, volvió el funesto ritual de cada año. Recibió a sus tíos con besos y sonrisas; elogió el fricando de su madre y brindó por sus veinte años, pero, cuando llegó el momento del pastel, empezaron a faltarle las fuerzas. Su madre se había levantado para ir a buscarlo a la cocina y ella proyectó mentalmente la imagen antes de que tuviese lugar: se puso en pie de sopetón y soltó un rosario de disculpas a medio pronunciar. Cogió el bolso y salió de casa mientras veía de reojo la mesa desolada y a su madre en el umbral de la puerta con el pastel encendido como una trágica antorcha.

Caminó por las calles del Eixample sin saber qué hacer ni adónde ir. Se había levantado un viento húmedo y el pelo y la larga falda revoleaban siguiendo la misma cadencia. Cuando empezó a llover, entró en un bar largo y estrecho, con una barra inacabable y todavía demasiado vacía. Se sentó al principio de todo, en una esquina, sobre un taburete alto, y pidió una copa de vino. Enseguida pensó en su prima y habló con ella mentalmente: «Ya ves, Adela, mira cómo es tener veinte años: estoy bebiendo sola en un bar, parezco la protagonista de una serie norteamericana». El pensamiento la hizo sonreír.

—¿De qué te ríes?

Era un chico de barba rubia y ojos sonrientes.

—¿Y a ti qué te importa?

El chico hizo un gesto a sus amigos, que salieron a la calle. La puerta se cerró poco a poco, chirriando, y el chico apoyó los codos en la barra y esbozó una sonrisa algo torcida:

—¡No me contestes así, mujer, que no te deseo ningún mal!

Y, de repente, Marta tuvo la impresión de que decía la verdad, que aquel chico no podía desearle ningún mal porque tenía mirada de buena persona. Pensó que lo que más le apetecía era celebrar su cumpleaños con un desconocido.

En aquella primera conversación, él habló mucho más que ella y Marta supo que acababa de conocer a Jim Dorca Miller, hijo de ampurdanés y norteamericana, veintiún años recién cumplidos, estudiante de Filosofía, residente circunstancial en Barcelona, pero

con ganas de volver a la masía de Torrent donde lo esperaba su madre, que era, según él, una *hippy* de las de verdad.

Jim hablaba y hablaba del Montgrí y de las Gavarres, de Aiguablava y de Montgó, de las pinedas y de los acantilados… y de la vida sencilla y caótica que habían construido él y su madre, y, de repente, aquella casa que no conocía, *un gran y maravilloso desorden que se cae a trozos*, le pareció el paraíso, y aquel estilo de vida que podría resumirse en ir descalzo todo el día la atrajo como si siempre lo hubiera deseado y ahora se lo estuvieran poniendo ante los ojos, al alcance de la mano.

Marta escuchaba algo abrumada el discurso lleno de entusiasmo de aquel chico alto y delgado y, mientras lo hacía, entretenía su mirada en la madeja de cabellos rubios que crecían en un desorden artístico e intentaba poner un nombre al color indefinido de sus ojos, que mezclaba el verde, el gris y el azul.

Y él, Jim, según lo que repetía cada vez que recordaban la noche en que se conocieron, vio en los ojos de aquella chica una luz temblorosa (como la de las velas de un pastel, diría más adelante, cuando ya sabía que aquella noche era el cumpleaños de Marta, haciendo algo de trampa para mejorar el relato).

A Marta le pareció que la sonrisa de aquel chico larguirucho podía hacer que superara todas las angustias.

Jim miró en el interior de los ojos de Marta, que tenían los iris del color del ámbar, salpicados con puntitos verdosos y rodeados por una línea oscura, que parecía pintada con un lápiz de punta afilada.

Ella no había oído nunca una voz que la abrigara. Él no recordaba haberse muerto de ganas de aspirar el olor del pelo de una desconocida.

De madrugada, Marta entró sigilosamente en casa de sus padres —los restos del pastel aún estaban sobre la mesa puesta y tuvo la impresión de que todavía se notaba el eco de los sollozos—, metió cuatro prendas de ropa en una bolsa y escribió una nota que dejó pegada en la nevera: «Me voy unos días a la Costa Brava con unos amigos. No os preocupéis».

Escribió unos amigos, en plural, porque le pareció que no

causaba tanta impresión y porque ella misma estaba impresionada de ver cómo transgredía todas las normas que había aprendido desde pequeña. Estaba dando vida a la Marta que su prima había imaginado cuando las dos tenían diez años.

Devoraron los kilómetros en silencio y cuando Jim dijo: hemos llegado, el cielo ya clareaba.

La imagen que Marta iba a guardar para siempre en la memoria apareció ante sus ojos cuando el coche recorrió la última curva: la polvorienta era enfrente de una masía bastante ajada y una mujer rubia —con una larga trenza a la espalda— que tendía sábanas. Llevaba un vestido blanco y rojo que revoleaba dejando al descubierto unas piernas largas y delgadas. Era Cindy, la madre de Jim, la que sería su suegra. Tal vez sería excesivo decir que la quiso desde el primer día.

Jim hizo sonar el claxon: Cindy dejó una sábana a medio tender y empezó a correr para recibirlos con los brazos abiertos. La ropa blanca se quedó todo el día enroscada en aquel alambre.

Era un junio espléndido, y la mayoría de días ofrecía un cielo ampurdanés de un azul limpio, con cuatro nubes que dibujaban formas extrañas. Las tardes que soplaba la tramontana, la masía les proporcionaba un concierto de postigos golpeando, muebles viejos chirriantes y los aullidos del viento colándose por las grietas.

Mas Xic olía de una manera muy particular. Un aroma de madera y polvo, con un punto de humedad, ese olor que solo guardan las casas que tienen muchos años, las paredes gruesas y los techos altos.

La entrada de la casa era espaciosa, con baldosas de adobe, bóveda catalana y un medio arco para entrar en la cocina. Había un banco de madera que Jim decía que era de una iglesia y un ánfora de barro enorme.

Durante aquellos días en Mas Xic, Marta probó una vida muy diferente a la suya, donde había risas, sal en la piel y ensaladas de tomate y cebolleta. Le gustaba cuando volvían de la playa y entraban en casa descalzos. Se quedaba boquiabierta mirando las huellas húmedas de Jim en las baldosas y el rastro de granitos de arena.

Cindy era una niña pequeña presa en el cuerpo de una mujer de cuarenta y cinco. Era impulsiva, traviesa, irresponsable, no sabía mentir ni aprendía lecciones de nada. Por eso, al conocerla, Marta entendió al instante aquello que Jim no comprendía de ninguna de las maneras: que su madre recibiera siempre con afecto y naturalidad a aquel hombre que la había abandonado. Cindy hacía siempre aquello que le dictaba el corazón. Y su corazón se ponía a dar saltitos de alegría cuando veía a Pere y, si le entraban ganas de abrazarlo, lo abrazaba, y si le apetecía prepararle un buen arroz negro, lo hacía y si quería acostarse con él, se acostaba. Así de sencillo.

Suegra y nuera se entendieron de maravilla desde el primer momento. Las peculiaridades de Cindy —que solían enervar a su hijo— le hacían gracia a Marta. El hecho de que nunca estuviera del todo atenta a la conversación, que siempre pareciera despistada, aquella manera tan suya de contar las cosas, con un discurso errático, y silencios que se volvían eternos a media frase, esa mezcla de inglés y catalán sin orden ni concierto. Encontraba que era muy divertida.

Para Jim, en cambio, adaptarse a la familia de Marta fue un auténtico suplicio. Es como querer embridar la tramontana, pensaba Marta.

Y aún más difícil le resultó respirar el aire viciado de aquel núcleo familiar presidido por una ausencia. Jim compartía comidas familiares con la actitud —entre resignada y furiosa— de un preso al que acaban de meter en la cárcel. Cuando se iban, la hacía entrar en el bar de debajo de casa y pedía un tequila. Con un movimiento rápido de la muñeca hacía bajar el líquido por el gaznate y después la contemplaba con una mirada entre compasiva y desconcertada:

—¡Por Dios, qué tristeza! Pero ¿cómo has podido sobrevivir en este pozo?

De modo que, un poco porque su naturaleza le impulsaba a ello y un poco porque se sentía obligado a rescatar a Marta, Jim se dedicó en cuerpo y alma a llenar el calendario de días felices.

Sus padres acabaron admitiendo que Jim era un buen hombre, honesto y con buenos sentimientos, que la hacía feliz, pero no le

veían otra gracia. Encontraban que era bastante gandul y poco ambicioso, y que su hija no había tenido demasiada suerte. No entendían su sentido del humor, que la hacía reír tanto, ni admiraban su optimismo insobornable, no valoraban su creatividad ni compartían sus ganas de vivir. Marta, al contrario que sus padres, encontraba que había tenido toda la suerte del mundo. Jim —y todo su mundo, Cindy, Mas Xic, la Costa Brava— eran el salvoconducto que necesitaba para huir de la oscura celda en la que vivía desde aquel diciembre de 1980.

Los primeros años de relación los vivieron a la manera de Jim, sin obligaciones, comodidades o raíces. En los veranos trabajaban de camareros en cualquier pueblo de la Costa Brava y, con lo que ganaban, pasaban el invierno, alternando los viajes con las estancias en Mas Xic.

—Me gusta irme y también volver —le decía Marta.

—Por eso me gustas —contestaba Jim.

Y, cuando Marta decía me gusta volver a casa, lo decía pensando en Mas Xic y en Cindy, no en el piso de sus padres en Barcelona. No se puede decir que no los echara de menos. Los añoraba, añoraba a sus tíos y su infancia, pero en aquella nostalgia siempre había un regusto amargo. La ausencia de Adela era una mancha que nunca desaparecía.

En el invierno de 1992, Marta y Jim viajaron a América.

Recorrieron buena parte de Estados Unidos y acabaron pasando la Navidad en San Francisco con la familia Miller. Y fue allí, rodeada de primos rubios, alborotados y llenos de alegría —su madre habría dicho que no eran muy amigos de la limpieza— que Marta empezó a poner en duda su determinación de no tener hijos. Era una decisión que había empezado a germinar el día en que le vino por primera vez la regla y tuvo que soportar el llanto de su tía y su chorro de lamentos: ¿ya tiene la regla? Madre de Dios, ¡qué felicidad verla convertirse en mujer! Quién sabe si a Adela le habría venido antes que a ti, ¿verdad, niña? Y qué suerte, Rosa, pensar que

un día seréis abuelos…

Fue durante el vuelo, suspendidos Jim y ella sobre el océano, que le salieron estas palabras, casi sin pensarlas:

—¿Y si tenemos un hijo?

Jim, con los ojos soñolientos y el cuerpo de cualquier manera sobre la butaca del avión, aquellas piernas tan largas, los hombros hundidos, la cabeza algo echada hacia atrás, empezó la sonrisa por la mirada y después dejó que se ensanchara por todo el rostro hasta que se le dibujó en los labios, tan perfecta como si la hubiera trazado un dibujante de cómic.

—Sí, claro, *why not?*

Su respuesta, tan propia de él —de hecho, cualquier otra reacción hubiera sido una auténtica sorpresa—, provocó en Marta un *efecto* inesperado. La voluntad de tener hijos, sopesada en ese preciso momento, empezó a tambalearse de inmediato. Esa manera de ir por la vida de Jim, que ahora él resumía en ese «Sí, claro, *why not?*», esa actitud impulsiva y natural, diríamos de dejarse llevar por el río de la vida, le pareció inadecuada ante un propósito tan trascendente.

Jim —que la conocía bastante— le leyó el pensamiento con una claridad diáfana, como si estuviera siguiendo con pelos y señales el argumento de una novela.

—Ya tendrás tiempo para preocuparte: cada cosa tiene su momento. Si ahora queremos ser padres, asume que las cosas tendrán que cambiar. Pero solo serán cambios epidérmicos, cuestión de orden y de horarios y cosas así. Yo seré el mismo y tú serás la misma. Y este nosotros que tenemos seguirá estando.

Marta asintió con la cabeza y cerró los ojos, fingiendo que se quedaba dormida. Y durante todo el vuelo de vuelta a casa estuvo rumiando sobre ese nosotros que tenían y que por nada del mundo quería perder. Era un nosotros peculiar, hecho a medida de ellos dos: Jim conducía y ella se dejaba llevar. Y Jim siempre tomaba las carreteras secundarias o, aún mejor, los rompientes sin señalización. Vivir era una aventura.

Un hijo, reflexionaba Marta mientras pelaba patatas en la cocina

y su hombre contemplaba el cielo rosado de un atardecer de septiembre, un hijo nos hará anclarnos y ya no podremos cambiar de casa y de país cada vez que nos hayamos cansado. Pero tener un hijo, decía Jim, o puede que más de uno, hará la vida mucho más divertida, y tal vez no nos aburriremos nunca y no nos hará falta cambiar de casa ni de país.

Habrá que ganar dinero. Y eso haremos. Y saldremos menos. Nos acostumbraremos. Y tal vez no durmamos mucho. Qué le vamos a hacer. Y tendremos que comprarnos un coche. Eso ya lo veremos.

Y tal vez esta nueva vida no será aburrida pero sí estresante y asfixiante. Y quizá, en vez de cambiar de casa o de país, queramos cambiar de pareja.

Y entonces, allí en la cocina, descalzo y en calzoncillos, Jim dijo aquello que repetiría tantas veces en años posteriores después de hacer el amor, paseando por el camino de ronda o bajo la ducha. Dijo: Es imposible que yo me canse de ti. Si alguna vez cambio de pareja, será porque me he enamorado de otra persona.

Cuando decidieron buscar el embarazo, ya llevaban un año viviendo en un piso de Gracia con una danesa y un norteamericano. Jim se ganaba el jornal dando clases particulares de inglés y haciendo algunas traducciones. Marta trabajaba en una escuela de danza que había abierto en el Eixample, cerca de la casa de sus padres. Su madre la había convencido unos meses antes.

—La lleva una chica a la que seguro que conoces, la sobrina de Dolors, la del estanco. Tal vez incluso fuisteis juntas al colegio. ¿Qué me dices? ¡Con lo que te gustaba el *ballet*…! Estoy convencida de que te haría feliz.

Ella pensaba que su felicidad dependía de Jim y de la familia que proyectaban crear, y que el *ballet* hacía ya mucho tiempo que era una pasión agridulce, porque no era lo bastante buena, ni lo bastante delgada ni tampoco tenía la gracia y la delicadeza de su prima. Y encima tenía que cargar con todo aquello: no solo asumir que nunca llegaría a ser bailarina profesional, sino intuir que Adela sí que lo habría conseguido.

—¿Y por qué continuaste bailando? —preguntaba Jim.

Ella no tenía ninguna respuesta.

Se lo pasaba muy bien en la escuela de danza. En buena parte gracias a la directora. Olga también era una bailarina frustrada. Una chica que jamás fue lo bastante delgada y que había sufrido trastornos alimentarios durante la adolescencia. Con ayuda de la terapia, había acabado reconduciendo su relación con el *ballet*. «¿Sabes eso de que los amores que te hacen sufrir no son amores de verdad? —le preguntaba a Marta, cerrando un poco los ojos, como si buscase poner el gesto de una niña listilla—. Pues esto es igual: si el *ballet* te hace sufrir, ¡fuera! Pero yo he encontrado la manera de que sea placentero y estimulante, y es enseñando a estas niñas pequeñas a que tengan una relación sana con él».

Se hicieron amigas y se reían mucho cuando estaban juntas. «¿Cómo iba a llegar a ser bailarina con ese nombre? ¡Olga! Si empezamos con esa O redonda como una panza, ¿qué quieren?». Con el tiempo, la complicidad entre ambas fue tan grande que Marta decidió que era mejor que su familia no la conociese. Habría sido como ver una proyección de Marta y Adela adultas. Qué tal sería si Adela estuviera viva: el *leitmotiv* de su vida.

Con un embarazo de cuatro meses, alquilaron un entresuelo con poca luz en una finca antigua, cerca de la escuela de danza y de la casa de los padres de Marta.

Joana nació el primero de abril de 1996 y su llegada trajo una alegría tan enorme que, con el paso del tiempo, acabó borrando la tensión que vivieron aquel día. Durante las semanas previas, Marta había confesado a su hombre las pesadillas que no la dejaban descansar. Soñaba con una habitación de hospital, completamente blanca, limpia y en silencio. De golpe y porrazo, se oía el llanto minúsculo de un bebé y, justo cuando ella cogía en brazos al niño y sonreía, justo cuando notaba que tenía la felicidad en la punta de los dedos, empezaba a oírse otra clase de sollozo. Era un puchero sordo que nacía en un rincón, allí donde se sentaba su tía. El llanto iba creciendo poco a poco hasta que llegaban los sollozos. Su madre se incorporaba con lamentos y lágrimas, y finalmente su padre y su tío,

más contenidos, acababan contagiándose y el desconsuelo era general. Se despertaba un poco sudada y con el corazón acelerado, y ya no podía volver a dormirse.

El domingo antes del parto, en la comida familiar, Jim pidió con buenas palabras a los padres y los tíos de Marta que respetasen la intimidad de la pareja en el momento del nacimiento. La petición —que pese a las suaves formas tenía naturaleza de decisión firme— fue recibida con estupor.

Tres días más tarde, cuando Joana acababa de nacer, mandó a Jim a casa con una excusa cualquiera y llamó a su madre:

—¿Podéis venir? Mamá, tengo la niña más buena del mundo. Y la más dulce.

—¿No le sentará mal a tu hombre?

La pregunta era inevitable, pero Marta notó en el tono de su madre más impaciencia y emoción que no resentimiento.

—No, de ningún modo. Ahora se ha ido a casa a buscarme un frasco de colonia. ¡Venid! Y llama a los tíos para que también vengan.

Antes de una hora ya estaban los cuatro en la habitación y, en vez de gemidos, solo había sonrisas. Cuando su madre y su tía se inclinaron sobre la cuna, Marta pensó en lo mucho que se parecían aquellas dos hermanas. La tía acariciaba la mejilla de Joana con un dedo y solo decía una y otra vez: qué bonita es, qué bonita.

Y fue ella, Marta, desde la cama, quien pidió a las dos mujeres que se acercasen. Palmeó encima del colchón, a ambos lados de su cuerpo dolorido, y cogió las manos de su madre y de su tía. Aún no había dicho nada y las lágrimas ya bañaban los tres rostros. Quería recordar a Adela, quería decir en voz alta cómo le hubiera gustado que estuviera allí, quería quejarse con amargura de haberla perdido, quería gritar y aullar y lamentar que ella y su prima jamás podrían inclinarse juntas sobre una cuna para compartir aquella alegría inmensa. Pero su madre y su tía le dieron un pequeño apretón en las manos y después se soltaron para secarse las lágrimas, y ella supo que no había que decir nada. Cuando Jim regresó, los encontró a todos comiendo bombones.

La nueva vida les fascinaba e inquietaba en idéntica medida. Una tarde —Marta lo recordaría como si aquella fuese la primera vez, pero tal vez no lo era— en la que llovía mucho, estaban los dos sentados en el sofá, ella con un libro, él con Joana encima del pecho. Acababan de comprar el sofá y estaban muy contentos. Era bajo, ni demasiado duro ni demasiado blando, de un color naranja oscuro que contagiaba alegría y calidez a toda la sala. En la pared de enfrente habían colgado una acuarela que habían comprado hacía años a un artista que pintaba en la calle en Aix-en-Provence. Era un campo de lavanda y un cielo lleno de nubes alargadas. Estaban en silencio, pero no en un silencio compacto, sino un silencio punteado por el repiqueteo de las gotas sobre la mesa metálica del patio y por los sonidos guturales de la niña, que combinaba consonantes. Y entonces Jim le puso la mano en el muslo para avisarla, para pedirle que interrumpiese un momento la lectura, y le dijo: qué suerte hemos tenido, ¿no, Marta? ¡Qué maldita suerte hemos tenido de encontrarnos entre tanta gente! ¿No te parece?

Después de aquel día volvió a decirlo unas cuantas veces más, siempre en momentos de intenso bienestar, cuando la vida parecía darles una tregua y todo lo que había a su alrededor era cálido y confortable. ¡Qué suerte, hostia! ¡Mira que era difícil que nos encontráramos!

Y Marta reía, porque le hacía gracia aquella manera de decirlo, como si acabara de hacer un descubrimiento. Y pensaba que sí, que habían tenido mucha suerte, y también pensaba que le gustaba mucho que Jim lo dijera de vez en cuando.

Y era cierto. Jim y Marta habían tenido la suerte de toparse aquella noche en la barra de un bar de Barcelona. Ella podía haber vencido el arrebato de huir y podía haberse quedado celebrando el cumpleaños en casa de sus padres. Y él podría haber salido del bar como hicieron sus amigos sin fijarse en la chica triste que bebía sola al principio de la barra. O podían no haberse caído bien. Pero todo eso, todo lo que tiene que ver con aquella noche, es una absoluta nimiedad. La gran suerte fue cuando, después de haberse enamorado, aplacado el primer fuego, aquellos días en los que no

podían dejar de tocarse ni cuando estaban en la cama, ni cuando caminaban ni cuando comían con otras personas, siempre la mano de él en la espalda de ella, o la rodilla de ella rozándole el muslo a él, la gran suerte fue comenzar a ver que se llevaban bien, que no estaban de acuerdo en todo, *madredediós*, pero que solían emocionarse por cosas parecidas y que uno se reía del sentido del humor de la otra. Que a menudo necesitaban estar con gente pero que no echaban de menos a nadie cuando estaban los dos solos. Que si él se encontraba mal, ella empezaba a sentir una desazón casi física. Que si ella empezaba a verlo todo negro, él era capaz de dar color al día. Que, pese a la cantidad de minutos y de horas y de días que compartían y pese a la cantidad de veces que él o ella hacían algo inconveniente o decían alguna palabra fuera de lugar, pese a todo, se querían.

Después de Joana, llegó Biel: pocas horas después de nacer, comenzó a ponerse amarillo y tuvo que quedarse unos días en el hospital; durante los primeros años de vida fue un niño enfermizo que les hizo pasar horas en urgencias. Los fines de semana iban al Empordà, convencidos de que el aire limpio y la alegría que se respiraba en Mas Xic eran el mejor tratamiento posible para su hijo.

El padre de Jim, finalmente, conoció a sus nietos y Joana se enamoró de aquel abuelo risueño que, cuando la veía, le hacía decir aquello de «Yo tengo una gallina pinta, piririnca, piriranca, rubia y titiblanca…» y, cuando ella lo intentaba, su abuelo aplaudía y decía «Tiene casta la niña». Es muy simpático, decía Joana. Y Jim meneaba la cabeza y suspiraba: un perla, tu abuelo es un perla. La niña sonreía y asentía con la cabeza, porque le parecía que se trataba de un elogio. Un perla, el hallazgo inesperado y precioso que habían descubierto sin buscarlo.

Pero como el amor era correspondido, Joana y Biel vieron a su abuelo mucho más a menudo de lo que lo había visto Jim mientras crecía, circunstancia que fue aceptada por el afectado con la calma que le caracterizaba.

Durante unos años, la familia se trasladaba a Mas Xic casi cada fin de semana. Primero empezaron a protestar los abuelos maternos,

después la pequeña Joana, que quería apuntarse al equipo de baloncesto de la escuela y jugar partidos los sábados y, finalmente, la misma Marta empezó a quejarse porque los viernes, cansada como estaba, le daba mucha pereza trasladar a la familia, ya que tenía que mover una cantidad de bultos considerable.

Así que los fines de semana se llenaron de actividades extraescolares, ratos en el parque y comidas con Olga y su pareja, Miriam, que era pianista. Muchas tardes de domingo se producía la misma escena: los niños jugaban en el patio de la academia y Olga, Jim y Marta, sentados en el parqué del aula, escuchaban los recitales de Miriam. Por la noche, a veces, Marta rememoraba la estampa y se le escapaba la risa: ¿qué hacían ella y Jim protagonizando una vida tan familiar como aquella? Ellos, que eran unos nómadas aventureros, que habían fantaseado con vagabundear por el mundo y vivir experiencias extraordinarias.

Qué hay más extraordinario que lo que estamos viviendo, mujer…, decía Jim.

Precisamente fue una noche de domingo, tal vez una de esas ocasiones en que Marta sonreía con socarronería por el rumbo imprevisto que había tomado su vida, cuando oyó ruidos en la escalera. Maletas arrastrándose, murmullos, algún golpetazo, carcajadas, puertas que se abrían y se cerraban. Jim salió de la cama refunfuñando y fue a comprobar qué pasaba. Echó un vistazo por la mirilla —era la primera vez que lo hacía— y vio a una mujer cargada con un microondas y un hombre que empujaba un carrito con tres cajas de cartón apiladas.

—Es una mudanza. Tenemos vecinos nuevos.

Si aquella noche de domingo Jim hubiera podido prever lo que iba a significar la llegada de Guillem y Rita a sus vidas, tal vez habría echado a correr por el pasillo y le habría dicho a Marta, date prisa, levántate, prepara las maletas que nos vamos; o tal vez le habría dicho, date prisa, levántate, que tenemos que dar la bienvenida a los vecinos, saca un vino de los buenos y cuatro copas.

El amor de Guillem y Rita

Guillem Larralde y Rita Corbera también se conocieron en la barra de un bar. Ella trabajaba allí y él iba a desayunar cada día porque su despacho estaba cerca. Ambos salían de un desengaño amoroso y mantenían una actitud desganada que les permitió bromear, compartir confidencias y acabar enamorándose casi sin ni siquiera darse cuenta. Rita rajaba de su ex: decía que era un tipo meticuloso, obsesionado por el orden, que roncaba por las noches con un silbido largo y fino y después soltaba una especie de espasmo gutural. Guillem explicaba que no entendía cómo había podido enamorarse de una mujer que nunca callaba y que acompañaba cada frase de una risita.

Hablaban de eso y también conversaban mucho sobre el trabajo, sobre sus proyectos. Guillem acababa de poner en marcha una empresa que se dedicaba al movimiento de tierras y a los derribos. Rita compatibilizaba las horas en el bar con un montón de *castings* de publicidad, teatro y televisión.

—¡Ah, así que eres actriz!

—¡No!

La respuesta fue tan enérgica que lo medio espantó. ¿Qué error acababa de cometer?

—No soy actriz. De momento soy camarera, pero he estudiado en el Institut del Teatre y me gustaría acabar haciendo algo en el mundo de la interpretación.

A veces, el enamoramiento es una claridad repentina que rompe la oscuridad, un relámpago en mitad de la noche, pero no siempre. Hay amores que se van tejiendo a poco a poco, con discreción, ahora

un gesto inesperadamente tierno, ahora una confesión fácil de escuchar, ahora un movimiento despistado de la mano de uno que frota la piel del brazo de la otra.

Así se enamoraron Rita y Guillem. Ella admiraba la austeridad de Guillem, su contención; estaba convencida de que era la clase de hombre que podía compensar en cierta manera sus excesos. Le gustaban sus largos silencios, el sentido del humor afilado que la hacía reír a menudo. Y, como es sabido, no hay otra manera más rápida y eficaz de seducir a un hombre que riéndole el ingenio. También le gustaban sus hombros anchos y el remolino que le separaba el cabello con rebeldía en mitad de la frente. Rita se reía: con ese aire de hombre maduro que gastas y el remolino te da aspecto de niño travieso. Iba siempre vestido con colores oscuros: azul marino, gris marengo, como mucho verde militar. Las camisas, siempre lisas, los jerséis de cuello redondo, todo tenía líneas básicas y sencillas.

Guillem no podía resistirse al carácter alegre de Rita; siempre acababa cediendo ante su energía y se dejaba arrastrar con placer por ese remolino de vitalidad que le hacía salirse del mundo cuadriculado donde tenía tendencia a instalarse.

Las cosas fueron deprisa, impulsadas por el sentido práctico de Guillem: si nos gusta compartirlo todo y podríamos ahorrarnos el alquiler… ¿por qué no nos vamos a vivir juntos? Para Rita, que había crecido con una madre ausente y un padre apático, el carácter resolutivo de Guillem era toda una bendición.

Se instalaron en casa de él, un piso pequeño con un largo pasillo como un intestino, pero que tenía una salita bastante acogedora. La verdad es que pasaban poco tiempo en casa. Solo el rato de la cena —Rita traía algo que había sobrado en el bar—, cuando se contaban qué tal les había ido el día. Los fines de semana solían salir a correr por Montjuïc y quedaban para comer y cenar con amigos. En la minúscula cocina de aquel piso nunca se preparó nada.

Hacía poco que vivían juntos cuando a Rita le ofrecieron rodar el anuncio de una pasta de dientes. Aquella mañana, cuando salía de casa para ir al *casting*, Guillem lo había vaticinado: estás guapísima,

hoy es imposible que no te elijan.

Así que, al cabo de unas semanas, el rostro sonriente de Rita apareció en los pasillos del metro, en las vallas publicitarias de la calle y en las paradas de autobús. Era una sensación muy extraña: le avergonzaba —pero a la vez lo deseaba— que la gente la reconociese. Aunque esto no pasó nunca porque la Rita real que salía del metro o subía al autobús no tenía nada que ver con la chica de la sonrisa rutilante. En las fotos, Rita veía una piel satinada, unos ojos verdísimos y una cabellera oscura ondeante. No se reconocía en ellas. Y si mirabas un rato aquella imagen, la piel, los ojos y el cabello desaparecían, y solo veías la sonrisa, como si Rita fuera el gato de Cheshire.

Después del anuncio de dentífrico, vino uno de agua mineral, esta vez para la tele. Rita y un chico de aspecto atlético aparecían con ropa de deporte, sudados y con toallas al cuello y vaciaban botellas de agua con gran deleite. Resultó que aquel chico, el compañero de rodaje, se presentaba al día siguiente a un *casting* para una gran serie de televisión. «Pruébalo, no pierdes nada», le dijo. «El tiempo», respondió Rita.

Pero al final fue. Hizo pruebas de cámara, la obligaron a decir textos en voz alta, querían verla caminar, moverse, cómo se sentaba. Sonríe, ahora seria. Enseguida entendió que buscaban a alguien para un papel muy secundario, pero lo hizo lo mejor que supo. Quería que la contratasen. Le parecía un paso para poner un pie en el mundo de la interpretación y dejar atrás la etapa de camarera. Por eso se le escapó la risa cuando le dijeron que le ofrecían un papel de camarera del bar del pueblo.

Por la noche, en casa, Guillem y ella brindaron entre risas por su gran cambio: dejar la barra del bar de su tío por la barra de un bar de ficción en la tele.

—Al menos no tendrás que lavar los platos —le decía Guillem, llenándola de besos.

Tal como habían prometido los responsables de la serie, su papel era pequeño —se limitaba a saludar a los clientes y preguntarles qué querían—, pero salía en la mayoría de las escenas. Cuando ya hacía

dos meses que trabajaba en la serie, el coordinador de guión la invitó a tomar un café y le explicó que, a partir de entonces, la camarera sin nombre se llamaría Vanesa e intervendría un poco más en la trama: Tendrás algunas líneas de guión. Te ves capaz, ¿verdad?

Pocos días después se lo dijo a sus hermanas, que recibieron la noticia con una gran turbación. Y al cabo de dos o tres semanas, inevitablemente, la madre de Rita supo que su hija mediana salía en la serie de la tele. En la que hacía de camarera. La llamó echando fuego por la boca: ¿Así que hace casi tres meses que mi hija sale en la tele y yo sin tener ni idea? ¿Sabes que veía la serie de otra cadena? Y cuando me lo han dicho en la peluquería… ¡Qué manera de hacer el ridículo!

Rita la dejaba hablar sin decir nada, alejando el teléfono de la oreja y mirando al techo. Solo reaccionó cuando su madre dijo:

—… Es que no puedo entenderlo, lo sabían tus hermanas y tu padre… ¿Y precisamente a mí no me lo dices? Precisamente a mí, ¡qué también soy actriz y que sabré valorarlo…!

Rita cogió aire y se echó hacia atrás, en el sofá, para apoyar la espalda:

—Mamá. ¡Mamá! Déjame hablar. Mamá: tú no eres actriz. Te habría gustado serlo y siento mucho que no lo consiguieras. Pero no hiciste nada para prepararte ni para buscar una oportunidad. Todos estos años solo has hecho una cosa: quejarte. Y eso acaba siendo muy pesado, mamá.

Guillem la observaba y, cuando acabó la llamada, dio palmadas un par de veces, poco a poco. Como un aplauso reconcentrado.

—Chica, hay que reconocer que cuando quieres dejar las cosas claras, sabes cómo hacerlo.

La defectuosa relación de Rita con su madre o la pésima relación de Guillem con su hermano eran manchitas en el universo limpio como una patena de la pareja. A ninguno de los dos les gustaba guardar un saquito lleno de rencor (el saquito podía romperse y derramar el contenido hasta impregnarlo todo).

Al cabo de un año de trabajar en la serie —la camarera se había enamorado del protagonista, que estaba casado, porque los

guionistas habían detectado que el personaje era uno de los preferidos del público—, Rita decidió dar el paso y dejar su trabajo en el bar.

Fue unas semanas antes de que su padre sufriera un infarto. El ataque lo pilló en la entrada del edificio y —justicia poética— fue su exmujer la que se lo encontró tumbado en el suelo. Aún respiraba, pero cuando llegó a la ambulancia, ya no se podía hacer nada por él. «Volver a tener a mamá tan cerca lo ha rematado», decía Rita a sus hermanas.

Pese a ello, pocas semanas después, Rita invitó a toda su familia a celebrar su cumpleaños.

—Ahora que papá ya no está, también se lo diré a mamá y a Bigorra.

—¿Estás segura?

—Y a tu hermano.

Guillem refunfuñó durante un buen rato, pero ella hizo ver que no le oía.

El vecino que había seducido a su madre años atrás, y que ella recordaba como un perdonavidas, parecía ahora un abuelo pervertido. Miraba a las hijas de su mujer con ojitos golosos y las chicas lo rehuían porque apestaba a colonia de viejo.

El único momento bueno de la tarde fue cuando vio llegar a su suegra, cogida del brazo de Félix, con los ojos brillantes y una sonrisa de satisfacción. Él se limitó a saludarla —educado pero distante— e ignoró desde el primer momento a sus hermanos.

No hubo ambiente de fiesta: era difícil encontrar temas de conversación banales para llenar aquellos silencios que amenazaban tormenta. Sin embargo, al cabo de un rato, todo el mundo fue relajándose y Rita observó, complacida, como la mayoría de los invitados habían encontrado alguna manera de relacionarse. En un rincón de la sala, Bigorra y Félix estaban en plena conversación. Dios los cría y ellos se juntan, pensó.

Cuando la animación empezó a languidecer, su madre y Bigorra anunciaron que se iban y la madre de Guillem se unió a ellos: ¿nos vamos también, Félix? Los anfitriones los acompañaron al recibidor

para despedirse de ellos con una sensación de alivio infinito. Y allí, en el umbral, Félix le dio dos besos a su cuñada y entonces, quizá por primera vez en toda la velada, miró a los ojos a su hermano. Rita vio venir el fulgor, pero ya no pudo hacer nada para impedirlo:

—¿Y así qué, Guillem? ¿Qué queréis de mí?

Guillem permaneció impertérrito, sin contestar nada ni moverse. Fue su mujer la que preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Félix guardó un largo silencio antes de hablar. Su madre y la de Rita (con Bigorra) lo esperaban en el rellano.

—Pues que por alguna razón debéis de haberme invitado, ¿no? Nunca lo hacéis. ¿Qué es lo que queréis?

Guillem y Rita cruzaron una mirada que quedó interrumpida de repente por la intervención de su madre:

—Lo dice porque le gustaría, nos gustaría, que nos viéramos más. Sois un poco huraños…

Unas horas después, mientras Rita aún lavaba copas de cava, Guillem era la viva imagen de la desolación en el sofá:

—No puedo entenderlo. No puedo creerme que tengamos que aceptarlo con resignación… ¿Cómo es posible que continúe defendiéndolo?

Rita se sentó junto a él y se acurrucó contra su cuerpo.

—Si quieres saber lo que pienso yo… Creo que tu madre ha seguido su instinto maternal sin oponer la menor resistencia. Para ella, Félix es el que necesita protección. Tú y Xavi os las habéis apañado, Félix es un desastre de persona, no tiene a nadie ni puede valerse por sí mismo…

Guillem se la quedó mirando un rato en silencio.

—Humm… sí, lo considera el más débil, cosa que atribuye al accidente y la invalidez. Es una especie de relato que mi padre y ella se inventaron para intentar justificar aquello que no tiene justificación.

—En cierta manera lo entiendo: debe de ser muy difícil tener que admitir que tu hijo es mala persona.

Al decirlo, le entró un escalofrío y Guillem la abrazó con más

fuerza. Y justo ese fue el momento que Rita eligió para decirle a su pareja que estaba embarazada: de madrugada; en mitad de una conversación sobre el tema que Guillem más podía llegar a detestar.

Lo hizo siguiendo un impulso. Pero había valido la pena, porque Guillem ya no habló más de Félix, ni aquella noche ni durante muchos días.

Como los guionistas de la serie tuvieron el detalle de embarazar también a su personaje, pudo continuar trabajando hasta el final de la gestación. María fue una niña muy tranquila, que dormía y comía bien. Cinco meses después, cuando Rita seguía dando el pecho, la llamaron para que hiciera una prueba para una serie sobre las trabajadoras de una fábrica. Consiguió el papel de la líder sindical. «Tienes el físico adecuado —le dijo la representante de la productora—, y nos gusta tu energía».

Guillem y Rita se pasaron los siguientes días bromeando sobre el tema:

Ella:

—¡Eh, no me lleves la contraria, que te monto una huelga general en un santiamén!

O bien Guillem:

—Tú que tienes tanta energía… ¿podrías levantarte y traerme un vaso de agua fría?

La serie *Seis mujeres* tuvo, como estaba previsto, una buena audiencia y Rita empezó a experimentar una sensación inquietante. Cuando entraba en un bar o en una tienda, algunas personas se la quedaban mirando fijamente mientras pensaban «Me suena, pero no sé de qué». Nunca sabía cómo reaccionar en estos casos. Unas semanas más tarde, ya había gente que la saludaba: «¡Hola, Rosanna!», que era el nombre de la líder sindical.

Por primera vez, una labor de interpretación le proporcionó un buen sueldo y bien pronto contrató a un representante porque recibía bastantes ofertas de trabajo.

Por esa época su hermana Sofía le mandó al móvil la foto de un cartel de «se alquila». Hacía unos meses que la oía quejarse de aquel piso diminuto donde vivían y que se les había hecho todavía más

pequeño desde la llegada de la niña. Su hermana había visto el cartel en el Eixample, cerca de la oficina bancaria donde trabajaba. «80 m^2 y un precio razonable —le decía en el mensaje—. Ahora que eres famosa, puedes permitírtelo».

Cuando llamó para solicitar una visita, quedó un poco decepcionada porque le dijeron que se trataba de un entresuelo. A cambio, le dieron una buena noticia: el piso tenía patio. Convenció a Guillem y fueron a verlo sin hacerse muchas ilusiones.

El piso tenía dos habitaciones de buenas proporciones, un pasillo corto y ancho, y una cocina cuadrada, recién reformada. La pieza más bonita era el comedor, con una puerta de madera que daba al patio. Los techos eran altos y en las esquinas había molduras de yeso. Cuando salieron al patio, la chica les explicó que, en realidad, era la mitad de un piso señorial que, hacía años, ocupaba todo el entresuelo. Por eso, en el patio, había una pared de brezo que separaba su espacio del patio de los vecinos.

Mientras la chica de la inmobiliaria y Guillem se quedaban en el exterior, Rita empezó a deambular por las habitaciones, muy poco a poco. De vez en cuando se detenía y giraba sobre sí misma, paseando la mirada por las baldosas hidráulicas del suelo, por el techo, por los ventanales. De golpe y porrazo, empezó a ver imágenes que se proyectaban sobre las paredes blancas como un espejismo. María en una camita con barandilla en la habitación más pequeña, plácidamente dormida. En ese momento entra Guillem y se acerca a mirarla. Se queda allí un rato y después respira hondo. Guillem haciendo cosas en la cocina, con la radio puesta y ella misma haciéndole compañía, sentada en un taburete mientras hojea el periódico. Cierra los ojos y los vuelve a abrir, pero los espejismos no se acaban ahí. Guillem y ella sentados en el sofá, contemplando la lluvia que cae a raudales, salpicando los cristales de la balconada. La luz parpadea y, de repente, se apaga. Guillem se levanta y va hacia la cocina, observa su silueta en la penumbra. Después lo ve salir con dos copas de vino. Entrechocan el cristal y beben. Continúa lloviendo a mares y se escucha un trueno.

—Parece que va a llover.

—¿Tú también has oído el trueno?

Guillem suelta una risita.

—¡Mujer, lo hemos oído todos, madre de Dios, cómo ha sonado!

Rita salió de su estado de ensimismamiento y sonrió. Se acercó a su hombre y lo agarró por la cintura.

—Nos gusta este piso, ¿a que sí, Guillem? Nos gusta mucho. Hicieron el traslado un fin de semana en el que también llovió. Rita estaba en la cocina con la niña en brazos mientras Guillem y su hermano subían las cajas. Sus hermanas, mientras tanto, empezaban a desembalar platos y vasos, e iban metiéndolos en el lavavajillas. Fuera, la lluvia repiqueteaba alegremente contra el alféizar de la ventana.

En ese momento sonó el timbre del piso. Rita pensó que era la primera vez que oía aquel sonido —un *ring* un poco antiguo, como el de la casa de sus abuelos— y que a partir de entonces iba a oírlo muchas veces más.

Fue a abrir y vio a una chica risueña, con el pelo liso y reluciente, cortado a la altura de la barbilla, que se movía como una cortina deslizándose cuando ella giraba la cabeza o la torcía un poco al hablar. El movimiento de los cabellos fue lo que más le llamó la atención.

—¡Hola! Perdona que os moleste, ya veo que estáis ocupados con el traslado… pero volvía a casa y… bueno, solo quería daros la bienvenida. Soy Marta, vivimos aquí al lado.

Una sonrisa, una voz amable y la sonrisa se ensancha aún más.

—De hecho, compartiremos el patio…

Las dos estaban en el umbral: Rita, vestida con unos vaqueros rotos y una sudadera gris que había usado para pintar unas sillas y que estaba completamente manchada de salpicaduras azules y amarillas, la cabellera recogida de cualquier manera sobre la cabeza. Pensó que iba hecha un desastre y que aquella chica que tenía enfrente, aunque también iba vestida muy informal —unos vaqueros de marca, una camisa de rayas finas azules y blancas—, lucía un aspecto magnífico. No sabía, naturalmente, que Marta estaba

pensando lo que daría para resultar tan atractiva como ella con unos vaqueros agujereados y una sudadera vieja.

—Pues nada, bienvenidos, ya nos iremos viendo por aquí… Si necesitáis algo, ya sabes…

Justo cuando se despedían, vio aparecer una sombra larga y delgada a la espalda de Marta, que se dio la vuelta haciendo bailar sus cabellos completamente sincronizados, todos aúna.

—¡Ah, hola, Jim! Mira, tenemos vecinos nuevos. Esta es Rita. Es mi pareja, Jim.

A quién me recuerda, a quién me recuerda…

—Hola, Jim. Oye, me recuerdas mucho a alguien y no sé a quién… Pasad un momento, que os presento a Guillem.

Guillem llegó sucio como un cerdo, mientras se frotaba las manos con un trapo.

—¡Ostras, tío, eres igual que Jovanotti!

—Ah, ¿sí? ¿Y ese quién es?

—Es un cantante italiano, un rapero que nos gusta mucho a los dos.

—¿Es guapo?

Rita se apresuró a contestarle:

—¡Yo lo encuentro muy atractivo! ¡Y sí que tienes un parecido, sí, con estos rizos rubios…! ¡Perdonad, no podemos ofreceros nada, aún no tenemos nevera!

—¡Por favor! Solo faltaría… Hagamos lo contrario. ¿Queréis venir a tomar algo a nuestra casa?

Cuando, unas horas más tarde, Guillem y Rita llamaron al piso de al lado, oyeron chillidos y carcajadas de criatura. Joana y Biel ya iban en pijama y se acostaron pronto. Dejaron a María, que dormía en el capazo, en el sofá del comedor y ellos salieron fuera. Había dejado de llover y la noche era bastante templada. El patio de Jim y Marta olía a tierra mojada y a sofrito.

Una noche de julio, 1:15 h

Jim se había quedado embobado mirando el gesto maternal de Marta con la novia. Los demás habían empezado a repasar la ceremonia, que había sido emocionante pero contenida, con versos de Papasseit y Margal, y canciones tan bien escogidas de Moustaki y, por descontado, de Jovanotti…

—¿Verdad, Jim?

—…

—Eh, ¿dónde estabas? ¡Estás encantado!

Era verdad, los pensamientos de Jim estaban muy lejos de allí, lejos de la conversación común, de la mesa llena de flores y de las bombillas blancas que dibujaban caminos en la oscuridad.

Las flores de noche

La vecina del segundo cocinaba muy bien: los aromas que bajaban hacia el patio solían abrirles el apetito. Sofritos, caldo, pimiento escalivado, marisco a la plancha, galletas de mantequilla. Era una mujer baja y rolliza, no gorda, con unos ojos redondos como botones y un hoyuelo en cada mejilla. De vez en cuando, llamaba a los dos entresuelos y les ofrecía un pastel de chocolate o un tiramisú: para compensar los olores que os deben apestar el patio. Marta, entonces, negaba con la cabeza, y sus cabellos se balanceaban de un lado a otro: No, Teresa, si no nos molesta lo más mínimo, ¿verdad, Rita?

Los primeros meses fueron de descubrimiento. Un día, Rita le decía a Guillem: he ido al parque con Marta y los niños y, ¿sabes?, me gusta la relación que tiene con su hija, se lo pasan muy bien juntas, tendrías que oírlas haciendo juegos de palabras… Me parece que sabe potenciar la creatividad de la niña de una manera muy natural. Y otro día, Jim le decía a Marta: estoy contento porque por fin hemos encontrado una pareja nivelada. ¿Qué quieres decir?, preguntaba ella. Pues que casi siempre, cuando a mí me cae bien un miembro de la pareja, a ti el otro no te acaba de convencer del todo. Joan Miquel nos hace reír mucho, pero Marga es muy pesada. Y Celia es una tía muy interesante, pero su pareja es un soso. ¿Entiendes qué quiero decir? Jim y Marta nos gustan a los dos por igual. ¡Eso es fantástico!

Una vez que Guillem y Rita consiguieron eliminar todas las cajas de cartón del pasillo, invitaron a sus vecinos a cenar en su casa. Estaban a mediados de junio y en Barcelona las noches eran cálidas

y húmedas.

Cenaron mejillones al vapor y tortilla de patatas. Encima de la mesa —servilletas blancas, platos de cerámica de color azul marino— había una gruesa vela de color rosa pálido y los dos aparatos que les permitían oír qué pasaba en las habitaciones donde dormían los niños.

—Qué vela más bonita —dijo Marta, al salir al patio.

—¿Verdad que sí? Las veías dan ambiente de fiesta…

—… Y solemnidad a las ocasiones.

Las dos mujeres habían descubierto que la decoración era uno de los intereses que compartían, además de la lectura de novelas: les gustaba intercambiárselas y después comentar juntas qué les había parecido. Podían pasarse horas analizando a los personajes y daba la impresión de que hablaban de gente que conocían. Guillem y Jim tenían en común una gran coincidencia en gustos musicales, y Marta y Guillem se pasaban recetas porque ambos coincidían en que cocinar les relajaba.

Aquella noche dedicaron buena parte de la cena a hablar de sus respectivas profesiones. Pertenecían a ámbitos muy diferentes y todos sentían curiosidad por los oficios de los demás: la danza, los derribos, las clases de inglés, el teatro.

Hacia medianoche, cuando ya había refrescado y las chicas se habían abrigado un poco, Jim preparó unos *gin-tonics* y alargaron la conversación. Ninguno tenía prisa por acostarse: es la parte buena de iniciar amistades —o amores—, todo es desconocido y todo te interesa, existen mil cosas por descubrir. No quieres que se acabe.

Rita habló de sus hermanas y a la otra pareja les hizo mucha gracia descubrir que todas llevaban nombres de estrellas de cine. Rieron imaginándose cómo se habrían llamado si hubieran nacido más niñas: Greta o Úrsula aún… Pero ¿y Marilyn? ¿Marilyn Corbera?

Y tras eso, desenredando poco a poco el ovillo, llegó la vergüenza que le hacía sentir su madre cuando decía que era actriz y el frío que hacía la noche que les anunció que se había liado con el vecino. También habló de aquella noche en que la acompañó a casa

un compañero de clase, el chico que le gustaba desde primero. Se encerraron en su habitación y se pusieron a escuchar música, sentados en la cama.

—Escuchábamos «La chica de ayer», de Nacha Pop, Leif Garrett, Lennon… y cuando sonó «Woman»… ¡Ostras! —Se pasó la mano por el antebrazo para calmar el escalofrío—, me acuerdo como si fuese ahora mismo: se acercó para darme un beso y… empezaron a oírse ruidos y carcajadas que venían de arriba… Empecé a imaginarme a mi madre y a Bigorra, con aquella panza, moviéndose por el piso, desnudos como en una película porno… y tuve que echar al chico que me gustaba diciéndole que me encontraba mal. Fue uno de los momentos más humillantes de mi vida.

Las carcajadas que un momento antes flotaban en el patio desaparecieron igual que la sonrisa de Rita, que parecía invencible tan solo unos minutos antes. Ya era noche cerrada y quedaban pocas luces encendidas en el vecindario. Había bajado un poco la temperatura, pero en el patio de casa de los Dorca aún había luz y un calor que no era físico, que los amparaba e invitaba a la intimidad.

—¿Y tú tienes hermanas o hermanos, Marta?

Guillem quería liberar a su mujer de la atención de todos. La seguía viendo sentada en la cama de su habitación de adolescente, con pósteres en las paredes y la silla llena de montones de ropa. Quería hacerla volver al presente porque aquella muestra de debilidad ante extraños la había desconcertado y no estaba seguro de si aquella lucecita que brillaba en los ojos de Rita era una lágrima a punto de caer o el reflejo de la lámpara baja que se escondía entre las plantas del patio.

Antes de responder, Marta cruzó una rápida mirada con su hombre y Guillem, que la atrapó al vuelo, intuyó que, pese a la inocencia de su pregunta, había hurgado involuntariamente en alguna herida.

—Soy hija única… pero tuve una prima que, cuando era pequeña, era como mi hermana.

Y entonces Marta habló de la casa de muñecas y de las zapatillas de *ballet*, de los cumpleaños conjuntos y del accidente volviendo de Carcasona. No le gustaba nada hablar del tema, pero la confidencia de Rita la había conmovido y le parecía que tenía que correspondería con sinceridad.

—¿Y qué pasó a partir de entonces con tus cumpleaños?

Al contarlo, sintió por primera vez mucha pena por sí misma, por aquella niña a quien ya no le hacían la menor ilusión los cumpleaños. Hasta ese momento nunca se lo había permitido porque ¿quién se atrevería a sentirse víctima cuando había una víctima total?

Se puso de pie en aquel preciso instante y dijo: perdonadme un momento y, al volver al patio, llevaba consigo una cajita de color amarillo, que dejó sobre la mesa. Mientras miraba a Jim, acariciaba la cajita con la mano. Él estaba igual de intrigado que sus amigos:

—¿Qué hay en esa caja?

Marta la abrió y, sin el menor aspaviento, empezó a mirar una a una las fotografías. En la primera había dos criaturas pequeñas y gorditas, Adela y ella, levantando cada una un dedito el día que celebraban su primer año. Se la pasó a Rita, que estaba sentada a su derecha y se quedó embobada unos segundos. «¡Qué monas! ¿Tú eres esta? ¿La más rubita?». Rita se la pasó a su hombre y este a Jim. Y después vinieron todas las demás: dos años, tres, cuatro. Las dos niñas abrazadas, mejilla contra mejilla; ambas de pie haciendo el símbolo de la victoria con los dedos; Adela y ella soplando a la vez.

—¿Nunca las habías visto, Jim? —Rita alucinaba.

—¡No! ¡Ni siquiera sabía que las guardaba!

Llegaron a la foto de los diez años. Dos pasteles. Veinte velas. Marta y Adela sonrientes, pasando el brazo por los hombros de la otra.

—Ya no hay más. A partir de entonces, celebraba, es una manera de hablar, los cumpleaños sola y ya no quería fotos.

—… Hasta que el año en que cumplió veinte, cuando se rebeló, huyó del ritual y entonces nos conocimos.

—¿Y de eso hace cuántos años?

—Pues pronto serán diez.

—O sea que…

—Sí, me has descubierto: dentro de poco cumpliré treinta. Pero ya no celebro los cumpleaños.

Se quedaron de nuevo en silencio, pero tan solo durante unos segundos. Una criatura se puso a llorar en el momento justo y Marta se levantó de sopetón. ¡Ahora vuelvo!

Cuando salió al patio, los otros tres se habían servido otra ronda y ella los imitó. Jim estaba hablando de su padre:

—Mi madre era muy ingenua… Y mi padre era un tío guapo, divertido, que se atrevía con todo. Me imagino que la vida con él, en la Costa Brava de los sesenta, debía de ser una fiesta, alucinante de cojones. Mi madre se quedó embarazada sin buscarlo, pero le pareció maravilloso. Ella estaba eufórica, pero él debía de estar cagado… Total, que la cosa duró poquito y él enseguida buscó excusas para irse. Y a mi madre, pues… ya le estaba bien. Creo que estaba más tranquila cuando él no andaba por allí.

Guillem se sirvió otro *gin-tonic*.

—Parece que la noche va fuerte… ¿Y tú cómo llevabas eso de tu padre?

—Pues fatal, cojones, qué quieres. Era un crío y veía que mi padre se daba el piro y pasaba meses fuera de casa. Y cuando volvía, siempre regresaba colgado. Venía y se ponía a comer como un loco, como un animal. Después subía a la habitación de matrimonio y se pasaba todo el día sobando. Lo único que quería era comer, follar y dormir. Y mi madre ponía buena cara… hostia, me cabreaba muchísimo. Así que decidí pirarme cada vez que apareciera mi padre. Dormía en casa de un amigo. Me acuerdo de que cuando volví a casa, me encontré a mi madre llorando y me puse de una mala leche terrible. Le dije de todo a mi padre… pero resulta que mi madre estaba llorando porque habían matado a John Lennon.

Se oyó maullar al gato del primer piso. Allí vivía un hombre muy mayor con una cuidadora peruana. El gato era completamente negro, con una mancha blanca en la frente y los ojos de un verde tan claro que parecía amarillo. Levantaron la mirada y lo vieron en el

balcón, sacando la pata entre los barrotes de hierro.

—Pero, en el fondo, tu padre… debía de ser buena persona porque…

—Si se es buena persona, se actúa como una buena persona. No, mi padre…

—Era un perla. —Marta lo dijo con una sonrisa oculta tras la voz—. Es la palabra preferida de Jim para referirse a su padre.

—¿Y qué quieres decir exactamente con ello?

—Un irresponsable. Un impresentable que no tiene voluntad de hacer daño, pero aun así lo hace.

Las flores de noche que Marta tenía en una jardinera en el fondo del patio desprendían, a aquella hora, un intenso aroma. Se las quedó mirando y Rita le siguió la mirada.

—Me encantan estas flores, esa cosa de que vayan a la contra del mundo y que se abran de noche… Se llaman «dondiegos», ¿verdad?

—Yo siempre las he llamado «flores de noche»…

—Pues mi abuela las llamaba «maravillas»… Vete tú a saber…

Guillem se estiró en la silla donde estaba sentado y soltó un gemido que fue seguido de un bostezo. Marta captó la indirecta.

—Ostras, es muy tarde y mañana tenéis que levantaros pronto, ¿verdad?

—¡Marieta se despierta a las seis en punto! —Sonrió Rita.

—Lo dejamos entonces por hoy, ¿no? ¡Ya lo repetiremos!

Los cuatro se pusieron en pie y empezaron a recoger la mesa. En un momento todo estuvo listo. Entonces Jim volvió a salir al patio, se sentó en una silla y encendió un cigarrillo.

—Me fumo uno y nos vamos, ¿eh, Guillem? Mientras tanto cuéntanos tú cosas, hombre, ¡que no has hablado mucho esta noche!

—Venga, sentaos, que os contaré mi trauma de infancia, que yo también tengo uno… y así me acabo el *gin-tonic*.

Rita puso unos ojos como platos. ¿Guillem se disponía a hablar de su tema tabú con unos desconocidos? Tenía que admitir que aquella noche se había creado un clima especial, propenso a las confidencias, pero, aun así…

Y lo hizo. Habló del accidente de Félix y, a medida que iba

haciéndolo, su rictus se fue agriando, hasta llegar al diagnóstico final: así que mis padres, especialmente mi madre, queriendo hacerlo bien, lo ha hecho fatal y nos ha condenado a todos. Al querer proteger al más débil de la familia, ha hundido a toda la familia.

—¿Y tú te acuerdas del accidente?

—Claro que sí. Yo estaba jugando en la calle… pero ya había anochecido y entré en casa. Allí estaba mi padre revisando facturas y en la radio sonaba… ¡Me cago en todo! ¡Hostia!

Su mujer lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Pero ¿qué pasa?

—¡Coño! ¿No os habéis dado cuenta? ¡Sonaba Lennon! ¡En la radio, el día del accidente de Félix, sonaba Lennon porque era el día en que lo mataron!

Jim palmeó la mesa con la mano abierta.

—¡El mismo día en que yo volví a casa y me encontré a mi madre llorando…!

Las chicas hablaron las dos al unísono, excitadísimas:

—Lennon sonaba en la radio del coche… —Marta se frotaba la piel de los brazos porque había tenido un escalofrío.

—Pues… aquel día en que yo no perdí la virginidad, pero casi… El día que oí follar a mi madre y a Bigorra en el piso de arriba… Ya os lo he dicho: ¡la canción que sonaba era «Woman»!

Se contagiaron de una especie de risa nerviosa y Jim empezó a caminar alrededor de la mesa, como una fiera enjaulada. —… como diría mi madre: *Oh, my God! Oh, my God!!* Marta se había tapado la boca con las manos. Guillem intentaba introducir algo de sensatez:

—A ver, que todo pasó el mismo invierno está claro, el mes de diciembre del año ochenta… ¡pero el mismo día…! Coño, sería cosa de magia, una especie de maleficio…

Después de aquello aún tomaron otro *gin-tonic*, volvieron a fumar y, finalmente, entraron porque en el patio la temperatura había bajado muchísimo y todos tenían la espalda destrozada de

tantas horas en aquellas sillas de tijera tan incómodas. Dentro, repartidos por las butacas y el sofá, hablaron hasta la madrugada. De padres y madres irresponsables, de hermanos perversos y de primas añoradas, de madres *hippies* y padres calzonazos. De la familia, ese lastre, ese tesoro, esa red, ese desastre. Para acabar la velada, Jim propuso escuchar alguna canción del antiguo Beatle. Discutieron sobre cuál, votaron y ganó «Imagine», por supuesto, y la escucharon en un respetuoso silencio, a manera de homenaje.

«Imagine» era el himno de una época, de un movimiento que, antes de que se acabara el siglo XX, tan lleno de violencia, se extendía por todo el mundo intentando hacer creer que este podía ser mejor. El sueño pacifista de Lennon y Yoko Ono fue brutalmente decapitado por la violencia de un asesinato y, en cierta manera, el mundo no solo lloró la muerte del músico, sino el final de la inocencia.

Tal vez la coincidencia que habían descubierto aquella noche tenía algún sentido. Tal vez en aquel invierno de 1980, mientras el Beatle perdía la vida en Nueva York, cuatro niños perdían la inocencia a manos de un padre irresponsable, una madre egoísta, un hermano perverso y una muerte injusta.

Veinte años después, aquella inesperada casualidad marcó el principio de la amistad a cuatro. Aquella madrugada, en el sofá de casa de los Larralde, mientras el cielo de Barcelona se desgarraba y pasaba del negro al gris, del gris al malva, del malva al blanco y del blanco al azul, se mostraron su anatomía, abrieron puertas y derribaron paredes. Su amistad, como un adolescente después de un calenturón de fiebre, creció de una manera repentina que les sorprendió y les gustó. Después no paró de crecer y de intensificarse. El síntoma más evidente, tiempo después, llegó a propuesta de Jim:

—He estado pensando… ¿Y si nos cargamos la barrera de brezo del patio? Al fin y al cabo, como siempre estamos juntos, mejor que aprovechemos todos los metros cuadrados, ¿no os parece?

Y vinieron cenas a porrillo, excursiones a la montaña, tardes en el parque, sesiones de cine, vacaciones en la playa, mañanas de compras, fines de semana en capitales europeas, cervezas en el

centro cívico del barrio, noches en el teatro, fiestas infantiles de cumpleaños, conciertos, manifestaciones, largos paseos, horas de conversación, parques de atracciones, *pizzas, sushi*, arroces, bocadillos, vermuts en terrazas, cabalgatas de Reyes, lecturas recomendadas, desfiles de Carnaval, prendas de ropa prestadas, artículos compartidos, castañadas, verbenas de San Juan, Nocheviejas.

[Fin de semana en una fonda de Viladrau. Otoño de 2002]

Cuando los niños eran pequeños fueron más de un fin de semana a Viladrau. Se alojaban en una fonda centenaria, recogían castañas y comían estofado de habas. Admiraban los árboles —rojos, amarillos, morados—, de los cuales desconocían los nombres. Se tomaban fotografías —¡pa-ta-ta!— en un intento desesperado por conservar la sonrisa algo mustia de María y la rodilla pelada de Biel, la alegría que habían compartido aquel fin de semana, la sensación que tenían todos de que cada día que pasaba se querían más. No sabían que, años más tarde, aquellas fotos solo les traerían un tímido esbozo de aquello que vivieron. Las fotografías fijan instantes, pero no pueden atrapar los olores ni las carcajadas, ni el amor ni la armonía perfecta de un momento. Provocan, eso sí, una gran añoranza. A veces también una gran pesadumbre: éramos tan felices que no podíamos imaginar el dolor y la tristeza que nos esperaban ocultos en el calendario. A partir de cierta edad, mirar álbumes de fotos es un deporte de riesgo.

Por la noche, en aquel bar de la fonda que invitaba a la nostalgia, hablaban de cuando eran pequeños. Jim de cuando preparaba buñuelos con su abuela:

—Me gustaba poder hacerlo todo con las manos, era como si transgrediera una norma con el permiso de los adultos.

Los dedos hundidos en el azúcar, el olor de matalahúva, la carcajada abierta y potente de la abuela Angeleta cuando los rociaba con rosoli, las manos surcadas por gruesas venas oscuras como cordones cuando les echaba azúcar.

Rita les habló de su abuelo materno, que blasfemaba con acento

andaluz, pero de vez en cuando soltaba algún *mecagumdéu* muy catalán. Tenía un genio que hacía temblar las paredes de casa. Después de que todos le advirtieran que cualquier día iba a quedarse tieso en uno de aquellos berrinches, murió finalmente mientras dormía una plácida siesta en la butaca.

—Al vaciar su piso encontramos dos carnets de la FAI, del comité provincial de Murcia. Eran del año 36 y uno llevaba el nombre del abuelo: Rosendo Lafuente Ruiz; en el otro ponía Ricardo Lafuente Ruiz. ¡Nunca habíamos oído hablar de ese hermano! Siempre habíamos pensado que el abuelo era hijo único. Interrogamos a mamá y nos dijo que a ese tal Ricardo, su tío, lo habían fusilado y que nunca se había podido recuperar el cuerpo. ¿Y jamás había hablado de él, te lo puedes creer? ¿Os imagináis lo grande que debía de ser su dolor para que no pudiese ni siquiera hablar de él? Eso también explicaba su legendario mal genio…

—… También debía haber algo de genética… ¡porque de alguna parte tiene que venir el tuyo!

Los amigos rieron de la salida de Guillem, pero Rita mantuvo el rictus serio y se limitó a inclinarse hacia delante, alargar el brazo hacia la mesa y coger el vaso de *whisky* de su hombre. Lo apartó ostensiblemente para que él no lo tuviera a su alcance. Marta y Jim volvieron a reír, pero entonces fue Guillem quien no se unió a ellos. Se había levantado de la silla al mismo tiempo que su mujer apartaba el *whisky*. De pie junto a ella, cogió el vaso y se acabó el líquido que quedaba de un trago. Fue un gesto enérgico, cargado de despecho.

En su habitación, Marta y Jim comentaron el rifirrafe de sus amigos. No era para tanto.

Una vez tumbados, a oscuras y en silencio, notaron cómo la tristeza aleteaba por el techo de la estancia, encima de sus cuerpos. Ambos habían visto una rabia llameante en los ojos de Rita y de Guillem. Era algo inesperado y deprimente: y temían pensar que algún día podrían verla crecer en los suyos.

[Viaje a Venecia. Invierno de 2003]

Hacía semanas que Olga, la socia de Marta, no se encontraba bien. Había ido al otorrino porque tenía la sensación permanente de una molestia en la garganta, que notaba cada vez que tragaba. Para su sorpresa, la especialista le dijo que no tenía faringitis, ni laringitis ni otras enfermedades más graves que le habían pasado por la cabeza. Lo que tienes es una ansiedad considerable, le dijo, está tipificado como «el síndrome del nudo en la garganta». Necesitas descansar y relajarte.

Marta y Rita se ofrecieron «solidariamente» a acompañarla a una escapada a Venecia. Olga les dijo lo difícil que es dejar de querer a alguien o, mejor dicho, reconocer que has dejado de querer a alguien. Su pareja, Miriam, era una compañera excelente. Pero, de un tiempo a esta parte, todo lo que hacía o decía la enervaba. Sin motivo. Aquella noche, en Venecia, Marta y Rita comprendieron que los caminos del corazón y los de la razón no siempre coinciden.

En la habitación del hotel, Olga siguió llorando un poco más, aunque mezclando los sollozos con las carcajadas. Rita consiguió hacerla reír imitando su expresión llorosa mientras enroscaba los espaguetis con el tenedor y se los metía en la boca con un gesto de terrible melancolía.

Cuando Olga ya dormía, agotada por la llorera, sus dos amigas rumiaban, cada una en su cama, a oscuras, sobre la posibilidad de que el amor se acabe de repente. Rita imaginaba con temor que eso le pasara algún día: que Guillem, siendo la misma persona de la que se había enamorado años atrás, dejara de parecerle atractivo, o que se aburriese, o que las pequeñas cosas de él que ahora la ponían nerviosa —los largos silencios mientras paseaban, que si ella no se decidía a romper habrían podido durar horas, o la tendencia a actuar de poli bueno con María y a levantarle los pequeños castigos que ella le había impuesto—, un día se convirtieran en realmente insufribles.

Mientras tanto, Marta se estremecía pensando que algún día Jim

podría dejar de quererla. Claro que él le había dicho que eso no pasaría («Si un día te dejo será porque me he enamorado de otra persona, no porque ya no te quiera, porque eso es imposible»).

Pero tal vez Jim se equivocaba y aquel amor claro y resplandeciente con que la había deslumbrado, un amor que abrazaba incluso la tristeza intrínseca de Marta y sus noches más oscuras, podría ser que un día se evaporara o que fuese languideciendo poco a poco, semana tras semana, para acabar desapareciendo del todo.

Al día siguiente, en el bufé del desayuno, se dieron cuenta de que la mayoría de los turistas alojados en el hotel estaban más excitados de la cuenta. Las camareras sonreían y circulaban arriba y abajo con jarras de leche y bandejas llenas de *brioches*. Marta detuvo a la más jovencita, una chica rubia y risueña:

—*Scusa, cosa succede?*

La chica se puso seria para responder, aunque sus ojos todavía reían:

—*È acqua alta, signora, le strade sono allagate…*

Rita y Olga la esperaban sentadas a la mesa, con la mirada interrogante, y Marta soltó su bandeja con un gesto a medio camino entre el desánimo y la resignación.

—Hay *acqua alta*, la marea ha subido y tendremos que pasear con el agua hasta las rodillas…

Rita se tragó el trozo de tostada que tenía en la boca antes de hablar:

—¡Ya te lo decía yo, Olga, caray, que no llorases tanto…!

[Un arroz en el puerto de Arenys. Primavera de 2004]

Como los niños estaban de colonias y hacía un día radiante, Marta y Jim decidieron ir a comer al puerto de Arenys. Dieron envidia a sus amigos y Rita reaccionó, rápida como una centella:

—¡Venid con nosotros! Le he endilgado la niña a mi hermana, así las primitas se harán compañía, que solas se aburren.

Al oírla, Marta tuvo un sobresalto que le costó disimular. Pero nadie se dio cuenta. Nadie, ni siquiera Jim, había pensado en el accidente de Carcasona. Pero ella sí. Ella se acordaba pidiéndoles a sus padres que invitaran a su prima, que sola me aburro.

Recurrió a los consejos de la psicóloga, a los mecanismos que le había enseñado para controlar el pánico, y consiguió detener el temblor del cuerpo sin que nadie notara la menor alteración.

Rita, en cambio, era una mujer feliz (una mujer *normal*, pensó Marta) y el domingo estaba pletórica: al montarse en el coche subió el volumen de la música, abrió la ventana y sacó la cabeza para notar el sol y el viento le hizo bailar la oscura cabellera.

Pasearon por el puerto con aquel caminar lentísimo que le sentaba tan bien a un domingo claro de primavera, cuando los cuerpos tienen hambre de sol después de los meses más fríos. El sol lamía la piel sin llegar a calentarla, con aquella timidez de las mañanas de primavera.

Después entraron en el restaurante y sonrieron complacidos porque la mesa que habían reservado para ellos era redonda y estaba justo tras los cristales. Levantaron las copas para brindar con un fondo de velas blancas. En el mar todo eran carreras hacia aquí y hacia allá: laúdes, patines de velas, tablas de surf, menorquinas y catamaranes. Jim quiso brindar «por los años de amistad» y luego empezó una conversación que, aunque tenía el objetivo concreto de saber cuánto tiempo hacía que se conocían, se convirtió en un álbum de recuerdos desordenados, lleno de frases que empezaban con un «¿Os acordáis de cuando…?». Discutieron sobre fechas, lugares y hechos y, finalmente, Guillem los interrumpió:

—No penséis más en ello: nos conocimos el 10 de septiembre de 1999. Era domingo, y llovía.

—Ay, Guillem, qué haríamos sin ti…

Los cuatro se quedaron en silencio, recordando la mudanza, el ruido en la escalera, Rita con vaqueros rotos y sudadera, cómo se parece Jim a Jovanotti, la cena improvisada en el patio, el olor a tierra húmeda y sofrito.

Después de comer caminaron un poco más para bajar el arroz. Estaban de acuerdo en que habían comido muy bien, pero Jim encontraba que el arroz era un poco *fat*.

Rita y Guillem preguntaron qué quería decir y juraron que nunca habían oído aquella palabra. Marta se burlaba de Jim:

—Los ampurdaneses os inventáis palabras para que no os podamos entender.

—«*Fat*» quiere decir que le falta sal.

—¿Dulce?

—No, dulce es otra cosa. Es lo que en Barcelona llamáis «soso», que está mal dicho…

—Entonces, ¿cómo debería decirse?

—Creo que «sonso».

—¿Sonso? Pero ¿eso no es ese pescadito que hemos comido antes del arroz?

El sol ya no calentaba demasiado y la brisa marina rizaba el cabello de las chicas. Recorrieron el trayecto de vuelta escuchando el piano de Ludovico Einaudi y, finalmente, Marta pensó que el mundo parecía un lugar muy agradable en aquel momento.

Una vez en casa, Rita se soltó en el sofá:

—Qué gran día hemos pasado, ¿a que sí, Guillem? ¡Es verdad que el mundo parecía hoy más bonito!

Guillem, que estaba a punto de salir para ir a recoger a María a casa de sus tíos, dibujó una media sonrisa.

—Sí… hemos comido bien.

Su mujer arrugó la nariz y dijo mientras hundía el rostro en la novela que estaba leyendo:

—Ay, Guillem… a veces eres *tan… fat!*

[Vacaciones en Mas Xic. Verano de 2004]

Cindy, la madre de Jim, sufría unos ataques de ciática que la dejaban fuera de combate. No era nada grave, pero las faenas del Mas se retrasaban y la mujer tuvo que pedir ayuda. Jim decidió pasar allí todo el verano —las clases particulares de inglés se acababan a finales de junio y las traducciones podía hacerlas a distancia— con los niños. Marta se uniría a ellos en agosto, cuando la academia cerraba, y sugirieron a los Larralde que también fueran. Le gustaba la idea de poder ofrecerles unas vacaciones idílicas a tan buen precio. Marta tenía también una razón oculta para preferir compartir las vacaciones con sus amigos: temía que se estuvieran haciendo realidad los temores que había expresado en aquel vuelo transatlántico, cuando le confesó a Jim su deseo de ser madre. Temía que Jim se cansara de la vida estable, de las obligaciones, de los horarios y de las rutinas, que se cansara de ella.

Odiaba, incluso antes de que existiera, a una Marta insegura y amargada que alejaría a Jim y podía acabar provocando aquello que tanto temía. Y, sin embargo, durante el verano se dio cuenta de que aquella versión de sí misma estaba llegando. Los niños dormían mal por las noches y ella se levantaba cansada, sin ganas de hacer nada. Por el contrario, Jim estaba eufórico y quería exprimir los días: proponía excursiones para mostrar la belleza ampurdanesa a sus amigos y por las noches era el alma de las reuniones al aire libre. Marta se esforzaba por aguantar despierta, pero el sueño acababa venciéndola. Su cansancio era inversamente proporcional a la vitalidad de su hombre. Y de golpe se dio cuenta de que mientras ella sumaba las horas y la presión de la academia a las obligaciones relacionadas con los hijos, Jim había mantenido inalterable su plácido ritmo de vida. Pocas horas de clase, algunas traducciones, vacaciones escolares.

En unas semanas había pasado de culpable a víctima y fue desolador constatar que este segundo estatus era aún peor que el

primero.

[Un concierto de *U2* en el Camp Nou. Verano de 2005]

La euforia les duraba desde el momento en que pudieron comprar las entradas. Y en ese estado de embriaguez natural llegaron al Camp Nou, una hora y media antes de que comenzara el concierto. Estaban tan contentos que, de vez en cuando, no podían evitar darse un breve abrazo, palmeándose en la espada, que sellaba el gran momento que estaban compartiendo.

Bono y los demás aparecieron en el escenario por sorpresa, unos minutos antes de la hora prevista, con el campo aún iluminado. Desde lejos parecían hombres normales y, al mismo tiempo, por la manera en que iba enloqueciendo el público, eran semidioses. «Un, dos, tres…», se apagó la luz de golpe y la música empezó a sonar en plena oscuridad. Estalló la locura.

Salieron del campo más excitados que cuando habían entrado. Sin la menor vacilación, fueron a un *pub* irlandés que Jim tenía controlado, en un intento tal vez no del todo consciente de alargar las emociones vividas durante el concierto de su banda preferida.

Desde el primer momento, Guillem se fijó en un hombre que bebía solo en un extremo de la barra. Llevaba una gorra negra con una visera baja que prácticamente le tapaba el rostro.

—Mira el tipo ese del final de la barra, Jim. Parece The Edge.

—¡Sí, hombre! Venga, va, no me acojones… ¿Qué quieres que haga aquí completamente solo?

—Voy al lavabo y así pasaré cerca…

Jim se quedó mirando el periplo de su amigo sonriendo beatíficamente, un poco por efecto de la cantidad de cerveza que

llevaba en el cuerpo, un poco porque le hacía mucha gracia la ingenuidad de Guillem y su sinuosa trayectoria para pasar cerca del misterioso personaje.

—¡Creo que sí que lo es, tío! ¡Sí! ¡Tiene perilla! ¡Y de perfil es clavado!

—Yo creo que es un artista, tal vez un pintor. Se ha pasado el día peleándose con un cuadro que no acababa de quedar como él quiere y ha venido a ahogar su frustración en cerveza…

—Puede que se haya peleado con su mujer…

Jim lo había dicho por decir, pero Guillem se puso serio de repente y lo miró a la cara.

—¿Marta y tú os peleáis mucho?

—No demasiado, con ella es difícil pelearse.

—Nosotros sí. Todo el rato.

—¡Hombre… no jodas!

—Sí, tío, los dos tenemos un carácter muy fuerte. Y ella pone tanto dramatismo…

—Qué quieres que haga… ¡si es actriz!

—Pues mira, que se deje el drama para el escenario. A veces pienso que no deberíamos haber tenido hijos…

—Pero ¿qué dices?

—A ver, no hace falta que te diga que ahora María es el centro de nuestra vida y todo eso, pero me refiero a que, tal como somos, con los trabajos que tenemos… tal vez no fue demasiado responsable ponernos una carga como esa. Los horarios de Rita son imposibles, nunca sabe cuándo podrá llegar a casa, y los rodajes empiezan de madrugada… Cuando termina está muerta y solo tiene ganas de meterse en la cama.

—Pero la serie esa en la que interviene ya se acaba, ¿no?

—Sí, pero cuando pasa eso, aún es peor. Se pone de muy mal humor porque no la llaman, piensa que nunca más le saldrá otro trabajo, que la gente se olvidará de ella, es un sinvivir, tío.

—Oí que ha hecho un *casting* para una obra del Teatro Nacional, ¿no?

—Sí, es un proyecto muy importante, de los grandes, espero que

la cojan… aunque eso quiera decir que no estará ni una sola noche en casa…

La letanía de Guillem no se acababa nunca y, por un momento, Jim se preguntó si Marta también estaba quejosa de él, de sus horarios relajados y sus ingresos inciertos. Ahuyentó estos pensamientos y cambió de tema:

—Hostia, qué pasada de concierto, ¿eh?

Cuando se levantaron para salir del bar —¡cojones, estoy trompa!—, el hombre de la gorra seguía en el mismo sitio. Pasaron tambaleándose cerca de él. Continuaba sentado prácticamente con la misma postura que había mantenido toda la noche.

Guillem se lo miró sin disimular y, justo cuando pasaba detrás de él, soltó:

—*Bye, Dave!*

Y cuando Jim ya estaba en la calle y él aguantaba la puerta del *pub* para salir, oyó una voz profunda que decía:

—*See you!*

Lo oyeron cuando ya estaban en la calle, justo antes de que la puerta se cerrase, y ambos estallaron en grandes carcajadas. No dejaron de reír hasta que llegaron a casa y al día siguiente, cuando volvieron a la vida, lo primero que hicieron fue llamarse:

—Eh, ¿cómo estás?

—Pues ya ves… con resaca, como tú.

—Escucha una cosa: aquello de anoche era broma, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de que The Edge estuviera sentado en la barra del irlandés…

—¡Que no era The Edge, capullo!

—Pues bien que nos contestó cuando le dijimos adiós…

—¡Pues haberle preguntado si era él de verdad, cojones!

—Nunca lo sabremos, compañero…

[Fin de semana de junio en Formentera. Verano de 2005]

Los cumpleaños de Marta eran una fecha maldita. Todos los que la conocían al dedillo sabían que, unos días antes, aquella chica habitualmente bienhumorada y estable empezaba a mutar en una persona desconocida, irascible, introvertida y huraña.

Desde el mismo día en que se conocieron, en su veinte cumpleaños, Jim se había propuesto cambiar alguna vez esta tendencia. Aquel año cumplía treinta y cinco y Jim consideró —se le metió en la cabeza y era tozudo como una mula— que podían despedirse completamente del duelo. Habían pasado muchos años. La madre de Adela ya se había marchado y su padre, pobre hombre, había quedado tan abatido que apenas sabía el día en que vivía.

Así que reservó vuelos y apartamento en Formentera para cuatro personas. Mientras ella aplaudía contenta, su hombre la advirtió de que, a cambio de ir allí, la única condición era que aquel año sí que celebrarían su cumpleaños y que aquello iniciaría una nueva era. Marta aceptó.

Al atardecer, cuando el sol ya había caído, pero aún seguía presente, y la isla parecía un ser vivo que latía bajo la luz vibrante que ya anunciaba el crepúsculo, salieron de casa. Marta había pedido consejo a Rita para vestirse. Se probaron ropa y Rita hacía payasadas para ahuyentar los fantasmas de Marta. Marta se reía. Y Rita se engrescaba aún más.

De repente, Marta cogió las manos de su amiga y esperó pacientemente a que se callara.

—No tendré nunca otra amiga como tú.

—¡Eh! ¡Que eso suena a funeral! No necesitas a ninguna amiga como yo… porque ya me tienes a mí.

Marta se calló pues, en realidad, no sabía por qué lo había dicho ni por qué había hablado del futuro si el presente era magnífico.

—Somos amigas del alma, amigas íntimas, mejores amigas,

amigas hermanas. ¡Pero si incluso hemos sincronizado las reglas!

Al final Marta estrenó un vestido ligero, muy veraniego, con un pequeño estampado de amarillos y verdes. Se había recogido el pelo y llevaba unos pendientes largos que casi le rozaban las clavículas cuando movía la cabeza. Jim le dedicó una mirada larga y voraz, y la agarró por la cintura para empezar a caminar. Ambos a la vez, sin saber el uno lo que pensaba la otra, se preguntaron por qué ya no hacían esto casi nunca. Por qué ya no caminaban enlazados, como habían hecho los primeros años, cuando soltarse suponía todo un sacrificio y una renuncia.

Una noche de julio, 1:50 h

Jim había entrado en el Mas a buscar cubitos y lo vieron salir con su madre cogida del brazo.

—¡Cindy! ¿Aún estás despierta?

—Viene a daros las buenas noches.

—Pero ¿no te parece que es muy tarde?

—Sí, chica, soy un poco libertina… ¡¡No tengo edad para esto…!!

Aún llevaba puesto el vestido de la boda, de color malva, con una flor de tela de tonalidades liláceas en el escote. Se había abrigado con un chal de ganchillo que se había hecho ella misma.

—¡¡Cindy, estás guapísima, muy elegante!!

—Figúrate tú… ¡Tú sí que estás guapo, Guillem!

Marta la miraba con afecto. Tenía un aspecto adorable de verdad, con aquel aire *hippy* que la acompañaba siempre, pero con un toque de distinción adecuado para la abuela de la novia.

Se había levantado un viento irritante, así que Jim insistió a su madre para que se acostase.

—Venga, que acabarás resfriándote.

—Te acompaño, Cindy.

Rita la ayudó a levantarse de la silla y la guio hacia el interior de la casa, adaptándose a su paso lento. Cuando ya estaban a punto de entrar, Cindy se detuvo y se volvió hacia la mesa donde estaba su hijo con los amigos. Saludó con la mano como haría una reina y dijo, alzando la voz:

—¡Buenas noches! Qué día más feliz, ¿verdad? Qué bien que estéis así… Qué bien…

Cuadrilátero es un espacio cuadrado en el interior del cual se disputa el combate

En Barcelona, el mes de mayo regala unos días extraños: frescos todavía por la mañana, con mediodías calurosos que parecen veranos en miniatura y unas noches templadas que invitan a salir a la calle. Nadie conoce la ropa más adecuada para pasar estos días fluctuantes y los ciudadanos se mezclan por la calle equipados de la manera más diversa, unos con anorak, otros con bermudas, como si todo el mundo fuera un poco disfrazado.

Jim, por ejemplo, había optado simplemente aquella mañana por unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta. Las dos prendas descansaban en aquel momento en el suelo, enroscadas la una sobre la otra, con los calzoncillos encima. Él estaba tumbado en la cama —con todo lo largo que era, la ocupaba del cabecero a los pies— y recibía con complacencia el sol de la tarde, que le recorría la piel y le hacía parecer más rubios los pelos de los brazos y de las piernas.

Cerró los ojos para exprimir aquel momento de bienestar físico y se concentró en el susurro lejano de los coches al otro lado de los cristales, que intensificaba la sensación de paz del interior de la habitación. Separó aún un poco más las piernas para sentir el tacto fresco de las sábanas, pero un calambre en el gemelo derecho le hizo brincar de la cama. Dio un par de saltitos a la pata coja y volvió a tumbarse, esta vez boca abajo. Se quedó ahí quieto, medio dormido.

Solo abrió un ojo cuando sintió el peso ligero que había hundido un poco el colchón a su lado. Todavía inmóvil y con la voz amortiguada por la almohada, preguntó:

—¿Ya tenemos que irnos? —Y luego imitó la voz de un niño pequeño—: ¡Cinco minutos más, vaaa, solo cinco minutitos…!

Rita lo sacudió con suavidad y le puso ambas manos en los hombros, anchos y dorados como unas alas extendidas.

—Venga, son las tres y media. Tengo que irme…

—¿Quién te espera?

Había querido hacer la pregunta con un tono seductor, como un juego entre amantes: qué puede esperarte ahí fuera que sea mejor que esto que tenemos, que esta habitación de hotel llena del sol de mediodía, que tu cuerpo desnudo y el mío. Pero, en cambio, el interrogante cayó como un peso muerto entre ambos. Rita se puso de pie de un salto y Jim se quedó aún unos segundos boca abajo, con la cara hundida en la almohada, arrepentido de haber pronunciado aquellas palabras. Porque esa pregunta juguetona —¿quién te espera?— había convocado la imagen de Guillem y de Marta. Y entonces, de repente, ya no importaban las sábanas frescas ni la luz del mediodía, porque se había roto el hechizo de aquel mundo que habían decidido crear tapándose los ojos y los oídos, como si la vida exterior y anterior no existiera. Como si el sexo entre ellos pudiera ser algo excitante, tierno e inocente y no ese pecado mortal, ese error imperdonable.

Así que se vistieron en silencio, sin mirarse, y salieron de aquella habitación de hotel como dos delincuentes avergonzados. En el ascensor, Jim clavaba la vista en el suelo y Rita le agarró el mentón para levantarle el rostro.

—Tenemos que tomar una decisión.

Y esas eran justamente las palabras que él no quería oír. Habría preferido que Rita dijera: Jim, esto tiene que acabarse, atajémoslo de raíz. O bien: Jim, hablemos con ellos y confesémosles que nos hemos enamorado. Pero jamás de los jamases habría querido oír: tenemos que tomar una decisión. Porque eso, precisamente, era lo que él no quería hacer. Lo que no podía hacer. No podía. No.

Se habían visto dos veces. Visto, tocado y besado. Dos veces. La primera sin haberlo planificado, ni siquiera pensado. Pero la segunda sí, en la segunda habían buscado el momento, habían

concertado la cita a escondidas y habían mentido a sus parejas. Y eso —para Jim— era inexcusable. No se atrevió a decirlo en voz alta, ni siquiera a pensarlo, y usaba las autodisculpas más tópicas para avergonzarse un instante después.

Había intentado analizarlo, saber cómo había empezado, y había llegado a la conclusión de que el primer síntoma de esta enfermedad mental que le había convertido en otra persona y que ahora dominaba su mente y su voluntad, el primer síntoma lo notó el 16 de febrero, la noche del estreno de *La gaviota* de Chéjov.

Hacía semanas que Rita hablaba de este acontecimiento, su primer papel protagonista en el teatro. Por una bella e inesperada casualidad, el papel que le correspondía interpretar era el de Nina, una joven que desea ser actriz más que ninguna otra cosa en el mundo. Rita veía tantas implicaciones personales en aquella Nina que le recordaba tanto a su madre que estaba convencida de que la suya sería una gran interpretación. Estaba emocionada, excitadísima, y consiguió contagiar a los otros tres ese estado de ánimo, de manera que la noche del 16 de febrero estaba predestinada a ser una velada de exaltación. Y lo fue, pero Jim no habría imaginado nunca hasta qué punto.

Rita apareció en el escenario con un vestido largo, de un blanco roto, ceñido en la cintura y cerrado hasta el cuello con unas puntas bordadas. El pelo —esa cabellera larga y ondulada que habitualmente bailaba libre por la espalda— lo llevaba recogido en la nuca. Lucía un pequeño chal de muselina, de color beis, encima de los hombros, que cogía ante el pecho con ambas manos y una gracia infinita. Desde el primer momento, Jim supo que ya no podría volver a mirar a Rita como antes. Después del estreno, todos sus gestos empezaron a lanzarle mensajes: la inclinación de la cabeza cuando preguntaba algo, que dibujaba una diagonal perfecta entre el hombro y la nuca; la longitud de las pestañas; la tonalidad rosada y oscura de los labios; la fresca carcajada, que siempre se acababa con una risita minúscula como colofón; el gesto veloz de reunir todos sus cabellos en un lado, enroscándolos un poco y dejándolos reposar a la derecha del cuello, para lanzarlos inmediatamente después con

energía hacia atrás.

Durante unos días pudo tranquilizarse con la explicación de que, en realidad, se había enamorado de Nina, el personaje creado por Chéjov. Pero la verdad acabó imponiéndose.

Habían pasado ya tres semanas y, mientras Rita hacía de Nina en el escenario, Jim interpretaba el papel de su vida, el más difícil: tenía que fingir que todo era como antes. Que los cuatro seguían viviendo en un mundo hecho a medida y confortable. Que era un hombre bueno y sincero, y que no les engañaba a todos.

En las cenas que celebraban en el patio, Rita volvía a llevar vaqueros descoloridos y una camiseta de algodón, chancletas y el pelo suelto. Pero siempre había algún momento en que Jim hallaba el rastro de Nina —la manera de agacharse para coger algo del suelo, o cuando se frotaba distraída la barbilla al escucharlo— y, a partir de ese momento, la noche se descomponía en miles de detalles insignificantes para todos, excepto para él. Una mirada de Rita crecía y crecía y, en vez de segundos, duraba horas. Un movimiento espontáneo de la cadera si se topaban en el pasillo resonaba hasta ensordecerlo. Si le daba la razón en una discusión, era porque la amaba. Si se sentaba lejos de él, era porque no podía resistir tenerlo cerca. Si alargaba la noche, era porque necesitaba estar con él. Si se acostaba pronto, era para pensar en él antes de conciliar el sueño.

Había días en que volvía a conectarse con la realidad y aquellas ilusiones prácticamente desaparecían. Entonces pensaba que todo aquello había sido un mero deslumbramiento, una ofuscación momentánea, y que ya lo había dejado atrás.

Pero entonces, el día más inesperado, recibía una llamada y veía el nombre de ella en la pantalla del móvil. Y las cuatro letras que lo formaban eran la fórmula mágica que otra vez le daba la vuelta a todo y enseguida imaginaba que ella lo llamaba para proponerle una cita privada o para decirle directamente sin ambages que lo amaba.

En ocasiones, le asediaba una visión de Rita en el momento más inoportuno, cuando estaba comiendo con Marta o cuando estaba jugando con la pelota con Biel en el patio. Eran como relámpagos rapidísimos, como un pase de diapositivas que se producía en el

interior de su cerebro. Rita vestida de blanco en el escenario, Rita recogiéndose el pelo con las dos manos, dejando la nuca al descubierto, Rita jugando al ajedrez con él, haciendo aquel gesto tan suyo de frotarse el entrecejo cuando se concentraba.

Mientras esta especie de fiebre consumía a Jim, Rita empezó a notar que pasaba algo. Primero pensó que tal vez Jim y Marta se habían peleado y que por eso él estaba inquieto. Después sospechó que el distanciamiento era con Guillem y que por este motivo parecía que estuviera violento cuando compartían un mismo espacio. Finalmente, decidió que ella debía de ser la culpable de todo. ¿Acaso había dicho algo que lo había ofendido, por culpa de su vehemencia?

Habló de ello con su hombre:

—¿No te parece que Jim está raro? ¿Sabes si le pasa algo?

Guillem no se había dado cuenta de nada.

—Pero si tienes esa impresión, pregúntaselo, mujer…

Antes de ello, habló también con Marta:

—Hace ya unos días que me parece que Jim no es él mismo. ¿Os pasa algo?

Marta admitió que su hombre estaba más taciturno, un poco huraño.

—Algo le pasa, pero, chica, no hay manera de sacarle nada. Si quieres probarlo tú… ¡Igual tienes más suerte!

Así que ambos, Guillem y Marta, en cierta manera, la empujaron hacia un lugar adonde nunca habrían querido que llegase.

Y el lugar —físico— fue la playa de Bogatell. Jim iba a correr allí tres veces a la semana, hacia última hora de la tarde, y tanto Rita como Guillem se unían a él de vez en cuando. Aquel viernes de abril al mediodía, Jim recibió un mensaje de Rita: «¿Saldrás a correr hoy? ¿Me quieres contigo?».

Jim lo leyó y cerró el móvil al instante, para que nadie pudiera verlo, aunque estaba solo, sentado en la barra del bar donde desayunaba. Le temblaban las manos cuando volvió a abrirlo: «¿Me

quieres contigo?», le pareció la insinuación más dulce y tentadora del mundo. No lo era. O no estaba pensada para serlo.

Unas horas más tarde, sin embargo, con la respiración aún acelerada de la carrera, mientras ambos estaban sentados sobre la arena, la confesión aturdida de Jim —del todo inesperada para Rita— dio al inocente mensaje de SMS otro sentido y la bomba de relojería que contenía empezó su inquietante tictac.

Mientras Jim expresaba en palabras —tiernas pero gruesas, casi solemnes— sus sentimientos, Rita lo escuchaba en silencio, sin mirarlo, con los ojos clavados en el horizonte. Veía las finas nubes, las crestas blancas de las olas, un grupo de velas que parecía navegar en grupo, la sombra imponente de un gran transatlántico. El día era claro y templado, y los patinetes y las bicicletas se deslizaban a su espalda a toda velocidad. Los veía con el rabillo del ojo.

Y mientras escuchaba a Jim —su amigo, su vecino, el marido de su amiga—, el mundo de Rita empezó a agrietarse sin hacer el menor ruido. Las cosas que parecían inmóviles se tambalearon y aquella vida que hasta entonces parecía lo bastante armónica, razonablemente feliz, se llenó de grietas y fugas por todas partes. Eran palabras que jamás habría querido oír y que, a la vez, la llenaban de un bienestar casi físico como nunca antes había conseguido nada. De repente, le pareció que había estado esperándolas toda la vida y se dio cuenta de que, en realidad, nunca se las había dedicado nadie. Guillem, el hombre austero y equilibrado que la había acompañado durante todos estos años, jamás había pronunciado palabras tan plenas y aún más: Rita estaba segura de que nunca había sentido algo así.

Lo dejó hablar un buen rato y la voz de Jim, aquel acento ampurdanés salpicado de manera muy esporádica con expresiones inglesas, fue imponiéndose, aislándola del fragor de voces, de los graznidos de las gaviotas, del rumor del mar. Cuando él calló —lo siento mucho, pero me he enamorado de ti, fue lo último que dijo—, Rita se volvió para mirarlo; contempló los ojos de Jim llenos de lágrimas, azul aguamarina, sin la menor sombra de duda, le agarró la cara con las manos y se miraron largo y tendido. Él no sabía qué

pensaba ella. Se quedó quieto y mudo, a la espera. Temía que ella estuviera ofendida, dolida, avergonzada. Pero ella solo sentía en su interior una euforia nueva, nacida en algún punto del discurso hipnótico de Jim.

El primer beso lo dio Rita —él no se habría atrevido— y después vinieron más. Jim había imaginado aquello muchas veces, en ocasiones mientras Rita hablaba y él no podía apartar los ojos de sus labios. Tenía miedo de que ella misma o los demás se dieran cuenta, de que descubriesen su deseo con la claridad con que se dibuja el rastro de las olas en la arena.

Cuando se separaron, cuando volvieron a mirarse a los ojos, ya eran otras personas. Ya no quedaba el menor indicio de los amigos, de los vecinos, el Jim y la Rita de antes habían desaparecido y, con ellos, Marta y Guillem, las cenas de los cuatro en el patio, las vacaciones en grupo. En cuestión de minutos, la alianza que los rodeaba había quedado maltrecha.

Jim, aún aturdido por el contacto físico —que había soñado tantas veces, pero que no esperaba—, comprendía que era precisamente por este tipo de reacción impulsiva de Rita que se había enamorado de ella. Rita era el barranco que le atraía sin remedio; era una emoción que le daba vueltas en la cabeza; el deseo incontrolable de saltar con la fe que se tiene en los sueños para desplegar las alas y volar, y él era el caminante que había llegado hasta ese punto por senderos sin hallar apenas dificultad en su trayecto.

Después del beso, se quedaron aún un buen rato allí sentados, uno junto a la otra, en silencio, hasta que pasaron a su lado un par de chicos descalzos que solo llevaban puesto el bañador. Se iban pasando una pelota y se lanzaban insultos en tono de broma, con sus voces gruesas. Uno de ellos saludó a Jim con la cabeza: «Eh…».

Jim se incorporó como si alguien hubiera pulsado un resorte. Mientras se sacudía la arena de los vaqueros, murmuró: «Van a mi gimnasio». De golpe, el saludo de los chicos le hizo ser consciente de la imprudencia que había cometido hacía unos pocos minutos. Cualquiera podía haber visto cómo Rita y él se besaban, cualquier

vecino o conocido del barrio. Tal vez Olga o sus suegros. El corazón le latía cada vez más rápido.

Enseguida notó la adrenalina y supo que aquella inquietud que lo acompañaría en el futuro sería una mezcla de miedo y de placer. También supo que estaba dispuesto a asumirlo, decidido a seguir adelante, aunque esta no era la palabra adecuada, porque la determinación no tenía nada que ver con su actitud. Se trataba más bien de una fuerza que lo empujaba, de una condena o de una adicción.

Los días siguientes a la conversación de la playa de Bogatell fueron un auténtico suplicio para ambos. Rita se levantaba con una excitación que la acompañaba todo el día y que no la dejaba conciliar el sueño por la noche. Sobre todo sentía un gran vacío porque era la primera vez en su vida que le pasaba algo grande que no podía compartir con nadie. Las únicas personas con quienes habría querido hacerlo eran su hombre y su amiga, los dos interlocutores prohibidos.

Jim se encontraba en una situación parecida, pero a ello se añadía la profunda angustia de pensar que las personas a las que le gustaría acudir —en su caso, también Guillem y Marta— eran precisamente las víctimas de su actitud irresponsable. Le carcomían los remordimientos.

Rita era diferente: el concepto de arrepentimiento le era casi por completo ajeno. A lo hecho, pecho. Sentía lo que sentía. No se pelearía con su instinto y fue precisamente durante aquellos días cuando —tal vez por primera vez— pensó que se parecía más a su madre de lo que querría.

Durante aquellos primeros días, tanto Jim como Rita hicieron lo posible para evitar verse los cuatro juntos. A cada uno ya le bastaba intentar gestionar las emociones en casa. Cuando ya habían transcurrido casi tres semanas, Jim empezó a creer que aquello —la playa de Bogatell, la confesión e incluso su loco enamoramiento— quedaría encerrado en un paréntesis, una especie de burbuja que se mantendría flotando entre ellos pero que nunca estallaría.

Pero entonces, un jueves por la tarde, Rita lo llamó. El mero

hecho de ver su nombre en la pantalla del móvil hizo estallar la burbuja y lo que había dentro se derramó y lo llenó todo.

—¿Podemos vernos?

El tono de voz era compungido y alterado a la vez, tuvo la impresión de que había llorado justo antes de llamarlo.

Mientras ella le decía que necesitaba hablar de todo lo que sentía, él iba repasando mentalmente una lista de bares alejados del Eixample, la clase de sitios que era imposible que Marta visitara un jueves por la tarde. Le propuso un lugar, avergonzado, y Rita aceptó enseguida, sin preguntar nada, aunque estaba en la otra punta de la ciudad.

Cuando entró, deslumbrada por la luz exterior, solo distinguió la silueta de Jim al final de la barra, alto y delgado, un poco encorvado. No sabía si él la había visto y se acercó con sigilo, como si no quisiera asustarlo. Se sentó en el taburete vacío que tenía al lado y, sin ni siquiera quitarse la chaqueta, sin decirle hola ni preguntarle qué tal, empezó a hablar y a decirle que no podía soltarle que se había enamorado de ella y después fingir que no había sucedido, que desde el día de la playa no dormía bien ni comía y que no podía mirar a Guillem…

—Lo sé, yo tampoco puedo aguantarle la mirada a Marta. El sentimiento de culpa es horrible, horrible.

Rita lo miró enarcando un poco las cejas, sin poder evitar un gesto de contrariedad.

—No lo decía por eso. No puedo mirar a Guillem porque ya no lo veo como antes, porque cuando lo miro sé que ya no es como antes.

—¿Qué quieres decir?

—Que, hasta el día de la playa, pensaba que lo amaba. Es decir, lo amo, por supuesto, claro que sí, pero ya no estoy enamorada de él. Y eso no lo sabía, no lo sabía hasta que tú me lo dijiste.

—Yo no te lo dije…

—Pero me lo hiciste ver. Y ahora que ya lo sé no puedo hacer como si no pasara nada.

El cerebro de Jim empezó a acelerarse y a producir pensamientos

dispersos, contradictorios, algunos de ellos surrealistas. Tenía la sensación de haber puesto en marcha una máquina que ahora no podría detener y que los arrastraría cuesta abajo hacia el abismo. Ahora, a los remordimientos por estar engañando a Marta, se añadía la culpa de haber provocado —él solito, Rita lo había dejado muy claro— una grieta irreparable en el matrimonio de sus mejores amigos.

Al verlo callado y cabizbajo, Rita empezó a encenderse, y esta vez no era el enamoramiento la chispa que calaba el fuego, sino más bien la indignación. ¿Y ahora qué le ocurría a ese hombre? ¿Era el mismo que le había dicho aquellas palabras de amor en la playa? ¿Por qué no estaba eufórico como ella, que no conseguía dominar la pasión ni tenía las mínimas ganas de hacerlo?

—¿Se puede saber por qué estás así?

—¿Así cómo?

—Triste, encerrado en ti mismo, como si yo no estuviera o ya no te despertase todos los sentimientos que me contagiaste el otro día.

Jim la miró en silencio unos segundos. ¿Los sentimientos que me contagiaste? Hablaba del enamoramiento como si fuera un resfriado: ella estaba sana y Jim se le había acercado y le había traspasado el virus.

—Pero… tú, Rita… ¿Tú nunca habías pensado en mí de esta manera?

—¿Qué quieres decir? ¿Y ahora a qué viene eso?

—Quiero decir… Si no habías sentido nada especial antes de aquel día, tal vez lo que pasa es que mi confesión te ha confundido. Podría ser que…

La piel del escote de Rita se tiñó de rojo y el calor le subió por el cuello hasta las mejillas. Agarró la chaqueta con brusquedad y se puso en pie.

—Mira, tío, ahora parece que te molesta que me haya enamorado de ti. Que te compre quien te entienda.

Iba a salir, pero él la frenó agarrándola del brazo.

—No te vayas. Hablemos. Solo intento no destrozarlo todo.

Su tono era tan bajo que por un momento Rita se pensó que

estaba llorando. Volvió a sentarse en el taburete.

—Y entonces, ¿qué es lo que propones? ¿Que hagamos como si no hubiera pasado nada? ¿Que nunca volvamos a hablar de esto? ¿Qué cenemos otra vez todos juntos en el patio como si no hubiera sucedido nada?

Jim sabía que Rita tenía razón. Si querían ahogar aquel amor recién nacido, no podían seguir como antes. No podían ser vecinos y amigos, y verse cada día. Sería un sufrimiento que, además, acabaría mal. Volvió a bajar la cabeza y fijó la mirada en sus bambas: la derecha desatada, la izquierda pisando la baldosa roja del suelo del bar. Oyó su voz como si él estuviera en una nave espacial y ella le hablase desde la NASA:

—Mírame.

Levantó la cabeza y la vio allí frente a él, tan cerca, tan a su alcance. Los ojos un poco llorosos, pero la barbilla alta, decidida y vulnerable a la vez. Ella esperaba en silencio, enredando y desenredando un mechón de pelo entre los dedos.

Transcurrieron solo unos segundos, pero podría decirse que aquel paréntesis fue un desfiladero entre dos paredes altísimas. A un lado estaba Marta, su vida hasta el momento, y al otro, Rita y la incertidumbre. Vivió abismado aquellos segundos, sintiendo el terremoto bien adentro, pero cuando el temblor se detuvo notó como una nueva determinación lo poseía. En silencio, pidió al camarero que le cobrara las bebidas. Cogió a Rita por los hombros y salieron del bar.

Caminaron sin decirse nada un buen rato, hasta el cruce con la gran avenida. Jim miró a ambos lados, achinó los ojos para ver mejor y giró a la izquierda hasta la entrada del hotel. Rita tuvo que acelerar el paso para seguirlo, porque cada zancada de Jim era dos de las suyas. Entró tras él y lo dejó hacer.

En la habitación siguieron en silencio mientras se desnudaban despacio mutuamente. Una vez desnudos, se miraron reflejados en el espejo: él, alto y delgado, la piel pecosa; ella, con la piel morena y la cabellera oscura sobre el pecho. Estuvieron así un tiempo, de pie, cogidos de la mano, como un ejercicio de sinceridad y de vaciado.

Somos nosotros y estamos aquí. Se amaron sin prisas y con muchas ganas. Dejaron que sus cuerpos hablaran. Y solo al final, cuando yacían el uno junto a la otra, agotados y extasiados, Rita dijo:

—Esto no vamos a poder detenerlo, Jim.

Aquel día, Jim notó casi físicamente cómo los cimientos que lo sostenían se agrietaban bajo su comportamiento. Cómo el hombre que había llegado a ser —a trancas y barrancas, pero desde la más estricta libertad— lo miraba a los ojos y le preguntaba con un gesto qué cojones estaba haciendo. Pero también fue el mismo día en que notó cómo la vida aceleraba su ritmo, como la sangre circulaba más deprisa, cómo cada célula de su cuerpo celebraba el amor.

Fue aquel día de mayo, el mismo en que él yacía tumbado en la cama de una habitación de hotel y había preguntado, con inocencia, por jugar un poco: ¿quién te espera? El día en que se vistieron en silencio, sin mirarse, y salieron de la habitación como dos delincuentes avergonzados. El día en que, en el ascensor, Rita había agarrado a Jim del mentón para que levantara la mirada y le había dicho, a medio camino entre la súplica y lo imperativo:

—Tenemos que tomar una decisión.

La decisión fue la única posible. Se les impuso como caída del cielo ante sus ojos, rotunda e inevitable. La solución era decir la verdad.

No había ningún otro camino ni tampoco marcha atrás, pese a que era una opción tentadora, sobre todo si pensaban en sus hijos. Porque, aunque callasen, aunque fingieran que todo aquello no había pasado, no podían volver a la vida previa de cenas en el patio y vacaciones en familia. Esta posibilidad —ambos coincidían en ello— los haría sentir todavía más perversos. La verdad, por dolorosa que fuera, les permitía conservar un poco de dignidad. Así que, sintiéndose obligados, como si estuvieran encerrados en un túnel con un incendio a su espalda, decidieron tirar hacia delante y buscar

una salida.

Acordaron el día y la hora: sería el siguiente viernes por la noche, antes de que nadie pudiera hacer planes en común para el fin de semana. Lo harían cada uno a su manera y no quisieron hablar de ello. No querían imaginarse la escena de los dos matrimonios, separados solo por una pared, viviendo una situación similar. Y, sin embargo, así es exactamente como sucedió.

En medio de las altas olas

Soy un hombre de costumbres. Me gustan los pequeños rituales, el confort que proporcionan algunas repeticiones. Por eso, una de las cosas que más me gustaba de que Rita no estuviera haciendo teatro era «la noche de la *pizza*», cada viernes: para mí era sagrada.

A María le encantaba reflexionar sobre qué ingredientes le pondríamos y cada vez preparaba unas combinaciones más arriesgadas. Cuando yo volvía a casa, las encontraba a las dos en la cocina, con los delantales puestos y las manos llenas de harina. Aquella escena me ponía alegre.

Cuando Rita hacía teatro me sabía muy mal tener que renunciar a la noche de la *pizza*. «Podéis hacerla vosotros dos», decía ella. Y así sucedía. Pero no era lo mismo.

En general, me hubiera gustado que Rita ejerciera más de madre. Los horarios no lo facilitaban: o bien tenía que levantarse de madrugada para grabar o volvía cuando la niña ya dormía, si estaba haciendo teatro. Aun así, podía haberse esforzado un poco más. Cuando hablábamos del tema, ella siempre acababa echando las culpas a su madre. Decía que todo el mundo imita el modelo que ve en casa y que Lola no había sido nunca «*criaturera*», que jamás las había ayudado con los deberes ni tampoco se ponía a jugar con ellas. En general, a Rita, su madre solía servirle de excusa para todo.

Aquella noche llegué un poco tarde, así que ya las encontré sentadas en el sofá, comiendo la *pizza* de berenjena, *mozzarella* y fuet. María tenía prisa para que la probara (papá, ven, siéntate, coge un trozo, verás qué buenísima está) y Rita me miraba de una manera extraña. Pensé que debían haberla rechazado para el nuevo montaje

del Nacional y que estaba cabreada; creí que me mortificaría con una escena dramática antes de dormir. Vivir con Antígona, Blanche Dubois o *Lady* Macbeth, según el día, podía llegar a ser muy pesado. Recuerdo que me sorprendió ver que había abierto una botella de vino y que ya se había bebido la mitad.

Me cambié de ropa y me senté en el sofá con ellas. Después de un buen hartón *de pizza*, convencí a María de que, en lugar de ver una peli como quería, nos fuéramos a la cama y hojeásemos un cuento. Leímos su preferido, *El manzano Miranda*, que iba sobre un árbol que hablaba y que deseaba que sus manzanas fueran azucaradas como las que se venden en las ferias.

Me lo sabía de memoria porque María quería leerlo cada noche desde hacía semanas. Digna hija de su padre, también se aferraba a sus costumbres. Le dije que aquella vez era la última, que después dejaríamos reposar el cuento del manzano y leeríamos otro. Escogió *La mar salada y el marinero*, y ya lo pusimos sobre la mesita de noche para el día siguiente.

Cuando finalmente cayó rendida, volví al comedor, que ya estaba a oscuras. Me extrañó que Rita se hubiera acostado tan pronto. Pero cuando ya había dado media vuelta y me encontraba en la mitad del pasillo, oí que me llamaba desde el comedor. Era su voz, pero debilitada.

Retrocedí y entonces distinguí su perfil en la penumbra. Estaba sentada en el sofá, con la copa de vino en la mano. La claridad que entraba desde el patio —una mezcla de farola y de luna— me dejaba ver su cabellera abundante y ondulada cayendo sobre su pecho derecho. Noté cómo me crecía un deseo repentino porque pensaba, pobre de mí, que aquella espera en silencio y oscuridad era toda una proposición.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

Mientras lo decía, encendí una lámpara de pie y entonces descubrí sus ojos hinchados y rojos. Me senté a su lado y se me escapó un resoplido. Hacía semanas, tal vez meses, que el victimismo de Rita me estaba agotando la paciencia. No me cuesta reconocerlo: no estaba actuando como un marido empático y

comprensivo. No la estaba consolando. Ella debía sentirse sola y yo estaba saturado de su demanda de atención, que me veía incapaz de saciar. Entre nosotros las cosas no iban bien y acepto la parte de culpa que me corresponde. Todo ello, sin embargo, no hace menos penoso el golpe que recibí, sobre todo porque no me lo esperaba.

Rita habló con la voz entrecortada, sollozando y secándose las lágrimas y los mocos. Me costaba entenderla, pero retuve la parte central de la información: se había enamorado de Jim y Jim de ella.

Recuerdo que, sentado allí, pensaba en el cuento de *La mar salada y el marinero* y en la ilustración de la cubierta, y yo era aquel marinerito con cara de espantado que se agarraba al palo mayor del barco en medio de unas olas altas y llenas de espuma.

¿Cómo podría describirlo? Todas las metáforas están ya hechas. Una roca cayendo del cielo, una navaja que desgarra la carne, un terremoto, un chubasco que se lleva todo por delante, un puñetazo monumental, una dentellada de lobo, un escupitajo lanzado con menosprecio.

En aquel mismo instante, cuando pensé en el escupitajo, fui consciente de que me sentía más traicionado por Jim que por Rita. Pensé que, en realidad, me lo esperaba de mi mujer. El pensamiento fue cogiendo forma y quise decirlo en voz alta para hacerle daño:

—De ti me lo esperaba. Al final, de tal palo tal astilla.

Hacer daño: ¿no es verdad que te has pasado la vida atribuyendo todos tus defectos a la herencia materna? Pues se confirma que en realidad tenías razón. Eres igual que tu madre.

Al fin y al cabo, era verdad, ¿no? Su madre se había liado con el vecino. Y ella también.

La dejé —como preveía— aturdida. Acurrucada en un extremo del sofá, cada vez más enroscada sobre sí misma, ahora con los ojos cerrados y las lágrimas bañándole la cara.

Hacerle daño fue una especie de descarga y justo después noté una flojera enorme, como si mantener los ojos abiertos y respirar me costara un esfuerzo descomunal. En mi interior se iban formulando

toda clase de pensamientos, la mayoría de ellos interrogantes: así que ¿la cosa iba así? ¿Me he enamorado de otro y ahora me gusta más que tú? Te he amado durante muchos años, ayer mismo te quería, pero ¿hoy ya no? Y si ese amor que sentías por mí ahora ya se ha deshecho, ¿quieres decir que era amor de verdad?

Yo me ahogaba, diría que casi literalmente. Me costaba respirar. Me levanté para intentar coger aire y me acerqué a la balconada. Apoyé la frente contra el cristal —me acuerdo de su frialdad como si ahora mismo estuviera volviéndolo a hacer— y respiré hondo dos o tres veces. No la veía, solo la oía sollozar.

Diría que en ese mismo momento empecé a echarla de menos. Más que a mi mujer, añoraba lo que ella y yo éramos cuando estábamos enamorados. Tal vez echaba también de menos a ese Guillem de cuando era su marido. Ya me sentía un hombre nuevo y enseguida supe que no me gustaba y que me costaría mucho adaptarme a aquella nueva piel.

Era como si el dolor lo hubiera invadido todo, se movía como una sustancia viscosa por nuestro comedor mediante pequeñas olas y —en aquel momento yo aún no lo sabía— se filtraba atravesando la pared hacia el piso de al lado.

A mí, que soy tan llorona, aquella noche no me cayó ni una sola lágrima. Supongo que me hallaba en estado de *shock*. Tuve que ir a vomitar un par de veces, eso sí. Corrí hacia el lavabo y, mientras echaba la cena, solo pensaba que me daba cosa que Jim oyese el ruido desde la habitación. O sea: mi hombre me acababa de decir que se había enamorado de otra mujer, y no de una cualquiera, sino de nuestra amiga, de mi amiga, y que me dejaba, y yo sufriendo por si me oía vomitar. Esa soy yo.

Salí del baño y, sin decirle nada —estaba sentado al pie de la cama, blanco como el papel—, fui hacia la cocina. Me preparé una manzanilla, con toda la parsimonia del mundo, y volví a la habitación con la taza hirviendo sobre un platito para no quemarme. Jim estaba allí, exactamente en la misma posición, como una

estatua.

Me senté en la butaquita donde dejamos la ropa, enfrente de él, y empecé a soplar la infusión para enfriarla. Él me miraba espantado. No comprendía mi reacción. Claro que no. Yo tampoco. Me había anunciado un cataclismo, la destrucción de mi vida, y yo permanecía impertérrita, sin perder la calma. No es que no me lo creyese. De hecho, empezaba a atar cabos. Simplemente tenía la sensación de que aquello le estaba pasando a algún otro, que se producía una extraña disociación, yo era la protagonista, pero, en cambio, lo miraba desde fuera.

Yo estaba preparada —si es que puede considerarse así, si es que alguna vez alguien se prepara para unas circunstancias terribles y si eso sirve para algo— para tener una enfermedad grave, para pasar problemas económicos, para la muerte de mis padres, para los problemas que pudieran darnos nuestros hijos. Pero nunca, jamás de los jamases, habría imaginado que Jim me dejaría. Me lo había dicho muchos años antes: «Es imposible que yo me canse de ti. Si alguna vez cambio de pareja, será porque me he enamorado de otra persona». ¿Cómo vas a imaginarte que un día llueva hacia arriba, que el agua de los charcos y de los estanques se eleve por los aires hacia las nubes?

Nunca había visto a Jim tan serio, tan pálido, tan profundamente triste. Y solo me venían ganas de abrazarlo y de consolarlo, hay que ser tonta. También pensaba en Joana y Biel, en cómo les daríamos esta noticia. Y en mis padres. Y en Cindy. Todo eran estratagemas para no pensar en mí.

No pregunté nada. No quise saber cómo había pasado, cuándo, por qué. Esta actitud me sorprendió mucho. ¿Era un síntoma de cobardía? Durante los días posteriores me di cuenta de que, aquella primera noche, en mi interior se había activado un mecanismo para que mantuviera la calma.

Con las horas y los días, el mecanismo fue cediendo y finalmente me dejé llevar por el dolor. Pero la explosión tenía efecto retardado y había perdido fuerza. En los primeros momentos, una energía desconocida me contuvo y me mantuvo en pie. Si fuera

creyente, hablaría de un ángel de la guarda, que tal vez me atrevería a llamar Adela. Pero no creo en nada (y ahora puedo decirlo con total rotundidad, porque antes creía en el amor y ahora ni eso), y pienso que aquella noche la naturaleza se mostró sabia y yo me tomé la manzanilla y me acosté sin pensar en nada, sin que me importara si Jim se quedaba en la habitación o se iba, y me dormí como un tronco hasta la madrugada.

Negra noche al raso

En los días siguientes al descalabro, Guillem y Marta evolucionaron cada uno a su propia manera. Guillem tendió hacia la rabia, Marta hacia el desconsuelo.

Rita y Jim se fueron de casa el día después del doble anuncio, como si los persiguiera el diablo. Ella se instaló en casa de su hermana Sofía y él dormía en la academia de danza, en un jergón. Lo que vino después fue una especie de vía crucis con diversas estaciones: hablar con sus hijos, decírselo a sus padres, tomar decisiones administrativas, vaciar los armarios, buscar piso. Los días se hacían eternos, pero —en cambio— no había tiempo para dejarse arrastrar por la tristeza.

Aprendieron a convivir con la angustia y la incorporaron a su respiración: los cuatro, al salir de casa o al entrar en el portal, se paraban unos segundos y aguzaban el oído. Si notaban el menor ruido que pudiese llevarlos a pensar que se encontrarían a alguien (y alguien quería decir uno de los cuatro), esperaban a entrar o a salir. Como unos delincuentes —pensaban Jim y Rita—, como si estuvieran infectados —pensaban Marta y Guillem.

El primer encuentro tuvo lugar al cabo de una semana. Guillem y Marta se tropezaron en una granja que había cerca, donde ella desayunaba cada mañana antes de acudir a la academia. En cambio, Guillem entraba en ella por primera vez. Había salido a la carrera de casa para llevar a María a la escuela y, después de dejar a la niña, necesitaba tomar un café. Le habría gustado poder bautizarlo con anís, coñac o cualquier otra cosa que le levantara el ánimo: ver a su hija triste y desconcertada lo desmontaba.

Pidió un café con leche y un bocadillito de queso. Al darse la vuelta para buscar una mesa, la vio, sentada sola con el desayuno sobre la mesa y mirando el móvil. La melena, recta y lisa, le caía como una cortina sobre el costado derecho del rostro. Parecía que no lo había visto.

Pero sí que lo había visto, claro que sí, justo al entrar. Por eso, había hundido la cabeza y había fijado la mirada en el móvil. De repente, la idea de cruzar la mirada con Guillem le parecía insoportable y no conseguía entender el porqué.

Guillem se plantó ante ella, con la bandeja en las manos, y le dijo hola muy flojito, como si no quisiera molestarla. Ella levantó la cabeza y fingió sorpresa.

—Ah, hola, Guillem, ¿quieres sentarte?

La respuesta llegó unos segundos después, como si hubiera un retraso en el sonido.

—Pues… como quieras. ¿Te apetece…? ¿O prefieres estar sola?

Otro microsilencio y Marta:

—La verdad es que ya me iba. Mira, te dejo la mesa libre, quédate aquí.

Ella se puso en pie, él se sentó y dejó la bandeja en la mesa, Marta puso la suya en el carrito. Se movían en silencio, perfectamente sincronizados, como si hubieran estado ensayando una coreografía. Al final, mientras ella se ponía la chaqueta, Guillem preguntó:

—¿Cómo estás?

Y Marta, ensayando una sonrisa por primera vez, respondió:

—Si hay alguien que pueda imaginárselo eres tú.

Podría ser un buen mutis final para un drama, pero esta frase era, justamente, la única que no era teatro.

Tuvieron que pasar cerca de ocho meses para que volvieran a dirigirse la palabra. Para Guillem, fueron el camino más empinado y accidentado que nunca había recorrido. Para Marta, negra noche al raso.

Uno iba trepando, agarrándose a las ramas bajas, exponiendo la piel a los arañazos de los zarzales o resbalando de culo por el

pedregal, mientras que la otra avanzaba poco a poco, con las manos delante del cuerpo para intentar evitar los golpes. El trayecto de Guillem requería mucha energía y pasaba las semanas pendiente del trabajo y de su hija, esforzándose por repartirse entre estas dos columnas que, por ahora, sustentaban su vida. Mientras tanto, Marta iba debilitándose. Cada vez más delgada, más apática, más deprimida. Tenía la impresión de que nunca más podría volver a su querido Empordà porque, solo de imaginarlo, el dolor la dejaba sin aliento. Y el piso del Eixample donde aún vivía solo era el decorado de aquella noche terrorífica; el patio que había albergado la felicidad se había ido llenando de suciedad y hojas secas. Las plantas se habían marchitado y la mesa se había ido impregnando del polvo con hollín que acababa cubriendo las cosas y los árboles de la ciudad.

Era una membrana que iba depositándose encima de todo, hecha de una lluvia pequeña pero persistente de reproches no pronunciados, de rencores no reconocidos, de celos, de victimismo. La hacía sentir permanentemente sucia.

La espiral obsesiva la mantenía desvelada horas y horas, cuando los niños ya dormían. Miraba hacia atrás, a las semanas previas a aquel viernes y siempre acababa tropezando con una situación, un gesto, una frase, que podía suscitar el remolino de pensamientos negativos. Cogía aquella pieza como haría un científico y se entregaba en cuerpo y alma a diseccionarla. Las imágenes se proyectaban en el interior de su cerebro, las rebobinaba y volvía a ellas, ensañándose en el dolor.

Pongamos, por ejemplo, el día que fueron al teatro, al estreno de *La gaviota*. Al salir, esperaron a Rita en el bar de al lado tomando unas bravas. Los hombres estaban sentados de cara a la puerta, ella de espaldas. Hablaban de la gente que tosía todo el rato, de cómo debían desconcentrar aquellos ruidos a los que estaban encima del escenario. Y, de repente, se dio cuenta de que Rita había entrado. Y lo supo por Jim, no por Guillem. Es verdad que Guillem sonrió, pero mientras tanto pinchó una patata, se la llevó a la boca y la masticó intentando no quemarse las paredes internas de las mejillas. En cambio, Jim lo detuvo todo: dejó el vaso de cerveza sobre la mesa

y se concentró en la entrada de Rita. Achinó un poco los ojos como si lo hubiesen deslumbrado. Marta se dio la vuelta y vio entrar a su amiga. Parecía muy feliz.

Rita se sentó a su lado, enfrente de su hombre.

—¡Estoy hambrienta!

Pidieron otra ración de bravas y una caña bien fría. La felicitaron por el éxito del estreno, por su interpretación —«Es imposible no mirarte cuando estás en escena», dijo Jim—, por la elegancia con la que paseaba vestida de Nina sobre el escenario. Rita se había recogido los rizos oscuros en una cola de caballo, que le caía de lado como una crin. Comía y bebía como si alguien fuera a quitárselo. Daba las gracias por los cumplidos con sonrisas y carcajadas. Era imposible no mirarla: el espectáculo continuaba fuera del teatro.

Después de cenar, en casa, mientras se acostaban, Jim le dijo:

—Es impresionante, ¿verdad? Acabábamos de verla encima del escenario, con ese vestido largo y blanco y pronunciando los nombres rusos con tanta naturalidad… todo tan elegante, tan teatral, tan ruso… y de repente la tenemos sentada con nosotros en un bar de mala muerte, con unos vaqueros descoloridos y una camiseta, tomando bravas y bebiendo cerveza. ¿No te parece extraordinario?

Y, como eso, todo lo demás. Repasaba de forma enfermiza las últimas semanas para hallar en ellas las señales que deberían haberla puesto en guardia.

Pero la única y cruel realidad era que no se había dado cuenta de nada. De hecho, recordaba que Rita le había comentado que le parecía que Jim actuaba de manera extraña y que ella había despachado el tema sin darle la menor importancia. Probablemente le había sugerido que hablara con él. Le parecía tan patético que, si pensaba mucho rato en ello, le entraba migraña.

Después hubo aquel día en que Jim le dijo como de pasada que había ido a correr con ella. Lo hacían a menudo, eso de quedar para ir a correr juntos: Jim y Rita, Jim y Guillem, o los tres. La única que no iba nunca era Marta. No le gustaba nada correr y, además, ya tenía el *ballet*.

Repasó a fondo aquella tarde —estaba casi segura de que era viernes, creía que a finales de abril— y cada vez que volvía a ella descubría un detalle nuevo, insignificante a primera vista, que su imaginación podía agrandar y limar, hasta formar un argumento puntiagudo que acababa hiriéndola.

Por ejemplo, que Jim, al llegar a casa, no entró en la cocina, donde ella estaba pelando guisantes con la ayuda de los niños, sino que se paró en el pasillo y desde el umbral dijo que se metía en la ducha. Siempre se duchaba solo al llegar a casa, pero, si analizaba bien la secuencia, detectaba una prisa exagerada. O tal vez no.

Acabaron con los guisantes, los echaron a hervir con patatas y los niños se apresuraron a volver al sofá, una con la *tablet* y el otro con un cuento. Ella se quedó en la cocina, trajinando. Recordaba que iba sin prisas, vaciaba el lavavajillas, pero iba deteniéndose cada dos por tres porque en la tele estaban hablando de una compañía de danza.

Cuando quiso preparar la bañera para los niños, la puerta del lavabo estaba cerrada. Le extrañó que Jim siguiera dentro y aún más que hubiera cerrado con pestillo. Pegó la oreja a la puerta y, por encima del ruido y el agua, lo oyó cantar «*These boots are made for walking*», la canción preferida de su madre.

¿Tenían alguna importancia estos detalles? Seguramente no, pero tal vez sí. ¿Cantaba Jim impulsado por la euforia del enamoramiento? Aquel día, corriendo por la playa de Bogatell, ¿se había dado cuenta de que el deslumbramiento del día del estreno de *La gaviota* iba más allá de la admiración? ¿Supo que se había enamorado?

Se lo imaginaba como una fiebre repentina, un vendaval que arrastraba a Jim en contra de su voluntad, un delirio.

Pero después entraba en razón y se percataba de que esta clase de amores solo pasaban en las películas, y que en la vida real el amor se construye y crece con gestos y miradas, un día tras otro. Así que no era tan fácil ni lógico absolver a Jim —ni a Rita— como si ambos se hubieran visto desposeídos de voluntad, abducidos. No. Ellos —su hombre y su amiga— habían permitido que aquello sucediese. El

uno y la otra habían colaborado con ello, no se habían detenido cuando aún podían hacerlo. Él no había esquivado la mirada de ella, que se alargaba más de lo habitual. Ella había respondido un mensaje de WhatsApp demasiado equívoco con un emoticono sonriente. Ambos habían concertado una cita, habían mentido en casa, se habían escondido en algún rincón de la ciudad sabiendo que, en aquel mismo momento, ella, Marta, dirigía una clase de *ballet* —*plié, demi-plié*— o compraba fresas en el mercado o grababa una nota de voz para el móvil de su hombre pidiéndole que comprara detergente para el lavavajillas y que tal vez acababa con alguna insinuación sexual.

Había decenas de situaciones, conversaciones y gestos que estudiar, que escudriñar con mirada de entomólogo. Cuanto más pensaba en ello más se daba cuenta de hasta qué punto su vida se había ido trenzando con la pareja de amigos. Hacían planes contando con ellos, hablaban de un futuro del que Rita y Guillem formaban parte. La intimidad había ido creciendo hasta mezclarse con la propia de la pareja. En cierto sentido, en lugar de ser dos, habían pasado a ser cuatro. Se necesitaban, de la misma manera que el invierno y el verano necesitan el otoño y la primavera.

Pensaba, en perspectiva, que tal vez Jim y ella —ambos hijos únicos— se habían implicado demasiado en esta amistad a cuatro. Que tal vez, si no se hubieran entregado con tanta intensidad, las cosas habrían ido de otra manera.

Al dolor por el abandono y por la pérdida de los amigos, se añadió otro el primer día que se quedó en casa sola, sin los niños. Era sábado por la mañana y el fin de semana se le presentó como una llanura desértica que sería muy difícil de atravesar. Y así fue. Fue difícil el fin de semana e insoportable la semana que empezó después: la vuelta a casa por la tarde, las mañanas silenciosas, cocinar para ella sola, y aquel orden que reinaba en toda la casa y que la enervaba hasta hacer que rompiera a llorar.

Mientras Marta se esforzaba por adaptarse a aquella nueva

realidad, con una media de dos o tres recaídas semanales, Guillem había hecho limpieza mental. O eso pensaba.

Encontró un piso en el barrio de Sants, cerca de donde vivían su hermano y su cuñada. Cambió a María de colegio (ahora que Rita tampoco vivía en el Eixample no tenía ningún sentido que la niña continuara escolarizada allí, los dos habían estado de acuerdo) y en unas semanas ya se había hecho una nueva vida: había escogido charcutería y pescadería, barbero, panadería y la mejor cervecería. Había avanzado sin mirar atrás, haciendo desaparecer los recuerdos, tanto los buenos como los malos, centrado en el trabajo y, en el terreno sentimental, únicamente en construir una relación perfecta entre él y su hija, aislados de todo, sin necesidad de nadie. Había borrado a su exmujer, con quien mantenía una mínima relación, y siempre por cuestiones estrictamente relacionadas con su hija. También había eliminado —qué placer imaginar que pasaba un trapo por encima de la mesa y limpiaba una mancha, o que soplaba y el polvo desaparecía, o que con un cuchillo bien afilado quitaba la grasa de un corte de carne— a Jim, su buen amigo: desde entonces siempre se había referido así a él tanto en palabra como en pensamiento (ah, el sarcasmo, ¡qué hermoso consuelo!).

También había decidido expulsar de su vida —finalmente— a su hermano Félix. Supuso una gran liberación, tanto que aceptó como daño colateral el deterioro de la relación con su madre.

Durante los últimos meses, la visita a la casa familiar le había llegado a provocar un estado de angustia insoportable. Félix había ido acentuando su maldad y se comportaba como un auténtico déspota con una mujer que, con la edad, cada vez se mostraba más dócil y vulnerable. En un momento dado, Guillem intentó convencer a su hermano mayor para intervenir de una forma radical: denunciémoslo por maltrato, decía. Pero sabía que Xavi tenía razón y que su madre lo desmentiría todo.

Xavi y su mujer eran, aparte de los contactos derivados del trabajo, las únicas personas con quienes Guillem mantenía alguna relación. Cenaban juntos prácticamente cada viernes y, si algún día la cuñada se aventuraba a invitar a alguien más, Guillem dejaba muy

claro que la iniciativa no había sido bien recibida. Su hermano empezó a meterse con él: «Te falta ya poquito para ser un auténtico misántropo». Guillem lo admitía: «¿Y qué quieres? Si mi mujer y mi mejor amigo me han traicionado, ¿qué puedo esperar del resto de la gente?».

Estaba convencido de que no echaba de menos a Rita, sino su vida de antes. A veces, se dejaba arrastrar por la nostalgia y recordaba las calles de Lisboa, el sabor de la caldereta menorquina, el verde de los parques de Edimburgo. Hacía planes para volver a viajar, se imaginaba eligiendo el destino, volando, instalado en la habitación del hotel. Y acababa reconociendo, vencido, que nada de todo aquello lo seducía si Rita no estaba con él.

Cuando ya había pasado más de un año, empezó a pensar que tal vez sí que echaba de menos salir, estar con gente, reír.

Tenía que admitir que la vida social siempre había sido cosa de Rita. Él, más bien, se dejaba llevar. Pero no, si lo pensaba mejor, no tenía que admitir nada. Él se dejaba hacer porque Rita siempre había llevado la iniciativa en este terreno y era una persona más abierta (hecho que provocaba el ambiente del teatro, y que él detestaba, con toda aquella gesticulación y los aspavientos cada vez que se veían) y quizá —eso lo pensaba ahora— también era una persona con más carencias afectivas que él.

Fue por aquella época cuando su hija le lanzó un día una pregunta que, más que una pregunta, fue como si metiera el dedo en la llaga. Era un sábado por la tarde y salían del cine. Guillem, con un tono de padre enrollado, pasó el brazo por los hombros de la niña:

—Y ahora, María, ya me dirás qué quieres hacer. Estoy a tu disposición. ¿Vamos a comer *sushi*? ¿O prefieres ir a casa y preparar una *pizza*?

Su hija levantó la vista e ladeó un poco la cabeza para mirarlo. El brazo de su padre le presionaba la nuca y la obligaba a hacer un gesto algo extraño. Guillem lo advirtió y la soltó. La niña se había detenido y él hizo lo mismo. Y allí, con ambos plantados en mitad de la calle, María preguntó (disparó, más bien):

—¿Cómo es que ya no vemos nunca a los Dorca? Me gustaría ver a Joana y a Biel. Los echo de menos.

Jim y Rita habían decidido, en el momento de la separación, que la semana que les correspondía tener a sus hijos no estarían juntos. Jim con los suyos y Rita con María y, más adelante, cuando los chavales hubieran superado el impacto de la separación de sus padres, ya darían el siguiente paso. Querían explicárselo todo a los niños con calma, pero Guillem, a propósito de la pregunta de María, les adelantaría por la derecha. Y qué, pensó. ¡Y qué!

Finalmente, fueron a un japonés. A la niña le volvía loca el *sushi* y Guillem empezó a hablar mientras ella estaba pendiente del *sashimi*, de los palillos y de la salsa de soja.

Le preguntó si recordaba por qué su madre y él se habían separado.

—Dijisteis que ya no estabais enamorados.

¿Quién era él para contarle a la niña que su madre se había enamorado de Jim? Pero, por otro lado, ¿por qué tenía que esconder la verdad? María, con sus siete años recién cumplidos, ¿podía digerir aquella información? ¿Podía comprender el sentido de la traición? ¿Sabía qué era la infidelidad? ¿Estaba dispuesto a asumir que aquello que iba a decir podía afectar para siempre a la relación de la niña con su madre?

María usaba los palillos con habilidad y mojó un *nigiri* de salmón en la oscura salsa. A Guillem se le escapó la risa cuando la niña puso los ojos en blanco al metérselo en la boca.

Se quedó en silencio pensando que tenía una niña afectuosa, divertida, muy lista. La miraba y se preguntaba cómo había tenido tanta suerte. ¿De dónde había salido aquella criatura, que mejoraba en todo a sus padres?

Quería contarle la verdad, pero de manera que a María le quedara claro que su madre no había hecho nada malo. Mientras reflexionaba sobre todo aquello, pensaba en su exmujer como en una especie de desdoblamiento. Esa Rita con quien había formado una familia, la que conseguía convertir una tarde de domingo en una fiesta (venga, María, ponte mi vestido y los zapatos de tacón, tú

serás la marquesa de la Carafina y a papá le pondremos este jersey raído y los guantes del abuelo, y será un pobre que pide caridad, yo seré la hija de la marquesa y me enamoraré de él). Pero también había otra Rita, la mujer que le mentía y que prefería el sexo clandestino que las funciones de teatro improvisado con su hija y su marido.

¿Cómo podía hablar de ella si las dos Ritas se peleaban en su interior para imponerse? Pero los ojos de María, cada vez más abiertos, le exigían una explicación.

—Mamá y yo nos quisimos mucho, por eso nos casamos y decidimos tenerte. Pero, con los años, vimos que ya no estábamos tan enamorados y que era mejor que cada uno hiciera su vida. Siempre nos querremos, claro, porque siempre seremos tus padres y eso no cambiará nunca…

María acabó de tragar y bebió con parsimonia un largo trago de agua. Y entonces, con la misma parsimonia, dijo:

—Papá, todo eso ya lo sé, me lo has dicho un montón de veces…

Ese «Vayamos al grano» le hizo sonreír, pero pisó el acelerador.

—Entendido. Pues resulta que tu madre se enamoró de otro hombre y dio la casualidad de que ese hombre es Jim.

Mientras la expresión «Dio la casualidad» le revolvía el estómago, vio como María abría unos ojos como platos y, después de unos instantes que se le hicieron eternos, acababa sonriéndole:

—Ah, ¿sí? ¡Ostras! Me gusta.

—¿Te gusta…?

—¡Sí! ¡Me gusta Jim! Y me gusta que mamá lo haya escogido, me parece que… Un momento.

Aquello era como ir pisando un campo de minas.

—Dime.

—¿Y Marta?

Lo vio claro: se estaba metiendo en un callejón sin salida. Pero, aun así, dijo:

—Marta y Jim también se han separado.

La pregunta que podía haber llegado y que temía era: ¿antes o

después de que mamá y Jim se enamorasen? Pero, al fin y al cabo, María —por lista que fuese— solo tenía siete años.

—¡Ah! —Respiró aliviada—. Entonces sí. Pero ¿por qué no puedo ver a Joana y a Biel? ¡Me gustaría verlos!

La última frase tenía un tono imperativo. Y Guillem vio el cielo abierto de repente.

—De acuerdo, no hay problema. La semana que te toca estar con tu madre se lo pides a ella, seguro que sabrá cómo organizarlo.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda, satisfecho. Pidió una segunda copa de vino. Se le escapaba la risa con disimulo. ¡Qué venganza tan dulce! ¡Venga, Rita, a ver cómo te lo montas!

María —y por lo que sabía, Joana y Biel también— encajó con mucha naturalidad la nueva situación. La semana que le correspondía estar con su madre, también estaban Jim y sus hijos.

—Me encanta: es como tener hermanos. Y la semana que estoy sola contigo también me gusta. ¡Estamos tan bien tú y yo solos!

Era una niña feliz y eso era lo único que contaba.

Noche de julio, 2:35 h

—Parece que todo el mundo se alegra de volver a vernos juntos…

Marta se apresuró a replicar el comentario de Guillem, que podría ser sarcástico por el tono de voz que había usado, pero no por la sonrisa afable de su rostro.

—Normal. Lo que pasó fue un descalabro para todo el mundo, no solo para nosotros dos.

—Cuatro.

La voz de Jim, un poco ronca, se oyó como si pronunciara esta única palabra encerrado en el interior de una campana de cristal.

—¿Cómo?

—Que has dicho que fue un descalabro para vosotros dos y yo creo que lo fue para los cuatro. —Hizo una pausa para dar un trago de *gin-tonic*. Y añadió—: ¿No, Rita?

Rita se encogió de hombros y puso una mueca cómica con la que quería dar a entender: «Diga lo que diga la liaré aún más».

Marta y Guillem la observaban, esperando su respuesta.

—Sí, claro, fue toda una sacudida. Pero me imagino que unos, es decir, vosotros, lo pasasteis peor que los otros, es decir, nosotros.

Mientras hablaba hacía gestos señalando primero a Marta y a Guillem, y después a Jim y a ella. Marta pensó que resultaba graciosa incluso sin proponérselo. Jim pensó: «Habla por ti, yo sí que lo pasé fatal». Guillem pensó que no tenía las mínimas ganas, pero lo que se dice ninguna, de hablar de aquello.

El amor no puede ser malo

El primer amor es —o suele ser— como una ola que no has visto venir. Te persigue por sorpresa, te llena de frescor y de energía, y en ocasiones puede arrastrarte, revolearte, y finalmente, tirarte al suelo, con los ojos y los cabellos llenos de arena.

Cuando Jim y Rita se enamoraron, la sensación fue muy extraña, como estar parado a la orilla del mar ya en la edad adulta y, de golpe y porrazo, sentir la necesidad de jugar con las olas como una criatura. Eran padres de familia, tenían compromisos y responsabilidades, pero ambos se lanzaron al agua y salieron con los bañadores mal puestos y la piel arañada. Pero ¡ah!… qué felicidad tan pura volver a sentir aquella alegría de cuando éramos pequeños y salíamos del mar y se nos escapaba la risa al ver cómo las olas habían jugado con nosotros y nos habían hecho ir hacia aquí y hacia allá y boca abajo, y nos habíamos dejado hacer como si fuéramos pelotas de plástico de colores.

Los primeros meses de vida de aquel nuevo amor fueron como una mañana de playa. Los arañazos de la piel todavía escocían y no había día en que uno o el otro hablara de Marta y de Guillem, del daño que les habían hecho, de cómo podían tumbarse y tomar el sol sabiendo que lo hacían sobre el dolor de ellos. Pero lo hacían igualmente: tumbados el uno junto al otro, miraban el cuerpo que tenían al lado y lo tocaban sin cansarse. Rita hacía reír a Jim con sus payasadas y Jim enternecía a Rita con su afecto limpio y sencillo. En aquellos días felices, sin embargo, Jim tuvo que afrontar un trago amargo: admitir que era capaz de hacer pasar su felicidad por encima de la de personas a las que quería.

—El amor no puede ser malo —le decía Rita.

Y él asentía con la cabeza, porque necesitaba creerla desesperadamente.

Aunque los días que estaban solos eran una pura maravilla, Jim prefería los días que tenían a los niños: todo se desdibujaba y la maravilla se convertía en una deliciosa cotidianidad que él había echado de menos desde el primer momento. Joana, Biel y María, que habían pasado unos meses sin verse, volvieron a la vieja intimidad sin problemas y él recuperó a su amiga Rita, siempre de buen humor y llena de afecto, esa Rita que su apasionado enamoramiento había dejado en segundo plano.

A veces, las personas se desdoblan o se multiplican. Porque hay muchos habitantes en el interior de cada uno de nosotros y, cuando amamos a alguien, tenemos que saber que estamos dispuestos a aceptar a todos sus yoes. Jim, que ya conocía a la Rita amiga, estaba descubriendo a la Rita amante, la Rita actriz, la Rita hija y hermana, la Rita madre, la Rita enfadada o eufórica o deprimida o ceñuda o divertida. El descubrimiento era una experiencia excitante la mayor parte del tiempo, decepcionante en ocasiones.

Su nueva vida era estimulante; se sentía vivo y contento la mayor parte de los días, pero también empezaba a detectar los relámpagos que desgarraban el cielo de vez en cuando y amenazaban tormenta. Aquellas cosas que ahora solo eran irritantes pero que, con unos cuantos años de convivencia, se convertirían sin la menor duda en insoportables.

El peor día era el del intercambio. Domingo por la noche. Los niños, cansados. El trayecto en metro hasta el Eixample, largo y pesado. Y justo antes de llamar al interfono, aquella angustia que se le instalaba en el pecho, a la altura del esternón. La voz de Marta y su lacónico «¿Hola?». Los niños la saludaban y ella abría la puerta. Nunca una palabra para él. Nunca una oportunidad para nada. La voz de Marta. La voz de Marta.

Y cuando volvía a casa, Rita le contaba de mal humor su propio intercambio y el contacto hostil con Guillem, que completaba el retrato absurdo de aquellas tres realidades.

Harto de aquella rutina de ducha escocesa, le propuso a Rita realizar una maniobra de aproximación hacia Marta y Guillem.

—¿Te has vuelto loco?

Él insistió un par de veces.

—Me veo con ánimos para hacerlo. Asumo el riesgo de recibir un chasco…

—Has perdido la cabeza. No existe la menor posibilidad de que salga bien. ¡Ni una! Son ganas de buscar problemas.

—Los echo de menos.

—Ah, ¿sí? Yo no tanto. Estoy bien así.

Pero no era verdad. Rita también echaba de menos mucho, muchísimo, a Marta. Y le habría gustado recuperar el sonido armónico del cuarteto que formaban antes. Pero ese reconocimiento explícito de Jim la había enervado: ¿qué pasa?, ¿es que no tiene bastante conmigo? Eran dudas que nunca había sentido durante su matrimonio y no sabía si lo que había cambiado era que Jim no era igual que Guillem o que algo en su interior era diferente.

Pero mientras Rita se llenaba la cabeza de estas preocupaciones, pasó algo que borró cualquier duda o manía: se quedó embarazada.

No fue nada demasiado original: ¿cuántas parejas antes que ellos habían pensado o dicho, mientras hacían el amor, en el instante preciso del éxtasis amoroso, que querían tener un hijo? ¿Cuántos hombres y mujeres antes que ellos habían sentido que engendrar una vida era la culminación que exigía aquel amor exaltado?

Y así sucedió: Rita cabalgaba el cuerpo de Jim y murmuraba palabras tiernas, como quiero tenerte siempre dentro, que él respondía con una broma: mujer, tal vez nos llamarían la atención si fuéramos enganchados a todas partes… Y justamente entonces, en vez de reír como en otras ocasiones, Rita, más seria que nunca, con los ojos brillantes a punto de las lágrimas, dijo: quiero quedarme embarazada, quiero que tengamos un hijo. Y él dijo que sí y le agarró la nuca con ambas manos para acercarla y darle un beso larguísimo.

Después de aquel día, solo le vino la regia una vez. Al mes siguiente tuvo un retraso y se hizo la prueba de embarazo. Cuando

vieron las dos rayitas rosas, tanto el uno como la otra pensaron lo mismo: ¿cómo se lo tomarán Guillem y Marta?, pero ambos callaron y Jim dijo: ¿cómo se lo tomarán los niños?

La noticia fue recibida con una indiferencia gélida por parte de Guillem. Soltó un lacónico «Entendido» cuando Rita le envió un correo electrónico bastante largo y más bien afectuoso. Ya hacía tiempo que había desistido de mantener alguna conversación con él en persona o por teléfono. Guillem escatimaba las palabras hasta un punto que le hacía perder los estribos. Como la ocasión se lo merecía, Rita escogió la opción del correo electrónico y se explayó dando más información de la que Guillem necesitaba sobre las semanas de embarazo, su estado de salud y la potencia del latido del feto en la ecografía. «Entendido», respondió él.

Jim sí que pudo contárselo a Marta mirándola a los ojos. Lo consiguió diciéndole que tenía que comentarle algo «muy importante para los niños».

—Qué cara —dijo Rita, cuando se enteró—. ¿Y no se ha cabreado como una mona cuando le has dicho de qué se trataba?

—No. Enfadarse, no, porque de hecho es verdad que es importante hablar de cómo anunciamos a los niños que tendrán un hermano o una hermana.

Rita puso los ojos en blanco. Marta, siempre tan comprensiva y sensata. Marta y Jim, la pareja perfecta, capaces de entenderse incluso si es por el bien de los hijos en común.

—¿Qué refunfuñas?

—Nada, nada. Así que se lo ha tomado bien, ¿no?

—Mujer, yo no diría tanto. Tengo la impresión de que se ha quedado muy fastidiada. Tenía cara de pena.

Era en conversaciones como esta cuando Jim pensaba que el amor que Rita y él compartían, que había nacido con la fuerza de un tornado y se mantenía robusto a medida que iban pasando los meses, siempre estaría lastrado por el arrepentimiento, un amor vibrante, pero a la vez afligido, porque a él le afectaba la cara de pena de Marta y a Rita, por más que refunfuñara, también.

La hija de Jim y Rita nació una fría tarde de diciembre y,

después de no pocas discusiones, decidieron ponerle el nombre de Abril. Para llevar la contraria a la ola de frío polar, dijo Rita, con una luz nueva en sus ojos oscuros.

María, Joana y Biel recibieron a la niña con una alegría muy visible, emocionados de tener una hermana en común. Marta se limitó a enviar un breve mensaje de felicitación. Guillem, ni siquiera eso.

La pequeña fue desde el primer momento un gran aliciente para sus hermanos, deseosos de verla los fines de semana alternos que tocaba. Marta se quejaba amargamente de ellos cuando hablaba con su madre: «No puedo competir con la hermanita nueva, es un rival demasiado fuerte».

Abril era una niña preciosa, morena de piel y de pelo como su progenitora, pero con los ojos azulísimos de su padre. Cuando empezó a hablar hacía mucha gracia porque era muy expresiva y ceceante: decía «Freza» y «Zandía». También tenía un vocabulario propio, original y muy creativo. Una de sus respuestas más habituales, por ejemplo, era «No me impeleza», que según el caso quería decir no me importa, no me afecta o no me interesa.

Joana, Biel y María se peleaban para darle de comer y para leerle cuentos. Guillem también se lamentaba con su hermano: «Tengo la sensación de que ahora María también considera a Biel y a Joana como sus hermanos. Es como si ellos formasen una gran familia y yo molestase un poco».

Fue por aquella época, en la que ninguno de los dos pasaba por un buen momento, cuando Guillem y Marta se encontraron por casualidad en una librería del centro de Barcelona un sábado por la tarde. Habían pasado cerca de cuatro años sin saber nada el uno de la otra.

Guillem la vio enseguida, una Marta delgadísima que, inclinada sobre las pilas de libros, parecía una adolescente, con la espalda doblada con aquel aire de bailarina y el pelo cortado a la altura de la barbilla, dejando la nuca a la vista. Se acercó a ella con una sonrisa y le tocó con suavidad el codo para no espantarla.

—¡Marta!

Ella apartó la mirada del libro que sostenía y dio un pasito atrás, involuntario y casi imperceptible. Marta sonrió y él se aproximó un poco más para darle dos besos. Toda la escena fue absolutamente antinatural. Ambos estaban rígidos, sin saber cómo comportarse.

Se alegraban sinceramente de verse, eran conscientes de que tenían, con toda probabilidad, muchas cosas que decirse y compartir. Y, en cambio, sentían una ansiedad terrible. No sabían cómo debían relacionarse. Eran como dos párvulos que empiezan a escribir.

Preguntaron por los niños y por las familias, se interesaron por sus respectivos trabajos y pensaron que no tenían nada más que decirse.

—¿Quieres continuar mirando o…?

—No, no… Ya tengo lo que buscaba. ¿Vamos a la caja?

—Sí, yo también he venido de compras, ¡ya tengo lectura para días!

Guillem se llevó una traducción de Zweig y un ensayo sobre los movimientos de extrema derecha en Europa. Marta solo llevaba un libro, que abrazaba sobre el pecho. Lo dejó sobre el mostrador y Guillem le dio la vuelta para ver el título:

—¡Caray! ¡Ramón Llull!

—Sí… Ahora me ha dado por la poesía. Me parece que no leía ninguna desde el bachillerato, pero he descubierto que me relaja. Leo unos cuantos poemas o solo unos versos antes de dormir… A Llull no le había vuelto a echar un vistazo, ya te digo… desde el bachillerato.

Mientras tanto habían salido ya a la calle. Estaban parados el uno enfrente de la otra y Marta empezó a hacer el gesto de despedirse, pero, justo en ese mismo momento, Guillem sonrió socarrón:

—*Amic e amat*… ¿Es que te has vuelto mística?

Marta se rio mientras negaba con la cabeza. Cogió el libro y empezó a pasar páginas en busca de algún fragmento en concreto. Él la agarró por el codo.

—Ven, no hace falta que estemos aquí de pie… Entremos aquí

mismo y tomemos un café.

Se sentaron tras los cristales y Marta siguió hojeando el libro hasta que encontró lo que buscaba.

—No estoy mística… Al fin y al cabo, los versos de Llull hablan de amor; escucha: «El amor es mar atribulada de ondas y de vientos…».

Aquel sábado acabaron cenando en una vinatería del Born. Era un local pequeño y estaba lleno de gente. Hablaron sobre todo de libros. Acababan de descubrir que, los años posteriores a la separación, tanto la una como el otro se habían refugiado en la lectura.

—El primer fin de semana que pasé sin los niños me leí de una sentada *La mujer rota*, de Simone de Beauvoir. Había ido a cenar a casa de mis padres para no pasar sola la primera noche y, antes de irme, eché un vistazo a la estantería del comedor, a ver si encontraba algo interesante…

Guillem dio un largo trago mientras Marta se echaba a reír:

—¡*La mujer rota*! ¡Tú dirás si me llamó la atención!

—¿Y está bien la novela? No la he leído.

—Sí, me gustó muchísimo. Me pegué una buena llorera…

Solo al final de la noche, cuando estaban buscando un taxi para Marta, ella se atrevió a preguntarle cómo llevaba eso de que Jim y Rita hubiesen tenido una niña.

—¿Que cómo lo llevo? Pues, sinceramente, fatal. La niña, pobrecita, no tiene culpa alguna, pero todo el día oigo que Abril dice esto, que Abril ha aprendido a hacer aquello… Me cansa.

Decidieron ir a pie. Durante el camino a casa de Marta se confesaron lo incómodo que era que la felicidad de los demás los molestara y cómo detestaban sentirse víctimas.

No dijeron nada de verse otro día. Ambos, aquella noche, tuvieron sueños inquietantes y al día siguiente se despertaron con el cuerpo cansado, como si la incursión en el pasado los hubiera desgastado físicamente. De hecho, cuando días después Guillem

llamó para proponerle ir al teatro, la primera reacción de Marta fue de rechazo. Guillem la conectaba con un dolor que, solo con terapia y tiempo, estaba perdiendo fuerza. Acabó aceptando porque también había, en el hecho de relacionarse con Guillem, un punto de rebeldía y una manera de librarse finalmente de la antigua Marta.

Empezaron a verse de manera espaciada, pero con una cierta regularidad. Procuraban no hablar «de los otros» ni de «otra vida». Querían mirar hacia delante.

En casa, en la soledad granítica de los domingos por la tarde, cuando echaba de menos la incomodidad de su cabeza apoyada en las rodillas huesudas de Jim, mientras añoraba los abrazos intempestivos cuando se topaban en medio del pasillo, Marta había empezado una lista —en una libreta de espiral de tapas verdes— de Ian cosas de Jim que no le gustaban. Que la interrumpiera cuando ella le estaba contando algo para hacer una observación absolutamente prescindible, como «Creo que esta tarde lloverá» o para preguntarle la hora; que, cuando paseaban los dos juntos, fuera ralentizando el paso hasta obligarla a adoptar también ella aquel caminar balanceado que le cargaba las lumbares; que nunca viera la necesidad de renovar las cosas de casa que iban deteriorándose —las cortinas de la habitación, que eran amarillas y que ahora se habían descolorido tanto que parecía que siempre habían sido blancas; la cadena del váter, que se encallaba muy a menudo—; que hiciera el amor en un silencio militante; que nunca propusiera planes originales para los domingos por la tarde y siempre acabaran los dos en el sofá, la cabeza de ella encima de sus rodillas puntiagudas.

Pero ni Marta había hablado de la libreta de espiral con tapas verdes ni Guillem habría admitido ante ella que a veces añoraba a Rita con tanta intensidad que sentía dolor físico, una especie de espasmo que podía aparecer en cualquier parte del cuerpo y desaparecer de repente.

Durante unos meses —cinco quedadas, puede que seis— no hablaron del pasado y casi consiguieron creerse que se habían conocido por primera vez.

Una noche, al salir del teatro, él la acompañó a casa, como de

costumbre. El viento era gélido y caminaban con las manos en los bolsillos y el cuello hundido en las bufandas. Cuando se despedían ante el portal, Marta se compadeció de él, que la miraba con la cara contraída y la nariz roja, y lo invitó a subir. «Venga, así te tomas un *whisky* y entras un poco en calor».

Él aceptó sin pensárselo dos veces, entró en el piso tras ella y, cuando llegó al comedor, se quitó la bufanda y el abrigo, y se acercó a los cristales mientras Marta servía las copas.

Se lo quedó mirando unos segundos, con el vaso de *whisky* en la mano. Lo veía recortado a contraluz porque se había situado justo delante del punto de claridad que había en el patio. Sentada en el sofá, esperó prudentemente que él se diera la vuelta. En la espalda encogida intuía un dolor que se confirmó cuando le oyó decir con la voz ahogada:

—Mierda, el patio.

Marta le ofreció una mirada de consuelo y un silencio acogedor para que él vertiese toda la tristeza. Guillem tenía que beberse ahora de un trago toda la pena que ella había ido digiriendo poco a poco, cada vez que había mirado el patio de casa y había visto las escenas vividas, la felicidad que le había sido arrebatada.

Y fue aquella noche, finalmente, cuando Marta y Guillem pudieron hablar de lo que les había pasado, sin escatimar ninguna palabra, incluso las más desagradables.

Pudieron oír de boca del otro sus propios sentimientos, como que cuando tu pareja te engaña llegas a conocer una parte de ella que ni siquiera sabías que existía, pero que también descubres en tu interior cosas que ignorabas; o que, de repente, la persona que amas ha cambiado y tú también eres otro y te sientes absolutamente perdido; o lo extraño que llega a ser todo cuando lo que te rodea es igual que antes: la casa, las manías, los horarios, el entorno… pero tú te sientes desubicada.

Al despedirse, ya de madrugada, ambos admitieron que se habían conocido más en aquellas pocas horas que durante todos los años en que habían sido amigos.

—¡Eh! Pero aún somos amigos, ¿no? —preguntó Guillem,

apoyado en el umbral.

—Pues puede que no, puede que ahora tengamos que ser otra cosa —respondió Marta.

Era tan poco propio de ella haber dicho eso, que se le escapó la risa, y él se unió con una carcajada profunda, que le había nacido en el pecho y era una pura exhibición de alegría.

Mientras tanto, en casa de Rita y Jim la paz del paraíso había empezado a agrietarse. La perturbación comenzó de la manera más inofensiva posible: Abril, que hacía tres meses que había superado felizmente la etapa de los pañales, empezó a hacerse pipí en la cama de vez en cuando. Sus padres comenzaron a restringirle el agua a última hora, pero la niña la reclamaba, cada vez más, hasta el punto de que acababa sollozando. «Tengo seeeed… Tengo seeeed…», lloraba Abril y sus padres acababan perdiendo la paciencia.

Por la expresión de la pediatra mientras le contaban todo esto, ambos vieron con claridad que estaban ante un problema más grande de lo que pensaban. Un análisis de sangre determinó que Abril era diabética y, de repente, la cotidianidad de Rita y Jim se llenó de salas de espera, inyecciones de insulina y menús con control de hidratos.

Los infernales horarios de Rita y la custodia compartida no facilitaban las cosas. Tampoco podría decirse que Jim fuera el hombre más indicado para compartir y hacer más pasadera toda esta complejidad. El tiempo devoraba las semanas como una licuadora. Por la mañana, Rita se tomaba el café y se quedaba encantada mirando el calendario, en el que solo había anotadas visitas al médico, análisis, nombres de medicamentos que había que comprar.

—¿Te acordarás de pasar por la farmacia esta mañana?

—Buenos días…

—Buenos días. ¿Te acordarás?

—¿Puedo despertarme antes de que empieces a encargarme cosas?

—Sin plural: una cosa.

—Pues sí, creo que encontraré el momento de ir, sí…

—¿Estás seguro? ¡Con ese horario tan apretado que tienes…!

—Tostadas con sarcasmo, no, gracias, prefiero la mermelada de fresa.

—Vamos. Dejo la niña en la escuela y me encierro a grabar, ¿vale? No podré cogerte el teléfono.

—¿Qué dices? No se te entiende.

—Nada… Que hasta la noche.

Una vez se fueron acostumbrando a los cambios que el diagnóstico había producido en su vida cotidiana, vino una segunda fase. La psicóloga que visitaba Jim desde que se separó se lo había advertido: llegará el momento en que seréis conscientes de que vuestra hija tiene una enfermedad incurable, que la acompañará —os acompañará— durante toda la vida.

El proceso de adaptación fue doloroso y cada uno lo llevó a su manera: Rita tenía repentinos ataques de rabia y a menudo se preguntaba (demasiado a menudo, según Jim) por qué les había tocado a ellos, por qué a su hija. ¿Podrán sus hombros, tan pequeños y frágiles, soportar un peso tan grande? Jim, en cambio, se había adaptado a la nueva situación sin aspavientos. No se agobiaba con facilidad, pero sentía cómo aumentaba la presión sobre él y su único remedio era intentar no pensar demasiado en ello.

Era un objetivo imposible porque Rita propiciaba a menudo largas conversaciones sobre cómo tenían que comportarse para no sobreproteger a Abril, para no trasladarle su ansiedad, para evitar que la cantidad de pinchazos acabaran traumatizándola, para hacerle entender que no podrá comer algunas de las cosas que le apetecerán y que todos sus amigos las disfrutarán.

Siempre acababan conjurándose para conseguir que su hija se sintiera acompañada, pero sin que ni la enfermedad ni ellos mismos supusieran el mínimo freno para llevar una vida más o menos normal. Después, cada uno mentalmente, hacían cálculos sobre la cantidad de discusiones que deberían mantener cuando la niña fuese

haciéndose mayor. Ambos sabían que tendrían actitudes muy distintas cuando Abril fuera adolescente y todo se complicase.

Cuando se cumplió un año del diagnóstico, la pediatra les aseguró que la enfermedad estaba controlada y que la niña evolucionaba bien. La psicóloga de Jim, en cambio, se mostró preocupada y le sugirió que era un buen momento para hacer una pausa relajante.

—¡Alquilemos una autocaravana y vayámonos con los niños!

—¡Podemos ir al cabo de Gata!

—O al País Vasco…

—Adonde quieras: los niños, solo lo de la autocaravana ya lo encontrarán toda una aventura. Escoge tú, va.

—Pues vayamos a la zona de Getaria, a comer pescado a la brasa. ¿Qué te parece?

—¡Hecho!

—…

—¿Qué piensas?

—Que ahora viene la peor parte…

—¿Cuál? ¿Alquilar la autocaravana?

—No. Decírselo *a los otros*.

Se habían acostumbrado a no pronunciar sus nombres. Cada vez que lo hacían sentían un auténtico pellizco. Pasaba algo parecido cuando los veían en una fotografía, así que en el piso que compartían las paredes eran blancas y estaban desnudas.

Jim puso los ojos en blanco. Ciertamente, la conversación con Marta le daba una pereza infinita. Rita le leyó el pensamiento:

—No se opondrán, pero…

Se estaba imaginando el dolor y la rabia que aquel viaje familiar podía causarles.

—¿Sabes qué haremos? Pasaremos el mal trago a la vez. Mientras tú llamas a Guillem, yo hablaré con Marta.

—Antes, tomémonos un trago de algo.

—De acuerdo. ¿Tinto o rosado?

—Mira, ponme un *whisky* mejor.

En casa de Guillem, sonaron los dos teléfonos a la vez. El suyo con un tono estándar y repetitivo; el de Marta con «*La vie en rose*» en la versión de Zaz. Se miraron entre sorprendidos y risueños antes de localizar sus móviles. Guillem, que había saltado de la cama, aún seguía de espaldas a Marta cuando la oyó decir: ¡Mira! Al darse la vuelta, vio la pantalla del móvil y leyó el nombre de Jim, escrito en mayúsculas. Él había visto el nombre de Rita en el suyo de refilón y también se lo enseñó, levantando las cejas con una expresión cómica.

Contestaron los dos a la vez: ¿Sí? ¡Hola! (y tuvieron que sofocar las carcajadas). El primero en colgar fue Guillem. Volvió a meterse en la cama y se arrimó a Marta para acariciarle los muslos mientras ella se despedía:

—Sí, entendido, Jim, no hay problema. ¡Adiós!

Se miraron unos segundos en silencio y enseguida estallaron en carcajadas.

—Dice que alquilarán una autocaravana…

—Y que se llevarán a los niños…

—Jim no quería que me lo tomara mal, lo siente mucho…

—Rita dice que yo también debería irme a algún sitio… Se ve que lo pasa mal por mi estado de ánimo…

Se rieron aún más y después volvieron a hacer el amor.

Una noche de julio, 3:15h

Se había detenido el viento que hacía bailar las bombillas un poco antes y ahora los puntos de luz estaban quietos e iluminaban tenuemente los rostros.

Jim se dejó caer contra el respaldo de la silla, abrió los brazos —tenía una envergadura impresionante, como una gaviota cuando planea encima de las olas— y estiró todo el cuerpo.

—Así, ¿cuánto hace que no nos veíamos los cuatro?

Rita le lanzó una mirada breve, de reojo, que quería ser una advertencia pero que no consiguió su objetivo.

—Pues… unos quince años, ¿no?

—¡Hostia, quince años! ¡Vaya por Dios! Necesitaríamos una semana hablando para ponernos al día…

Rita insistió. Otra mirada recriminatoria y la mano sobre el muslo de Jim por debajo de la mesa.

—No podemos repasarlo todo, pero a ver: a lo largo de todos esos años, ¿qué diríais que es lo más importante que os ha pasado?

Guillem apuró de un trago la bebida que le quedaba antes de decir:

—Pues… te vas a quedar de piedra: ¡a mí mi mejor amigo me levantó la mujer!

Rita fue la primera que se atrevió a mirar a los ojos a Guillem. Vio la sonrisa picara y la mirada burlesca, y soltó una risa que enseguida se contagió a los demás. Se rieron sin medir el volumen, con generosidad, como recordaban haber hecho en otro tiempo tantas veces.

[Como un bloque de hielo. Quince años después]

Joana había pedido a sus padres que comiesen los tres juntos.

—Sabéis que no os lo he pedido muy a menudo, pero esta vez me gustaría mucho hablar con los dos a la vez.

Jim y Marta se habían visto muy pocas veces durante los últimos años. Cuando sus hijos eran pequeños hablaban a menudo por teléfono; después, las llamadas y los mensajes fueron espaciándose: la operación de ligamentos cruzados de Biel; la graduación del bachillerato de sus dos hijos; el funeral del padre de Marta; la entrega del premio de poesía a Joana.

A medida que iban haciéndose mayores, no se veían casi nunca y sus hijos habían dejado de insistir para organizar celebraciones conjuntas: se conformaban con tener dos familias separadas como compartimentos *estancos* que funcionaban bastante bien cada una por su lado. Ambos tenían buena relación con María, que durante la infancia fue simplemente amiga y después una especie de hermanastra sin consanguinidad. Y los tres mostraban una debilidad manifiesta por la hermana pequeña que tenían en común, Abril.

Los hermanos Dorca se habían acostumbrado a las peculiaridades de cada uno de los hogares: en casa de Rita y Jim solía haber un ambiente de alegría ruidosa, muchas discusiones y el fregadero lleno de vasos sucios; con Guillem y Marta todo iba bien sin aspaviento alguno, la casa estaba ordenada y nunca se oía una palabra más alta que la otra.

A lo largo de aquellos años todo el mundo había respetado el pacto no escrito de no hablar de los *otros*. Los adultos, cuando

volvían a ver a los niños después de los días de separación, nunca iban más allá de la pregunta ¿ha ido todo bien? Y los niños, si querían contar alguna anécdota, lo hacían sin pronunciar los nombres de pila. Habían incorporado el mecanismo de tal manera que ya lo usaban inconscientemente.

La propuesta de Joana llegó cuando hacía más de dos años que Marta y Jim no se veían. Como cada vez que se encontraban, Marta pensó lo diferente que era ver hacerse mayor a una persona que tienes a tu lado o, en cambio, percibir el envejecimiento a trompicones. Había conocido a Jim y a Guillem cuando eran jóvenes y, ahora que tenían más o menos la misma edad, le daba la impresión de que Guillem lucía un aspecto mucho más juvenil. Era fácil deducir que se trataba de una mirada distorsionada. Cada vez que veía a Jim después de un cierto tiempo, advertía cómo se le había encanecido la barba, la multiplicación de las arrugas en la frente, el encorvamiento cada vez más pronunciado de la espalda. Guillem había perdido tanto pelo que había optado por raparse, pero, aun así, parecía más joven. Se mantenía en forma y Marta encontraba que aquellos jerséis lisos de cuello redondo que llevaba desde hacía treinta años le quedaban cada vez mejor. Pensaba en todo esto mientras el taxi la llevaba hacia el restaurante donde los había citado Joana y, en un gesto de inevitable coquetería, sacó un espejito del bolso para constatar con incomodidad las patas de gallo, que, iluminadas por el sol de mediodía, eran aún más evidentes.

Habían quedado en un restaurante de Montjuïc que ofrecía una panorámica excelente del puerto de Barcelona. Cuando Marta llegó, padre e hija ya compartían una mesa en la terraza. Los vio reír y pensó, por enésima vez, en cómo se parecían.

Joana se dio cuenta desde el primer momento de que sus padres venían dispuestos a facilitarle las cosas. Estaban expectantes y no les hizo esperar. Una vez sentados, levantó la copa llena de vino para anunciar que Martí y ella habían decidido casarse. Miró a su padre:

—… Y nos gustaría mucho celebrarlo en Mas Xic.

—Eso tienes que pedírselo a tu abuela.

—Pero ¿vosotros qué opináis? ¿No me decís nada?

Jim y Marta, después de un breve silencio, se miraron a los ojos unos segundos y, finalmente, estallaron en una carcajada, como si estuviesen sincronizados.

—¡Joana!

—Cojones…

Se les escapaba una especie de risa nerviosa. Nervios de pensar que tenían una hija que les acababa de decir que se casaba. De pensar que ahora sí que, definitivamente, se habían hecho mayores.

—Entonces… ¿os parece bien?

Joana los miraba, primero a uno, luego a la otra, y volvía a tener el gesto de aquella niña pequeña que pedía permiso para meterse en el agua cuando ya habían decidido que se iban de la playa.

—Hija, qué quieres que te diga… Martí me encanta y, si tú lo tienes claro… Sin embargo, solo tienes veintitrés años…

—La edad no importa…

—¡Claro que importa! Me parece que aún eres muy joven; en fin, que te quedan por hacer muchas cosas, no lo sé… viajar, estudiar…

—Mamá, eso lo voy a hacer igualmente. Tenemos ganas de vivir juntos, quiero dejar de ir saltando de una casa a otra…

Joana siguió hablando, pero el pensamiento de su padre voló lejos de su alegre trino, de su silueta todavía infantil, de los reflejos que le iluminaban el pelo; lejos de la sonrisa entusiasta de Marta y del azul del mar que se extendía tras ellas dos. El impacto de la noticia lo había arrastrado hacia su memoria y le exponía recortes de su pasado, como la expresión de los ojos de su hija el día en que le dijo que sus padres ya no vivirían nunca juntos, una mirada más incrédula que triste. Aquel día vio a las claras que la niña los concebía como una unidad, que le sería muy difícil encajar el cambio. Y ahora había recibido aquello de «de una casa a otra» como una bofetada.

—Joana, siento mucho que…

Su hija no lo dejó acabar.

—No era un reproche, papá… de verdad que no.

Jim calló mientras volvía a sentir la aflicción de los primeros

años. Continuaba creyendo que el precio por haber querido ser libre era demasiado elevado.

Cuando volvió a conectarse a la conversación, madre e hija ya estaban haciendo planes:

—¿Y tenéis alguna fecha pensada?

—Finales de junio, principios de julio… El día que le vaya bien a la abuela.

—¿En la era de enfrente de la casa o en el jardín trasero?

—¡No lo sé! ¡Tengo muchas dudas sobre eso! ¿Tú dónde lo harías?

—Pues, mira, tal vez delante, ¿no? Si en las fotos sale la masía de fondo, quedará muy bonito… ¿Seremos muchos?

—No demasiados, una veintena de amigos… y las dos familias… ¡bueno, tres!

Joana había pronunciado la última frase como si nada, mientras movía la cucharilla para mezclar el cortado. Pero sus padres cruzaron la mirada entre sí, un breve vistazo, y se entendieron sin necesidad de palabras. Se acababan de dar cuenta de repente de que Rita, Guillem y ellos dos tendría que verse, hablar, compartir espacio, hacer de anfitriones… y, sobre todo, tendrían que mirarse a los ojos.

Hacía quince años que eso no sucedía. Podría decirse que lo habían decidido por consenso… sin ni siquiera tener que hablar de ello. Fue así desde el primer momento, desde el día en que Jim y Rita se marcharon.

Años después, cuando Marta y Guillem empezaron a vivir juntos, los hijos de ambos, que ya eran adolescentes, lo tomaron como si fuera lo más natural del mundo. A Guillem le preocupaba el tema.

—Pobres niños… al final no sabrán quién es quién… —decía medio en broma.

Marta quería ver el lado romántico.

—Les parece natural que tú y yo estemos juntos… porque, a fin de cuentas, ¡lo es! ¡Es como si hubieran estado esperando que pasase!

Así que entonces tampoco cambió nada y entre las dos parejas se

mantuvo una distancia tan sólida como un bloque de hielo. El dolor de la traición se había amortecido, alisado como todos los dolores por el paso del tiempo. Pero todos parecían estar de acuerdo en que el impacto había sido demasiado grande.

Finalmente, ahora, por la boda de Joana, se veían forzados a coincidir. La novia adivinó los pensamientos de sus padres en aquel preciso momento. Inició una frase, pero ambos la interrumpieron:

—Claro que estaremos todos.

—¡Nadie querrá perderse tu boda!

—No tienes que preocuparte por nada.

Alargaron la sobremesa hasta que el sol empezó a declinar y el cielo barcelonés adoptó tonalidades rosas. Los contornos que se habían mostrado definidos con la luz del mediodía al llegar al restaurante se desdibujaban ahora y el litoral se iba llenando de una hilera de luces rojas.

Ellos también se incorporaron resignados al atasco de la ronda. Los tres seguían en un silencio cómplice en el interior del coche de Joana, que conducía con suavidad y tarareaba las canciones que sonaban en la radio. Jim saboreaba aquel momento de paz y no podía dejar de preguntarse si aquella era la vida a la que él había renunciado.

Al día siguiente, Marta habló con Guillem y Jim con Rita. Después, los padres de la novia se llamaron para poner en común las sensaciones de los cuatro.

Jim dio el primer paso.

—Rita y yo queremos que la fiesta vaya bien y que Joana pueda estar tranquila.

Era un buen principio, pero Marta se apresuró a poner prudencia.

—Claro que sí… pero ¿no crees que encontrarnos aquel día delante de todo el mundo será muy violento? Tal vez deberíamos vernos antes, ¿no?

Los ojos azules de Jim se empequeñecieron un poco, la boca se torció con un punto de escepticismo.

—Yo creo que no hace falta… Rita piensa como tú, pero…

—¡Ja!, qué curioso: Guillem tampoco quiere. Mira, dile a Rita que la espero mañana en casa. ¿Crees que podrá organizárselo?

—Supongo que sí.

Mientras se ponía rímel y pasaba el cepillito ondulado por las pestañas, una y otra vez, Rita meditaba si la tarea que la esperaba era lo más difícil que había tenido que hacer nunca. Pensó en el parto de María, que fue largo y doloroso; o en los días posteriores a la huida de su madre con el vecino de arriba; o en aquella bronca que le echó el director de una serie delante de todo el equipo. Pero todo le parecía una minucia al lado de esto: tener que mirar a Marta a los ojos, tener que buscar la expresión de su rostro cuando ella abriera la puerta de casa y se encontrasen la una enfrente de la otra; saber encontrar el tono de voz adecuado, las palabras justas que no las llevasen por la calle de la amargura.

No dejó de ensayar durante todo el trayecto de autobús. A medida que se iba acercando al Eixample —qué paradoja, el Ensanche— se le iba encogiendo el corazón. Cuando se detuvo ante el portal que había sido suyo años atrás, le faltaba un poco el aire. Vio que todavía le quedaban diez minutos y los pasó plantada en el chaflán, haciendo los ejercicios de respiración que había aprendido en el teatro. Ralentizó el pulso y empezó a respirar mejor. Ya no sudaba.

Había elegido un pantalón beis, unos botines de piel vuelta del mismo color y una blusa de raso de tono crudo. Ni demasiado exagerada ni demasiado aburrida. El pelo suelto —ahora lo llevaba más corto, a la altura de los hombros— y los labios de un rosa pálido. Paseó la mirada —sin querer, pero a la vez queriendo un poco por los buzones de la entrada. Principal segunda: Marta Recasens y, debajo, Guillem Larralde. Ahora sí: el corazón le dio un vuelco y después le pareció que le caía al suelo muy deprisa, como un ascensor desenfrenado.

En los minutos siguientes, todo le pareció como si estuviera en una película. Como si los movimientos fuesen obra de otra persona. Como si las voces resonasen en una habitación insonorizada. Como si el aire fuera más espeso. Como si su cuerpo se hubiera vuelto de

corcho para protegerla de quién sabe qué peligros. Pero el comedor del piso de Marta era el espacio acogedor de siempre, su voz sonaba tan dulce como antes, los cabellos se le movían, brillantes y suaves (se preguntó fugazmente si se teñía las canas). Mientras Marta le ofrecía una cerveza, vio de reojo la butaca y la lámpara de pie, un rincón de lectura que sabía perfectamente a quién pertenecía. Recordaba a Guillem cuando se habían mudado juntos: lo único que te pido es un lugar para leer, una butaca cómoda y una lámpara con luz blanca y cenital.

—¿Sabes qué? —dijo Marta, que volvió a levantarse del sofá—. Abriré un poco, hace algo de bochorno.

Mientras ella se ponía en pie y se acercaba a la puerta del patio, Rita apuró los segundos para volver a mirar de nuevo la estancia y tuvo la sensación de ser una espía a quien le habían encargado que buscara pistas y que se fijara en todos los detalles posibles. Reconoció la cajonera que Guillem había heredado de su abuela. Encima del mármol había un montón de fotografías, con marcos pequeños y grandes, verticales y apaisados, puestos unos delante de otros. No se atrevió a levantarse y acercarse, pero desde el sofá comprobó que había dos fotos en las que salían Marta y Guillem. Otra de Guillem y María, y una de Marta con sus hijos. Para su sorpresa, el hecho de no ver ninguna fotografía en la que coincidiesen Marta y su hija la alivió. Tampoco había ninguna en la que salieran todos: Guillem y Marta con sus hijos respectivos. Y, por descontado, ni rastro de Jim ni tampoco de ella.

En su casa —reconoció al momento— tampoco había ninguna foto de Guillem y Marta. ¡Y mira que se habían llegado a tomar fotos juntos durante los años en que fueron amigos! Los cuatro, con o sin hijos… Era otra vida. En su casa, sin embargo, sí que había una foto de Jim y ella con los niños. Y una en la que aparecían Joana, Biel y María cogidos de los hombros, en un gesto que revelaba una gran complicidad. Le encantaba aquella foto. Por primera vez pensó que si Marta viera aquella instantánea, podría molestarse. (Si un día viene a casa, la esconderé). Observó a Marta mientras traía la bebida, cogía los posavasos, dejaba las servilletas de

papel y un bol con unas almendras tostadas. No se había engordado ni un solo gramo y conservaba la elasticidad de un cuerpo joven, aunque cuando se sentó en el sofá soltó el inevitable «ay» que suele incorporar todo el mundo que roza la cincuentena. Llevaba un pantalón negro de cintura alta y perneras anchas, de una tela con una caída extraordinaria. Deben de ser carísimos, pensó Rita, pero en vez de eso dijo:

—Me gustan estos pantalones… Te quedan muy bien.

Marta agradeció el cumplido con una sonrisa y cogió unas almendras. En sus gestos demasiado rígidos, Rita leyó cierta ansiedad. Está tan nerviosa como yo.

—Estoy muy nerviosa.

—Yo también. Mucho. ¡Mira!

Rita había levantado los brazos para dejar ver los círculos oscuros de debajo de las axilas.

—¡No hay nada que me irrite más!

—Ya lo sé… ¡Me acuerdo de cómo te preocupaba cuando estabas en el escenario!

—Me sigue pasando.

El mero hecho de que Rita estuviera allí, en medio del comedor, con los brazos levantados enseñando las manchas de sudor, ya las tranquilizó a ambas. Se sentaron en el sofá, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, y parecían dos amigas compartiendo cómodamente una cerveza entre semana.

—Has cambiado el sofá, ¿verdad?

—¡Hace muchos años! Justo después de que Jim se marchara.

—Pues a mí me gustaba aquel sofá naranja…

—A mí también.

Marta empezó a desgranar toda una serie de cuestiones prácticas para la organización de la boda, la mayoría de las cuales ya había comentado previamente con la novia y que, por lo tanto, no requerían mucha explicación. Joana deseaba que las flores que adornaran los diversos rincones de Mas Xic fueran de color azul, lila, malva o violeta. Tenían que mirar cuáles aguantarían mejor el calor de julio.

—Hortensias, seguro. Y tal vez aquellas campanillas azules…

—Las campánulas… sí, y las anémonas son preciosas, pero no sé si son muy resistentes…

—Las encargaremos en la floristería de Begur, en la de Amelia, ¿la conoces? Cindy y ella son muy amigas.

—Y después dice que quiere que en cada mesa haya un ramillete de flores muy variadas…

Marta perdió la mirada a lo lejos y soltó un suspiro seguido de un «Ay, qué bonito», que las hizo reír a ambas.

Después hablaron de la comida —todo frío, para picar— y de la bebida —¡solo vinos ampurdaneses!—. Encargarían al jardinero que solía echar una mano a Cindy para podar los árboles que limpiara las malas hierbas y lo dejase todo limpio como una patena. Seguramente él mismo —con ayuda de los chicos— podría encargarse de la iluminación de la era que había delante del Mas, donde instalarían las mesas para cenar. Joana solo quería unas hileras con bombillas blancas.

—¿Y de dónde sacaremos las mesas y las sillas?

—Me parece que Jim conoce a un tipo que las alquila en Torroella. Me lo apunto para decírselo y que se encargue él.

En un cuarto de hora lo tuvieron todo más o menos listo. Entonces fue cuando Marta dijo, pronunciando las palabras bastante más despacio de lo normal:

—Pues entonces… creo que ya lo hemos repasado todo…

Y en ese momento a Rita se le abrió un socavón enorme justo delante, entre el sofá y la mesita de centro, y notó que el vértigo le arrebataba el color de las mejillas. Solo quería levantarse e irse.

Pero Marta le ofreció otra cerveza, con aquella serenidad que enervaba tanto a Rita: aquellos cabellos tan lisos, tan sedosos, moviéndose de un lado a otro como las piernas de las chicas de natación sincronizada.

Volvió al comedor con las bebidas y se sentó en el sofá, quizá un poco más cerca que antes. Rita dejaba vagar la mirada por el techo del comedor, bajaba por las cortinas y llegaba a tocar el suelo. Marta inclinó el torso ligeramente —estaban muy cerca— y dijo:

—Y tú, ¿qué tal estás? ¿Cómo te ha ido todos estos años?

Rita levantó la mirada como quien iza una enorme y pesada bandera, y se quedaron unos segundos así, mirándose a los ojos.

—¿De verdad quieres que hablemos de ello?

Marta asintió con la cabeza mientras se secaba los labios con una servilletita de papel.

—Pues… a ver, hay días muy distintos unos de otros, yate lo puedes imaginar, como todo el mundo. La verdad es que la vida ha girado en torno a Abril y la diabetes.

—Sí, lo sentí mucho. Tal vez tendría que haberte llamado…

—Olvídalo, Marta, yo creo que durante unos años era mejor mantenernos a distancia. Nos ha ido bien así.

Había ido anocheciendo y Marta se levantó para encender una lámpara de pie. Lo hizo como hacía ella las cosas, poco a poco y con delicadeza, con movimientos casi de bailarina. El espacio se iluminó entonces con una luz rosada porque la pantalla era de tela blanca con unas grandes flores, seguramente pintadas a mano, de color magenta. Rita se sobresaltó cuando Marta soltó de repente:

—¿Que nos ha ido bien? Chica, debes de hablar por ti. Por vosotros. A mí me ha costado mucho rehacerme. Ahora, tienes razón en una cosa: teníamos que pasar unos años distanciados del todo. No habría soportado verte, Rita.

Se le habían anegado los ojos de lágrimas y, con la última frase, la voz le había temblado un poco, pero Rita detectó sin la menor duda que el temblor no se debía a la emoción, sino que era rabia pura. Se quedó en silencio y tuvo la sensación de que ya no podría volver a hablar nunca más. La cabeza le daba vueltas: ¿qué es este arranque? ¿Por eso quería verme? ¿La cordialidad era forzada? Los interrogantes se movían como pájaros excitados a punto de toparse los unos con los otros y, entre todo aquel trino, fue imponiéndose una pregunta: ¿y ahora qué digo?

—Lo siento mucho, Marta… de verdad…

Y Marta, con las mejillas sonrojadas como las flores magenta de la pantalla, se puso en pie para responderle:

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haberte enamorado de Jim?

¿Haberme mentido un día tras otro? ¿Haberme hecho perder diez kilos? ¿Dejarme tantas noches sin dormir?

—Siento mucho haberte perdido como amiga. Tal vez podría haberlo evitado… Seguro que podía hacerse mejor…

—¡Ostras, no sé si hay alguna manera de hacer mejor una cosa como esta!

Dio un largo trago a la cerveza y dejó el vaso sobre la mesa, enfurecida. Rita también se levantó del sofá y las dos mujeres siguieron discutiendo mientras se movían por el comedor de la casa, como las leonas enjauladas en el zoo.

—Marta, dime la verdad: ¿habrías preferido que nos tragásemos el enamoramiento, que lo disimuláramos ante vosotros? ¿Teníamos que fingir que no pasaba nada…?

—Pues… no lo sé… Tal vez habría querido que intentaseis sofocarlo cuando aún podíais…

—¿De verdad habrías querido retener a Jim a cualquier precio…?

—¡Tal vez sí! Tal vez lo habría querido retener para que mis hijos lo tuvieran con él cada día y no sufrieran como lo hicieron… Algo que quizá aún les pasa factura. Podíais haberlo reprimido. Me parece que eso es lo que habría hecho yo… No puedo estar segura, pero…

—Yo sí que lo estoy…

Rita se había dejado caer en el sofá. Marta se dio la vuelta para escrutar su expresión.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso… que tú no habrías seguido tus impulsos como hice yo, como hicimos nosotros… Estoy segura de ello…

—¿Porque soy fría y no sé qué es la pasión?

Rita esperó unos segundos. Se mordía el labio, se rascó el cuello como si acabara de picarle un mosquito. Era evidente que estaba dudando entre decirlo o no. Al final lo hizo.

—¿Quieres oírlo? ¿Quieres que te diga que pienso que eres asquerosamente responsable? Venga, vamos, ya lo he dicho.

Marta hizo un gesto muy suyo, moviendo la cabeza arriba y

abajo como si dijera que sí, pero con una mueca de censura. Como cuando alguien dice o hace algo reprobable y otro lo aplaude irónicamente o le dice un muy bien que en realidad significa qué caradura. En aquel caso, se trataba de un gesto a medio camino entre el enfado y la sorpresa: ¡o sea que te has atrevido a decirlo en voz alta!

Había seguido anocheciendo. Afuera, en el patio, ya estaba completamente oscuro.

—¿Salimos a fumar?

Rita no se acababa de creer aquello. ¿Qué significaba aquel cambio de registro? La tenía desconcertada. La siguió afuera sin decir ni una palabra. Aceptó el cigarrillo que Marta le ofrecía y allí se quedaron las dos, una sentada y otra de pie, en silencio, fumando.

—Me resulta extraño… Nunca habría pensado que habrías acabado fumando, Marta.

—Humm… ¡Hay tantas cosas que nunca habrías imaginado que haría! Nunca te habrías imaginado que acabaría siendo la pareja de tu hombre, ¿verdad?

El tono de Marta era resbaladizo como una pendiente escarchada. Rita había apagado el cigarrillo y seguía en pie, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía la sensación de que debía dejarla hablar y que cualquier cosa que dijera iría en su contra.

—La verdad es que Guillem me hace muy feliz. Y, por favor, no me ofendas pensando que te lo cuento por despecho. Al principio, incluso me avergonzaba. Pero me duró poco: estamos muy bien, de verdad.

Rita, con un hilillo de voz, se atrevió a decir:

—Me alegro mucho, Marta, por los dos.

Finalmente, se miraron a los ojos. Durante unos segundos densos y vibrantes.

—¡No, si aún tendré que darte las gracias!

Rita soltó una risita extraña que más bien parecía un maullido. Se veía a la legua que no sabía si ahora tocaba reír o no.

—Ostras, ya no me acordaba del olor de sofrito… —Olfateó el

ambiente y Marta pensó que era un gesto muy cómico—. ¿Aún sigue cocinando tanto la señora Teresa?

—Está muy viejecita… pero aún cocina, sí. Enviudó el año pasado.

Volvieron a quedarse en silencio porque aquella conversación, la naturalidad de aquella conversación, las había ablandado a ambas. Aquel ir y venir de la batalla a la intimidad las estaba agotando.

Entonces Marta hizo algo inesperado. Tomó aire, lo soltó poco a poco, inclinó el cuerpo hacia delante para acercarse a Rita y dijo:

—Hablemos de ello, venga.

Después fue como si hubiera soplado un vendaval, quedó todo limpio y transparente, cristalino. Marta dio una última calada y, mientras expulsaba el humo y apagaba el cigarrillo en el cenicero, empezó a hablar, con calma, sin prisas ni trabas, de aquella noche maldita en que Jim le confesó que se había enamorado de Rita y de todo lo que vino después.

Hablaron de aquellos primeros días. De aquel primer fin de semana que se pasó entero en la cama, después de que su madre se llevara a los niños. De cómo sufría por ellos y por el disgusto que habían tenido sus padres. De las horas que pasó haciendo solitarios en el ordenador, sin vestirse ni ducharse, sin comer ni dormir. Revivió para Rita el esfuerzo descomunal que tuvo que hacer para, finalmente, ir a buscar a los niños y actuar, fingir ante ellos que la vida podía volver a ser normal. Recuperó la pereza inmensa que le daba regresar a las clases en la academia, cómo la monotonía de los *plié-relevé* se volvió odiosa. Cómo habría abofeteado a las niñas que se equivocaban. La profunda tristeza que sentía al pensar que su vocación, su amor por el *ballet*, había desaparecido y que en su lugar había empezado a crecer una mala hierba muy parecida a la desidia.

Dijo que los primeros días sentía más vergüenza que dolor. Que se veía como una protagonista de telefilm barato de domingo por la tarde. Su marido le había puesto los cuernos con su mejor amiga. Se habían rodado centenares de películas sobre el tema. Qué horror.

En este punto, Rita, que seguía en silencio, concentrada en el mechón de pelo que enroscaba con el dedo y al momento soltaba

para volver a enroscarlo, la interrumpió:

—Enamorarse no es un argumento de peli barata, Marta. Enamorarse es algo que ocurre, que te pasa sin que puedas preverlo o frenarlo.

—No estoy nada, pero nada, de acuerdo.

—Ah, ¿no? ¿Es que tú no te has enamorado al menos dos veces?

—Sí, y sé que en la vida real las personas no caen fulminadas por la flecha de Cupido. Nos enamoramos paulatinamente y, durante este proceso, hasta un determinado punto, la mayoría de nosotros tiene un cierto control sobre sus sentimientos. Te lo diré más claro: lo que no os perdono, ni a ti ni a Jim, es que cuando notasteis que comenzabais a enamoraros no hicierais nada para pararlo. Como mínimo, podíais haberme tratado como a una persona adulta y de confianza y haberme dicho eh, mira, está pasando esto, tal vez no podremos o no querremos reprimirnos.

—Venga, Marta, ya sabes que las cosas no son así. Nadie actúa tan cerebralmente en el terreno del amor. El corazón tiene razones que la razón no entiende… ¿No era así, aquella frase? Ahora no sé de quién es…

—¡No me vengas con citas literarias! Si fuera como tú dices, si la gente se enamorara tan fácilmente y nadie pudiera resistirse, no habría ningún matrimonio que durase más de un año. Si estuviéramos tan predispuestos, podríamos enamorarnos cada día… Pon cada semana. Todos conocemos a personas que nos gustan y, quién sabe, si exploràsemos la posibilidad, tal vez encontraríamos en ellas un gran amor.

—No se trata de eso. Jim y yo no nos enamoramos a primera vista. Nos conocíamos bien, él sintió un día que se estaba enamorando de mí, me lo confesó y descubrimos que nos queríamos. Eso también puede pasar.

Marta caminaba, dos pasos hacia la derecha, dos pasos hacia la izquierda. Resopló flojito:

—¡Eso también es para partirse de risa! Cuando me enteré… me moría: Jim te dice, así de repente, sin más, que se ha enamorado de ti y tú vas y, ¡ostras!, descubres que, mirándolo bien, ¡tal vez tú

también lo amas! Es extraño, ¿verdad? Es patético, Rita. Simplemente te habías aburrido de tu matrimonio, te faltaban alicientes, y Jim te sirvió uno en bandeja. ¿No dirías que más bien se trata de eso?

Rita se había ido acuclillando en el sofá, encogida, pequeña. Aunque volvió a insistir con un hilo de voz:

—Cuando él me lo dijo, pensé en ello y vi que en realidad yo también estaba enamorada de él. Eso puede pasar, ¿no?

—Oh, claro que sí. Sin ir más lejos, nos habría podido suceder a mí y a Guillem, ¿verdad? ¿Has pensado alguna vez en cómo te habrías sentido?

Rita calló. Y siguió así aún un rato más mientras Marta se sentaba enfrente de ella y encendía otro cigarrillo. Le pareció que lo hacía con cierta satisfacción, como un ajedrecista que acaba de hacer un buen movimiento.

—Sí que lo pensé cuando me enteré de que estabais juntos. Pero se me hacía muy difícil imaginarlo…

—No sufras, ya te lo cuento yo: te habrías sentido mutilada, un desecho. No levanté cabeza durante casi dos años, Rita. Me había quedado sin Jim, sin ti, sin aquel nosotros cuatro. A veces pensaba que también me habíais arrebatado a esa Marta que era yo.

Hacía rato que Rita estaba llorando. Las lágrimas le caían mansamente por la mejilla. Tenía la nariz roja y los ojos hundidos. Marta se detuvo porque le pareció que era el momento adecuado para que Rita le pidiese perdón. Se había imaginado aquella escena muchas veces y siempre se repetía un cierto esquema: ella recordaba su dolor, hacía los reproches que tocaban y Rita le pedía que la perdonase. En aquellas fabulaciones, nunca quedaba claro del todo si era magnánima y generosa o si, por el contrario, reaccionaba ofendida con una negativa.

Pero Rita se saltó el guión. Todavía entre lágrimas, dijo:

—¡Te he añorado tanto! ¡Te he echado tanto en falta!

Y aquello desmontó a Marta. Por inesperado y por la sinceridad con que se habían pronunciado aquellas palabras. Notó cómo su cuerpo reaccionaba con temblores, escalofríos y una lenta

desaceleración de los latidos del corazón. Le parecía que toda la furia y la desesperación que había sentido años atrás, que se habían enquistado, acurrucadas en algún rincón de su organismo, empezaban un proceso de desintegración, que primero se ablandaban para finalmente desaparecer. No opuso la menor resistencia, no tenía ningunas ganas de conservar aquel resentimiento en su interior.

Rita esperaba pacientemente en silencio, una mano sobre otra en el regazo, en un gesto más propio de una abuela octogenaria que no de la mujer vital e inquieta que era ella. Parecía intuir que sus palabras estaban produciendo una especie de reacción en cadena en el cuerpo y en el espíritu de Marta. Y esperaba. Tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo.

Marta se secó una lágrima con un gesto rápido —el meñique que peina las pestañas—, cogió uno de los cojines que había sobre el sofá y se lo puso encima de la barriga, lo abrazó y finalmente se echó hacia atrás hasta sentarse cómodamente.

A partir de aquel momento, las dos mujeres continuaron la conversación como si fueran dos amigas íntimas que, después de una larga separación, se han reencontrado. Hablaban como lo habrían hecho si hubiesen estado viviendo en continentes distintos por circunstancias de la vida.

En aquellos quince años, la vida había seguido su curso: meandros, rápidos, más o menos caudal. Para Rita, la enfermedad de Abril había sido una violenta crecida que los había arrastrado río abajo. Marta, en cambio, después de unos años de sequía, había navegado durante los últimos tiempos por aguas tranquilas y la vida había vuelto a ser un agradable paseo.

Hablaron por extenso de Joana, Biel y María, esos niños que ahora ya eran casi adultos. Enseguida se pusieron de acuerdo en que el más pesado de los tres, cuando eran pequeños, había sido Biel, que no sabía entretenerse con nada y lo único en lo que pensaba todo el día era en inventarse una nueva travesura. Se había roto el brazo derecho esquiando, haciendo el loco en la escuela se había abierto una brecha en la cabeza que había necesitado una docena de

puntos, y perdieron la cuenta de los esguinces de tobillo jugando al balonmano. En cambio, su adolescencia había sido como una balsa de aceite en comparación con la de las chicas.

La de Joana había sido una adolescencia de libro, rebelde, lunática y huraña.

—Tal vez también tenga que ver con el hecho de ser la mayor, ¿no? Todo eso que dicen de que los mayores tienen que abrir camino… Yo no entiendo del tema, chica, soy hija única.

—No creo que tenga nada que ver… Mi hermana mayor fue la menos problemática… Joana es un alma libre… como su padre…

—… Y como su abuela…

—Sí, tienes razón, se parece mucho a Cindy. Cindy también vapor libre…

—Uy… Noto un tonito… A Cindy no me la toques, ¿eh?

Rita puso los ojos en blanco, como solía hacer cuando estaba hasta la coronilla.

—Madre mía, ¡nunca había visto una suegra y una nuera tan bien avenidas!

—¿Es una crítica?

—¡No, mujer, es un elogio!

—¡Pero si se te escapa la risa!

—Nooo… solo es que Cindy habla mucho de ti, y siempre bien. Marta lo hacía así, Marta sí que sabía, Marta esto, Marta aquello… Insisto —Rita movía la mano arriba y abajo, el pulgar y el índice unidos—: ¡nunca había visto a una suegra que tuviese tan buena relación con su nuera!

—Ahora es tu suegra. Yo ya tengo otra.

—Sí, y lo lamento: has salido perdiendo claramente.

Volvió a levantar la mirada hacia el cielo.

—Aurora es una buena mujer, pero me ponía histérica verla defendiendo al crápula de su hijo…

—Sí, no puedo negar que Cindy me cae mejor… y me gusta que Joana se parezca a ella.

—Pero Joana ha elegido mejor que Cindy a la hora de casarse… Es más sensata…

—¡Ja! ¡Jim también parecía mucho más sensato que su madre y mira…!

Toda la conversación entre las dos mujeres estuvo salpicada de silencios incómodos como el que había provocado este último comentario. Después, sin embargo, retomaban el tono como si no hubiera pasado nada.

También hablaron de María y de la prometedora carrera de científica que estaba iniciando.

—Esa también ha heredado el carácter de la rama paterna, no hay duda. ¡Mira que llega a ser estudiosa! Siempre con esas notas de caerse de culo. Yo era un absoluto desastre, no sé ni cómo acabé el bachillerato…

—Pero seguro que eras muy creativa. Cada uno tiene un talento determinado.

—Sí… pero a mí me encanta que María quiera ser médica. Tiene una vocación clarísima y estoy segura de que ese trabajo la hará muy feliz.

—Sí… Me alegra mucho verla tan contenta ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso… que la veo contenta…

—Pero ¿por qué lo dices?

—…

—Marta.

—Pues… lo digo porque pasó una etapa difícil, en la que no la veía feliz. Seguro que vosotros también os dabais cuenta. Fue cuando empezó el bachillerato…

—¿Y qué le notabais?

—Pues que estaba tristona, que se ponía a llorar por cualquier cosa…

—Debía de estar enamorada…, ¿no?

Rita sonreía imaginándose el primer amor de su hija. Pero enseguida vio que Marta no la seguía. Esta se había puesto en pie y tenía prisa por acabar la conversación. Se la notaba incómoda.

—¿Qué pasa? Marta, haz el favor. ¿Qué sabes que yo no sepa?

—No se trata de nada concreto… nada grave…

—Marta, por favor.

Finalmente, esta cedió.

—Cuando María empezó el bachillerato llegó una chica nueva a su clase del instituto. Se llamaba… Espera… Era un nombre muy original…

—El nombre da lo mismo. ¿Qué pasó con esa chica y María?

—¡Úrsula! Se llamaba Úrsula. Pues pasó que le cogió manía a María y le hacía la vida imposible.

—¿¿Cómo?? —El tono agudo de la pregunta delató el dolor que aquel descubrimiento estaba infligiendo a Rita—. ¿Quieres decir que a mi hija le hacían *bullying* y que yo no me enteré?

—Mujer, yo no diría tanto…

Miró a Rita de reojo mientras pronunciaba aquello y la vio con los ojos enrojecidos; la piel del rostro, en cambio, había palidecido de golpe. Se rascaba un brazo compulsivamente.

—Escucha, no te lo tomes así, que la sangre no llegó al río. Solo le tomaba el pelo cuando sacaba buenas notas, le decía que era una empollona y que acabaría encerrada en un laboratorio sin más amigo que los tubos de ensayo. Envidia pura y dura.

—Y ella lo pasaba muy mal, claro. ¡Pues no la vi llorar ni un solo día!

—Lo que ocurrió es que un día en que yo había preparado para comer huevos rellenos, que a María le gustan mucho, ella solo se comió uno y dijo que estaba desganada. Entonces Biel empezó a imitarla, agudizando la voz y diciendo con tono de pánfila: no tengo hambre, estoy enamorada y burradas así. Y María, que ya sabes que tiene mucho sentido del humor y una paciencia infinita con Biel, en vez de tomárselo bien, se enfadó mucho, se levantó de la mesa y se encerró en su habitación. Todo era tan extraño que fui a echar un vistazo para ver si podía sacar el intríngulis del asunto. Y entonces, picando piedra, preguntando y escuchando, me confesó que no tenía ganas de ir al instituto, algo que no le había pasado nunca, y acabó hablando de Úrsula.

—O sea —la irritación era evidente, pero no estaba claro si era contra Marta, contra su hija o, más probablemente, contra ella

misma— que mi única hija tiene un gran problema y, en vez de contármelo a mí, le falta tiempo para hacerte confidencias a ti. Eso no debe de querer decir nada bueno de mí como madre…

—No digas tonterías, Rita. Si aquella semana hubiera estado en vuestra casa, te lo habría contado a ti.

La mirada de Rita se había oscurecido y ponía cara de mala leche. Marta se había acercado a ella, le agarró la barbilla y le levantó el rostro. Se miraron un momento a los ojos hasta que las dos a la vez, sincronizadas, se echaron a reír.

—¡No me digas que estás celosa! Es que es para morirse: ¡me levantas al marido y encima estás celosa de mí!

Rita se secó las lágrimas —Marta pensó en cómo había añorado aquella risa-llanto de Rita— y después se puso la mano en las costillas:

—¡Para, para, que me duele la barriga! Marta, yo siempre he estado celosa de ti. Tú eres más fuerte que yo, más estable, más responsable. Eres… perfecta.

—Y… pese a todo eso… Ay, no quiero hablar más del tema.

—Volviendo a la conversación… Me parece que nuestros hijos nos han salido bastante bien. ¡Los hemos criado a medias!

—Sí, son majos. Y creo que los tres sabrán apañárselas.

Rita se había levantado y se estaba poniendo la chaqueta.

—¿Adónde vas?

—Es tarde, tengo que irme, que mañana madrugo.

—Un momento. Hemos hablado de las suegras y de los hijos, ¡pero no de los maridos!

—Ay, sí. Va, hablemos de ellos y así ya estará todo hecho.

—¡También los hemos criado a medias…!

A cualquier observador le habría resultado realmente muy curioso comprobar cómo aquellas dos mujeres, que habían pasado quince años sin verse —tantos como los que habían sido antes amigas—, actuaron en aquel momento con una complicidad propia solo de dos almas gemelas.

Ambas celebraron la ocurrencia con carcajadas ruidosas y sinceras y, mientras lo hacían, se pusieron de pie para hacer evidente

que daban por acabada la conversación, y también el encuentro. Ni por un momento —o eso le habría parecido sin la menor duda a cualquier observador— se plantearon hablar realmente de Guillem y de Jim, los hombres que ambas habían amado en algún momento de su vida o que tal vez aún amaban.

Una noche de julio, 3:30 h

—Eres un animal, Guillem. —Marta lo reñía sin demasiado convencimiento, fingiendo a las claras un escándalo que no sentía.

—¡Así nos lo hemos quitado de encima, mujer!

—Sí, has hecho bien, Guillem. —Rita volvía a llenar los vasos —. ¡Es como un exorcismo! Y Jim se lo merecía: ¡es especialista en meter la pata!

Se rieron durante un rato, gritando y haciendo aspavientos, y encontraban cierto placer en el hecho de ser escandalosos, de comportarse como si ignoraran las normas de urbanidad, como si fueran jóvenes.

Después, siguiendo dócilmente los vericuetos de la conversación, fueron a parar a la obra de teatro que acababan de proponerle a Rita.

—El montaje estará muy bien, me ilusiona trabajar con Fàbregues… Aunque es un personaje de mujer madura, ¿eh?

Ponía mala cara, exagerando la mueca para reírse de sí misma.

—¡Mujer, es que yo diría que tú ya eres una mujer madura! Una mujer madura estupenda, eso sí…

Sin poder evitarlo, se observaron entre sí con ojo crítico. Todos rayaban, por encima o por debajo, la cincuentena y, sí, no se podía ignorar que los años les habían dejado marcas en los cuerpos, habían sacado y puesto cosas, les habían endurecido o ablandado.

Marta reflexionó en voz alta:

—Cómo cambia ver envejecer a alguien a tu lado o encontrártelo de repente muchos años después, ¿verdad?

Jim se rascó la nuca.

—Estás diciendo que me he vuelto viejo, ¿verdad? Ya me lo dice

mi madre…

Se rieron. Marta se apresuró a desmentirlo.

—Pero ¡qué dices, si solo hacía un par de años que no te veía!

Rita se sumó a la broma.

—¡Ajá! ¡Entonces lo decías por mí!

—Ya sabes que no. Madre mía, ¡qué susceptibles estáis!

Las risas volvieron a llenar la oscuridad. Jim miraba a Marta y ella lo notó, pero fingió que no sucedía así. Fue una mirada que la recorría, entreteniéndose en ella, y que la incomodó un poco.

La bombilla que tenían justo encima comenzó a parpadear y acabó apagándose.

Rita miró hacia arriba y siguió hablando de teatro:

—Sí, podéis reíros, pero para una actriz es muy jodido envejecer.

—El talento no desaparece con los años, más bien al contrario.

—Pero estoy enfadada con el propio hecho de envejecer, con los michelines y con las arrugas, no puedo evitarlo. ¡No me gusto nada!

Guillem iba pivotando la mirada —ahora en una, luego en la otra, como en un partido de tenis— entre aquellas dos mujeres. Pensó en si continuaba amándolas a las dos. Y sí. Sopesó los dos amores, pero enseguida se dio cuenta de que era una tontería —y probablemente también una grosería— medir los amores al peso, como si pusiera en la balanza un puñado de ciruelas. No se trataba del cuánto, sino del cómo. Y no podía haber dos maneras tan diferentes de amar, procedentes de un solo hombre.

Había querido a Rita con un amor encendido, vibrante, sonoro, sabroso, de colores chillones: rojo carmesí y naranja, amarillo limón, de los mismos colores con los que ella solía ir vestida. El amor que sentía por Marta —la reflexión ya venía casi dada— era también de los colores discretos y elegantes que ella solía escoger: piedra, tabaco, blanco y negro, todos los grises (perla, acero, marengo, plomo), azul marino.

Marta se inclinó hacia delante y cogió una gerbera rosa que se había salido del ramillete y había quedado sobre la mesa. Jugó con ella y deslizó los dedos por el tallo arriba y abajo:

—¡Qué tontería, Rita! Pero si estás igual de guapa que siempre.

A mí, en cambio, no os diré que me guste hacerme mayor, pero… sí, en cierto modo, sí. Siento menos presión y voy encontrándome más cómoda. Me conozco más. He perdido inseguridades y manías.

Jim la escuchaba y pensaba que se sentía plenamente identificado. De hecho, cuando Marta y él estaban juntos, habían hablado a menudo de hacerse mayores. Les gustaba imaginarse como una pareja de viejecitos enamorados. Y lo decían así, con estas mismas palabras. Miraba a Marta y pensaba que cumplir años a su lado habría sido un placer. Sería una viejecita sensible y divertida. De hecho, era por eso que se había enamorado de ella, porque en aquella chica de veinte años que arrastraba la rémora de una tragedia familiar, supo ver sensibilidad y ganas de vivir.

Tenía la copa en la mano y bebió de un sorbo el último líquido que quedaba dentro. Después se quedó un buen rato removiendo los cubitos, que chocaban contra el cristal con un ruido refrescante pero irritante.

—¿Quieres parar?

Rita le puso la mano sobre el brazo para detener el movimiento. Pero él no podía parar. No podía dejar de darle vueltas. Estaba encallado en el mismo pensamiento, preguntándose una vez y otra cómo podía haberse enamorado de otra mujer teniendo a Marta al lado. Si Marta era exactamente la compañera que él necesitaba, si la amaba sin condiciones. Si Marta compartía su sentido del humor, y la ayudaba a encontrar el sentido práctico de las cosas, y tenía una paciencia infinita con su holgazanería y con sus burradas, con su rebeldía recalcitrante.

No sabía en qué momento podía haber perdido de vista las cualidades que lo habían enamorado y que —aquella noche lo veía de una manera diáfana— ahí seguían. La relación de armonía que Marta tenía con el mundo, la delicadeza de sus gestos, su mirada limpia, sus ojos, tan dulces, siempre con un velo de tristeza en el fondo de la mirada. La miraba, y habría querido ponerse en pie y acercarse allá donde estaba ella y, sin decir nada, pasarle la mano por el cabello —recordaba el tacto sedoso como si los hubiera acariciado ayer—. La tocaría y ella también reconocería la caricia, la suavidad

de la palma, y sería como si nada hubiera pasado y volverían a ser Marta y Jim, Jim y Marta, como tenía que ser.

—Si tenemos la suerte de encontrarnos razonablemente bien, la vejez será una etapa fantástica, ya lo verás.

Guillem lo había dicho mirando a Marta a los ojos, como una promesa. Ella se limitó a asentir con la cabeza. Jim interpretó que en ella no había un gran convencimiento. Y era cierto, pero no por las razones que él quería creer. Sencillamente, la vida le había dejado bastante claro a Marta que era mejor no hacer planes porque todo podía torcerse en cualquier momento. Era un escepticismo alimentado con los años.

—Voy a buscar una rebeca. ¿Queréis algo del interior de la casa?

—Sí, tráeme un chal blanco… Creo que lo he dejado en el banco de la entrada.

Marta recorrió el camino hacia el Mas poco a poco, porque conocía al dedillo aquella zona y sabía que entre la hierba podía haber algún agujero de aquellos en los que, si metes un pie, ya la has fastidiado a base de bien. Jim la persiguió con sus zancadas de gigante.

Ella fue directa a la cocina y él la siguió con docilidad. Todos los mármoles estaban llenos de vasos y platos y copas en pilas de un equilibrio inestable. Al fondo de un armario encontró un vaso limpio. Abrió el grifo y lo puso bajo el chorro de agua, pero no calculó la fuerza con la que salía y se salpicó todo el vestido.

—Dame un trapo, Jim, por favor…

Él sacó de un cajón un trapo de rizo y se lo acercó, dispuesto a secarle las gotas del cuello y del escote. Ella se lo arrebató de las manos sin muchas contemplaciones y Jim retrocedió un pasito. Cuando Jim empezó a hablar, Marta no levantó la mirada y siguió ridículamente concentrada en la tarea de secarse las salpicaduras.

—Marta. Marta, escúchame. Necesito que me escuches.

No hace falta que me contestes. Solo quiero decírtelo, que lo sepas.

Ella dejó el trapo sobre el mármol, con un gesto de enojo, pero no dijo nada.

—Marta… Esta noche… Este día que hemos pasado juntos… me ha removido. No puedo dejar de pensar en ello, no puedo parar de darle vueltas. Te echo de menos, Marta…

—Jim, calla, haz el favor. Has bebido mucho, todos lo hemos hecho. Déjalo, va.

Estaban cerca el uno de la otra. Jim bajó la cabeza al oírla, pero no se movió ni un milímetro, aunque ella daba muestras evidentes de que quería irse.

—Eres una mujer extraordinaria, Marta.

—Me vas a gastar el nombre.

Ella dio un paso y le puso la mano en el torso para apartarlo un poco. Él apresó con rapidez aquella mano con las suyas y se le acercó todavía más. Marta esquivó el beso sin poder evitar una sonrisa.

—De verdad, Jim, estás fatal. Venga, vamos fuera, que te dé un poco el aire.

En el exterior, mientras tanto, Guillem y Rita comentaban la excepcionalidad de la situación:

—Pues… diría que hace ya quince años que tú y yo no estábamos solos.

—¿De verdad?

Rita puso cara de sorprendida. Guillem conocía su repertorio y se le escapó una risa disimulada.

—Estoy convencido. ¡Yo me aseguraba de que no tuviéramos que vernos los dos solos!

Ella puso un gesto seductor.

—¿Te daba miedo quedarte solo conmigo?

Guillem negó con la cabeza. Ella, sonriente, esperó con paciencia.

—¿No dices nada?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Ay, hijo… ¡de verdad que eres un *fat*!

Ambos se rieron y se permitieron unos segundos para volver, a partir de aquella broma privada, a la noche de tantos años atrás, en el sofá de casa, comentando el día que habían pasado en el puerto de Arenys con Marta y Jim.

—Parece que hayan transcurrido siglos, ¿verdad?

—Y así ha sido.

Rita se puso en pie, con las manos en las lumbares, y soltó un gemido, arqueando todo el cuerpo hasta que notó cómo crujían las vértebras.

—Qué daño… Oye, ¿no te parece que ese par está tardando mucho?

Guillem callaba, confiando en que la oscuridad impidiese a su exmujer ver la mirada socarrona. No se decidió a abrir la boca hasta que comprobó a las claras en el lenguaje corporal de ella la intención de ir hacia la casa.

—Deben de estar preparando *gin-tonics*, o buscando algo para picar… tranquila. ¿Es que no estás bien aquí charlando un rato conmigo? ¿Quieres que te cuente un cotilleo?

Rita se dejó caer en la silla.

—Te escucho.

—Resulta que mi hermano…

—¿Xavi?

—No, Félix. El adorable Félix, a estas alturas de la vida, ahora tiene *novia*.

—No debes de querer decir que hasta ahora no había tenido nunca ninguna…

—Supongo que sí… pero se ve que a esta la lleva a casa, y que mamá y ella hacen muy buenas migas, y que parece una mujer la mar de normal.

—Pero ¿es que ahora tienes relación con Félix?

—¡No, qué va! Me lo cuenta mi cuñada…

—¿Y a tu madre tampoco la ves?

—Sí, voy los sábados por la mañana, cuando Félix va a jugar al tenis.

La tramontana había regresado y barría los pétalos de flores que habían ido desparramándose sobre el césped. Las bombillas volvían a bailar. Mientras Guillem hablaba, Rita notó un movimiento a su espalda y se volvió de golpe.

—¡Ostras! ¡Qué susto!

No habían oído llegar a Marta y a Jim, que se sentaron con un silencio extraño.

—Estábamos recordando aquel día en que fuimos a tomar un arroz a Arenys, ¿os acordáis?

Mantuvieron una conversación nostálgica durante un rato y se quedaron en aquel estado de ánimo tan peculiar, entre una gran tristeza y una satisfacción complaciente, el mismo que te invade cuando recuerdas momentos preciosos y eres feliz de haberlos vivido, aunque te sientes inmensamente afligido por saber que no volverás a vivir otros parecidos.

—Ay, Rita, me acuerdo mucho de ti aquel día, de la cara de felicidad que tenías… ¡Eras pura alegría!

Las dos mujeres cruzaron una mirada afectuosa. Marta insistió en su argumento:

—¡En aquella época os veía tan felices! A ambos, quiero decir, como pareja. Estabais embobados con María y habíais encontrado un buen equilibrio, ¿no?

Rita y Guillem se miraban, ella con ternura, él como si estuviese midiendo las palabras que acababa de oír.

—Es curioso —dijo, con tono reflexivo—. Es curioso porque, no te digo que no estuviéramos bien, pero yo tenía siempre la sensación de que vosotros sí que lo estabais, vosotros os completabais el uno a la otra… Erais una pareja…

Marta se había levantado e iba llenando los vasos con agua fresca.

—Ahora ya basta de alcohol, venga… que mañana no nos aguantaremos en pie. Nosotros, ¿verdad que sí, Jim?, siempre comentábamos que vosotros dos no os debíais de aburrir nunca, que siempre disponíais de los recursos para llenar el tiempo con cosas divertidas…

—A ver, que no parezca ahora que éramos los matrimonios perfectos, que lo estáis pintando como si fuera una peli de Doris Day.

—¿Doris Day? Pero ¡qué referente tan antiguo, Jim!

—Yo qué sé, eran las pelis que veía mi madre…

El viento se había detenido. Había una inmovilidad extraña en las copas de los árboles. El cielo estaba limpio, negro, como de charol.

Jim había puesto música con su teléfono y sonaba una canción italiana, una voz femenina, nasal y un poco agrietada, que repetía «*E tutta la vita gira infinita senza un perché*». Arrastrado por este estribillo (y tal vez también por la cantidad de alcohol que corría por sus venas), Jim dejó volar la imaginación:

—¿Y si…? —Calló. Los demás lo imitaron, dispuestos a escucharlo—. Os propongo un juego. El juego del… ¿y si?

—¿Y cómo se juega?

—Enseguida lo verás. Comienzo yo.

—Venga.

—Mira: ¿y si cuando me enamoré de Rita, al ver que era algo totalmente loco y que podría hacer daño a mucha gente, hubiera decidido huir solo e irme a vivir a la isla de Santorini?

Los otros tres guardaron silencio, cautivados de momento por aquel despropósito. La cantante italiana seguía insistiendo «*Tutta la vita… senza un perché*»… Tal vez fue eso lo que acabó de convencer a Marta, que decidió jugar.

—A ver… necesitaría saber si te habrías ido sin dar explicaciones o…

—Pocas. Habría sido una auténtica huida de cobarde.

—Entendido. Pues lanzo mi apuesta: creo que tú en Santorini habrías podido llegar a ser feliz, te habrías adaptado enseguida. Llevarías una vida tranquila, con tus traducciones, bañándote en el mar cada día… como un *hippy*, muy a tu estilo.

Rita los miraba como quien sigue un partido de tenis, con los ojos abiertos como platos. Los interrumpió para preguntar:

—Pero ¿y tú, Marta? Quiero decir… de acuerdo, tenemos a Jim muy feliz en Santorini. ¿Y tú?

—Supongo que yo habría pasado un tiempo indignada. Más enfadada pero menos dolida de lo que realmente estuve cuando se marchó contigo. Pero, claro, en este caso, en la realidad alternativa que ha planteado Jim, no lo sabría. ¿Y tú, Rita?

—¿Yo?

—Jim, ¿te habrías ido sin decirle que te habías enamorado de ella o después de hablarlo con ella?

—¡No jodas! ¡Espero que sin decírmelo! ¡No serías capaz de soltármelo y pirarte!

Guillem esbozaba una sonrisa sarcástica que hacía prever una intervención digna de ser escuchada atentamente.

—O sea: Jim se pira, le deja el regalito en forma de apasionado enamoramiento imposible a mi mujer y ella, pobrecita, tiene que continuar viviendo presa en nuestro matrimonio vulgar y aburrido, soñando todas las noches con el *hippy* rubio y barbudo que se pasea en bolas por las playas de Santorini… ¡Qué bien quedo yo en esta historia!

Jim se reía a mandíbula batiente, dándose tironcitos en la barba, como solía hacer cuando la satisfacción era plena.

—¡Cojonudo! —Aplaudió, sonriente—. Veo que habéis captado la idea. ¡Venga! Otro… ¿y si?

—Chicas, ahora os toca a vosotras. Va, Rita, anímate: ¿cuál es tu «y si»?

Rita se puso en pie y caminó entre las sillas donde estaban sentados, como si hallase encima de la madera del mejor escenario del país. Llevaba dos peonías pequeñas y blancas tras la oreja y los rizos le quedaban apartados de la frente.

—A ver. ¿Y si, después de enamorarnos Jim y yo y, al cabo del tiempo, también vosotros dos… hubiéramos decidido que en realidad nos queremos mucho los cuatro y que podíamos vivir este amor todos juntos?

Guillem soltó una poderosa carcajada.

—¿Poliamor, dices? Ay, Rita, ¿crees que tenemos edad para estas cosas? —Y volvió a reírse.

Marta y Jim se unieron a las risas.

—Ya podéis reíros, ya… pero, a ver, la verdad es que habríamos podido intentarlo… Tú que eres medio *hippy*, Jim, me extraña que no lo veas como una opción…

Jim se rascaba la barba.

—Vi un documental que trataba sobre el tema. En realidad, es un planteamiento muy interesante: en aquel caso, creo que eran holandeses, tenían un hijo en común…

—Ese es el quid de la cuestión: yo creo que el poliamor es un planteamiento vital, y no considero que sea el nuestro. ¿Cómo metes a los hijos ahí? Nosotros ya los teníamos un poco criados… No lo sé, seguro que es posible, pero…

—Yo os lo digo bien claro: no me veo con ánimos. Me parece que amar a una persona ya es bastante complicado y requiere una gran dedicación.

—Pero, Marta, si nos mudásemos aquí, a Mas Xic, lejos de la vida convencional que llevamos en la ciudad… como aquel verano, ¿os acordáis?

—Aquel verano cada uno dormía con quien le tocaba…

¡Vaya, o eso creo yo!

Guillem levantó la copa y con el mismo gesto ya insinuaba el propósito.

—Chicos y chicas, a mí me parece que esta es una opción que podemos tener en cuenta para cuando seamos viejecitos. Hemos de contratar a alguien que nos cuide y…

—¡Guillem, querido, he empezado a hablar de poliamor y ahora ya estamos en silla de ruedas…!

Guillem se rio y levantó la mano: ¡ahora yo! ¡Ahora yo! Los demás inclinaron los cuerpos hacia delante.

—¿Y si Marta y yo nos hubiéramos enamorado antes que vosotros? Al fin y al cabo, si ha acabado pasando…

—¡Esa es buena!

A Jim le brillaban los ojos e hizo un gesto con la mano animando a Guillem a que continuara.

—No, no… Yo solo lanzo el… y si, ahora quiero oíros a vosotros.

—¡Hombre! ¡Esonovale!

—Sí que vale —Jim intervino con autoridad—, el juego ha sido idea mía y las normas las pongo yo: si Guillem lo quiere así, así lo haremos. Y comienzo yo. Veamos…

Se levantó y se puso a caminar en círculos, rodeando la mesa mientras pensaba. Se daba cuenta de que realmente no se lo había planteado nunca: ¿cómo se habría sentido si Marta y Guillem se hubieran enamorado cuando él estaba tranquilamente instalado en su matrimonio?

—Hostia, Guillem, ahora me has jodido. Ver cómo Marta se enamoraba de ti… Qué doloroso, chico…

Marta lo miraba con un punto de condescendencia, hasta que lo interrumpió de repente, como si le hubiera pinchado un aguijón:

—¡Eh, eh… no, no! Nada de —remedaba un poco su voz para ridiculizarlo— «Ver cómo Marta se enamoraba…». No. Se trata de que te imagines que tú estás en casa, un viernes por la noche normal y corriente, un día cualquiera de lo que era nuestra plácida cotidianidad, y entonces yo te suelto que me he enamorado de Guillem y que ahí te quedas.

—Mujer, tampoco fue bien bien así.

—Fue exactamente así. Juega, venga, imagínatelo.

Era difícil decir si el tono de Marta era agrio o travieso. Fuera como fuese, Jim aceptó el reto.

—De acuerdo, de acuerdo. Mecachis, es un golpe terrorífico.

—¿Un descalabro?

Nunca una pregunta había sonado tan dulce como esa.

—Sí. Intento imaginármelo. Qué miedo. Creo, Guillem, que te habría ido a buscar aquella misma noche.

—¿Para darme una paliza?

—Tanto como eso, no, pero sí para pedirte explicaciones.

—¿Y tú, Rita?

Rita se había ido envolviendo en el chal —que era de un blanco gélido, con bordados del mismo tono—. Cuatro mechones de pelo oscuro caían sobre la ropa en un contraste magnífico. Habló y la voz le salió tan encogida como lo estaba su cuerpo:

—Yo… yo me habría llevado una gran sorpresa, me habría costado mucho reaccionar.

—Te habría costado creerlo, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí. Y no sé por qué… Quiero decir que,

cuando pasó realmente, cuando supe que estabais juntos, enseguida pensé que era lógico, que sois muy tal para cual. Recuerdo que pensé que era como si, finalmente, las piezas hubieran encajado en su sitio.

De repente, Marta soltó un chillido, un sonido agudo que los hizo saltar a todos de la silla, concentrados como estaban en la conversación.

—¡He visto caer una estrella!

—¡Qué suerte!

—No, qué suerte no, ¡yo era la única que estaba mirando al cielo!

—Eso quiere decir que no me estabas escuchando demasiado…

—Te estaba escuchando atentamente. Has dicho que cuando Guillem y yo nos enamoramos fue como si las piezas finalmente hubiesen encajado. Y me ha parecido muy bonito.

Guillem le cogió de la mano, aunque las dos sillas estaban bastante separadas. La miraba con ternura y, sin soltarle la mano, dijo:

—Marta estaba pendiente del cielo porque sabe que la hipótesis que he planteado con mi y si no habría pasado nunca.

Si Jim no se hubiera enamorado de otra persona, ellos dos seguirían juntos.

Lo dijo sin aspereza, aunque el planteamiento lo dejaba a él fuera de juego. Marta no lo desmintió. Jim se hundió en su silla, con las manos en los bolsillos, la mirada perdida en la negritud que los rodeaba.

Poco a poco, fue concentrándose en la figura de Marta dibujada casi a contraluz. A su espalda, los árboles estaban adornados con lucecitas amarillas, pequeñísimas. Se acordó de que, aquella misma tarde, había visto a María y a Biel, subidos en una escalera, enroscando los hilos de bombillas entre las ramas de la higuera y del níspero. Ahora, los árboles ya no se distinguían —solo unas sombras un poco más oscuras— y únicamente se veía la salpicadura de chispas amarillas.

Entre las carcajadas se oyó la voz de Marta y todos la miraron. Con el halo de luz amarilla a su espalda, se resaltaba el bronceado de

la piel y sus ojos parecían más claros. Los años le habían salpicado el cabello —siempre liso, siempre cortado recto a la altura de la barbilla— de hilos de plata. Aún conservaba el cuerpo pequeño de bailarina y solo la pérdida de elasticidad —en los movimientos, en la piel, incluso en la voz— traslucían el medio siglo que ya llevaba vivido.

—Ahora me escucharéis un poco a mí, mi y si. Hace rato que callo porque este juego, entre bromas y verdades, me está haciendo pensar mucho…

El silencio se había vuelto compacto, el viento hacía bailar sus cabellos, los ojos le brillaban más que las lucecitas amarillas.

—En mi vida hay un y si enorme, descomunal, que llegó muy pronto, que no tiene nada que ver con vosotros y que ha presidido toda mi vida. Solo tenía diez años cuando tuve que asumirlo. ¿Y si en el accidente de vuelta de Carcasona Adela no hubiera muerto? Y, sobre todo, ¿y si hubiese muerto yo? Ahora no estaría con vosotros: no me habría enamorado apasionadamente de ti, Jim, el día que cumplía veinte años. No os habría tenido de vecinos ni habría descubierto la gran amiga que fuiste, Rita. No habría podido tener la experiencia formidable de la maternidad, no habría encontrado el amor delicado y tierno de Guillem cuando ya no esperaba que la vida me ofreciera un regalo así. Amigos, la vida es un gran «y si»… Pero, sea como sea, no fallecí aquel diciembre y hoy estoy aquí con vosotros. He casado a una hija y he pasado una noche divertida, intensa, blanca y amarilla. Quiero más y quiero que sea con vosotros, aunque tal vez nadie lo entienda.

Agradecimientos

Sin mi grupo de apoyo esta novela no habría llegado a buen puerto. Los que tengo más cerca lo han hecho posible haciéndome compañía, consolándome, cuidándome y haciéndome creer en la esperanza. Gracias.

Un agradecimiento para Xuri, que me ha asesorado para que Jim y Cindy fueran unos ampurdaneses como tienen que ser.

Y mi gratitud eterna para Ester Pujol, editora, amiga y confidente, que me ha espoleado sin exigirme y me ha salvado muchos días con su alegría insobornable.



SÍLVIA SOLER I GUASCH (Figueras, Cataluña - 5 de octubre de 1961) es una escritora y periodista española en lengua catalana.

Licenciada en Ciencias de la Información, a lo largo de su trayectoria laboral ha trabajado como redactora en programas de radio y televisión y de colaboradora en diferentes medios de comunicación como Avui, El Punt o Presència.

Es autora de relatos cortos y novelas. Su prosa es sencilla y su lectura fácil y entretenida. En cuanto a la novela, se puede considerar del género Chick Lit. En 2013 resultó ganadora del premio Ramón Lull.

Su obra se ha traducido a múltiples idiomas.